THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8519
.B2
P7
1926

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/primaveracuentos00bell

PQ8519
.B58
P7
1926

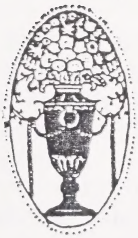
JOSE PEDRO BELLAN

JH

PRIMAVERA

(CUENTOS)

5.ª EDICION



MONTEVIDEO
1926

J. FLORENSA, Impresor—Cerrito 740 — Montevideo.

EL ALBA

A Carlos Vaz Ferreira.

"En la quietud del mediodía, chirria un molino de viento. ¡Qué cosa, un molino de viento! El solo cumple y se hace su faena y su fiesta. Su cabeza es loca, pero en sus entrañas, el oculto sencillo mecanismo no se detiene en su generosidad. Es la máquina que trabaja y que juega. Es la máquina que trabaja jugando. El molino de viento es un castillo vigía en el imperio de La Bien Plantada."

(De "La Bien Plantada. Xenius).

Hoy de tarde y después del baño, subí a la azotea. No bien había andado unos pasos, cuando vi que, entre el muro que limita nuestra casa de la del vecino y la claraboya, estaba un muchacho leyendo en un libro. Fué una sorpresa.

Yo lo observaba con disimulo. Por la postura, por la inclinación de la cabeza, sólo le veía parte de la cara. Pero se notaba que era joven, acaso tuviera mi misma edad, quizá un poco más, sí, un poquito más, diez y ocho años.

¡Mis nuevos vecinos!... Madre e hijo. Yo había hablado muchas veces con mamá de ellos. Y aun cuando ya hiciera más de un mes que habitaban en la casa, no nos habíamos encontrado todavía. La sirvienta aseguraba que se trataba de extranjeros, france-

ses quizá; que toda la familia se reducía a la madre, una señora viuda, con su hijo mocito; que en el día de la mudanza, habían llegado muchos baúles embalados.

Dicen que las mujeres somos muy curiosas. Yo, por mi parte, confieso que es verdad. Ansiaba verlo de frente, por el, puro placer de conocerlo. Entonces me puse a pisar fuerte y a tararear un vals. El se movió en seguida hacia mí, abriendo tamaños ojos, unos ojos obscuros, muy lindos.

Acaso su sorpresa fué mayor que la mía. Mas a pesar de su confusión, me hizo un ligero saludo, con una inclinación de cabeza. Yo respondí del mismo modo. Luego él se incorporó alineándose la ropa, se sentó con mucha compostura, sobre el pretil, volviendo su vista al libro.

Este detalle me agradó muchísimo, porque con ello me demostró que era bien educado. Otro cualquiera se hubiera dejado estar a la **sans façon.**

Después de un momentito, bajé, lamentando que no estuviera mamá en casa, para referirle mi descubrimiento. Pero al pasar por su cuarto me encontré con ella. Recién llegaba y se estaba cambiando de ropa.

—¡Mamita!.. ¡mamita!.. ¿Sabes a quién vi en la azotea?..

—¿A quién?..

—Al hijo de la vecina.

—¿Sí?.. ¡Vaya!.. ¿Sabes a quién conocí en el tranvía?..

—¿A quién?..

—Pues a la madre de nuestro vecino.

—¡Pero qué casualidad!.. ¿Y cómo?..

—Verás. Por el centro, subió una señora y se sentó a mi lado. Cuando el guarda fué a cobrarle le dijo en un acento extranjero: "¿Quiere indicarme cuando lleguemos a las calles Maldonado y Municipio?"...

—¡Oy!.. la esquina de casa.

—El guarda, quizá nuevo, se mostró confuso. Entonces, en voz baja, yo le dije: "pierda usted cuidado.

Casualmente tengo que bajarme en la misma esquina". Se manifestó sorprendida:—"¿De veras, señora?.. Yo vivo allí, a la mitad de la cuadra"

—Yo también.

—¿También usted?..—Cuando supimos que éramos vecinas, empezamos a hablar como si en realidad nos conociéramos. Es una mujer muy simpática, te lo aseguro.

—Igual que el hijo.

—Le cuesta hablar español, pero se hace entender. No tienen ninguna relación en Montevideo: están solos y piensa que dentro de un mes, estarán de regreso en Francia para reunirse con su esposo.

—Pero entonces no es viuda.

—¿Y quién te dijo que era viuda?..

—La sirvienta.

—¡Bah!.. ¿qué sabe la sirvienta? Alcánzame el batón rosado que está en el armario.

—¿Y qué más te dijo?..

—Y... hablamos de cosas sin importancia. Pero cuando estábamos por llegar, me acordé de que no tenían en nuestra ciudad ni un amigo, ni siquiera un conocido cualquiera... me hizo mal efecto, comprenderás...

—¿Y?..

—Espérate, muchacha! ¡Esta bota tiene aquí una costura, una costura del diablo!.. ¡Ah!.. me dió pena y le ofrecí la casa.

—Hiciste bien, mamá.

—Ella me lo agradeció muchísimo y prometió visitarnos una de estas noches. Ya ves, pues—concluyó diciendo—es necesario ser amable con nuestros vecinos, es necesario hacerles compañía. Es muy triste la soledad.

Me pareció que mamá opinaba como un sabio. Seguí hablando con ella de lo mismo hasta que vino papá

Luego me fuí para la sala y me senté ante el piano.

¡Mi piano!.. ¡Si vierais cómo quiero a mi piano!..

A los once años empecé y ya tengo diez y siete. ¡A los once años!.. ¡Qué ocurrencia la de papá!.. Ahí, cerca mío, sobre una consola, hay una fotografía donde estoy yo, cuando recién empezaba a mover las teclas. "¡Qué cara de bobita!.." pensé. ¡Con cuánta dificultad diría entonces: do, re mi... re, mi, fa... mi, fa, sol!.. Aseguran que toco bien y tanto me lo han dicho que he concluído por creerlo. Sin embargo, para ser sincera: estoy convencida de que ejecuto bien aun cuando nadie me lo hubiera dicho.

Una vez, hace ya mucho tiempo, estando papá escuchando la lección, el maestro exclamó entusiasmado: "¡El amor que esta chica pone en todo, hace que toque admirablemente!" Yo demostré no oir; pero, mentira: estaba sofocada por la emoción. Además, me dió quehacer el pensamiento de mi profesor. Lo relacioné en seguida con algo que había dicho mi abuela, poco antes. No recuerdo a propósito de qué fué, pero dijo junto a mi boca: "¡qué cariñosa eres, nenita mía!.. Has nacido para hermana de caridad.." Como si esto no fuera bastante, mi buena maestra de sexto año, solía decirme muy a menudo: "¡Oh!.. ¡si todos fueran capaces de querer como tú, Enriqueta!.." Pero volvamos al piano.

¡La primera vez que yo pude tocar la serenata de Schubert!.. ¿Qué sentí?.. ¿Qué me pareció la vida entonces?.. Recuerdo que al terminar yo estaba como mareada, que me eché sobre el teclado y estuve así mucho rato, sin pensar, pareciéndome que todo era blanco. ¡Cuando conté lo que me había pasado, a mi amiga, la de Martínez, ésta me dijo, muy compuesta y desdeñosa: "hija!.. ¿todavía estás ahí, tú? Eso es muy vulgar: ya no hace gracia!.." Yo no le respondí nada, pero pensé: ¡qué tonta!.. ¡creerse que con la música hay asuntos de moda, como en los vestidos!..

II

Ayer, después de tres días, nuestros vecinos cumplieron su promesa. Llegaron de noche, a las nueve, y papá, que casualmente estaba en el vestíbulo, fué quien los recibió. Se ve que es una gente muy buena. La señora se llama Berta y aparenta tener 35 años. Es menudita, de regular estatura, de piel muy blanca. Traía puesto un traje de saco, cruzado, con puños de piel. Parecía un muchacho y tiene siempre en sus labios una sonrisa de cariño.

En cuanto al hijo, ¡uf!.. ¡qué extravagante!.. Es un poquito más alto que yo, fornido, capaz de levantarme con un solo brazo. Se llama Renato. ¿Qué lindo nombre, no?..

No es bonito;—la verdad sea dicha—las cejas, los pómulos y la boca no me agradan; la misma nariz es algo ancha. Pero, en cambio, los ojos... Son obscuros, son muy negros. Y no es únicamente el color lo que los hace negros. Parece más bien que una sombra muy densa saliese de adentro cuando mira.

Se hallaba sentado junto a papá, en el mismo diván y observaba con gran timidez sin desplegar los labios.

Son del sur de Francia, de la histórica Avignon y residen en América desde un año antes de iniciarse la guerra.

Se radicaron en Buenos Aires y ocuparon una casita en la calle Solís. Habían llegado a la Argentina

con propósitos de trabajo y cuando todo hacía presumir las mejores esperanzas de buen éxito, fué cuando tuvo lugar la invasión alemana. El marido, por supuesto, partió para Francia, en un vapor cargado de reservistas.

Quedaron solos y en aquella casita de bienestar, de alegría, de luz, entró el dolor con sus ondas de angustias, de desaliento, de desconsuelo.

El dinero que tenían se fué en los distintos empréstitos nacionales y sólo dejaron para ellos una pequeña parte que se gastó bien pronto.

De vez en cuando, recibían cartas del frente. Las noticias eran buenas y eran malas. Los alemanes destruían todo el norte de Francia con sus terribles bombardeos: recurrían a todos los medios posibles de matanza y de ruína. No obstante, los franceses les cerraban el paso siempre, siempre, alentados por el ansia inmortal del triunfo.

Así pasó un tiempo. De pronto, las cartas cesaron. Este hecho produjo en ellos un estado de excitación horrible. La señora sospechaba la muerte de su marido; pero no decía nada al hijo. Este, a su vez, sospechaba la muerte del padre; pero callaba. Sin embargo, una mañana, impotentes para seguir fingiendo, se confesaron mutuamente lo que presentían. Largo rato estuvieron llorando, abrazados, vencidos por el mismo infortunio.

La Legación no sabía nada; las amistades tampoco. Soportaron con un estoicismo sublime la dura prueba de una incertidumbre espantosa que duró meses. Fué entonces cuando Renato enfermó. Estuvo más de quince días bajo la influencia de la fiebre. En los instantes más críticos llamaba al padre, balbuceando su nombre o gritando desesperado. Después, el mal fué desapareciendo; pero dejó su huella: Renato, de alegre que era, se convirtió en un triste.

Transcurrieron algunos meses. Una tarde, el correo llamó a la puerta y entregó a la señora una carta. Ella

temblaba. La letra no era de su marido. No se animaba a abrirla por miedo de que la terrible verdad cayera sobre ellos como un rayo. ¡Qué valor fué necesario!..Leyeron sin comprender. La emoción obscurecía la inteligencia. Pero luego, ¡qué dicha!..

Supieron que había sido prisionero en la caída de Noyon. ¡Qué felicidad, puesto que vivía!.. Besaron la carta cual si lo tuvieran a él entre los brazos. La alegría, una alegría demasiado intensa, los mantuvo despiertos hasta las primeras luces de la aurora.

Desde entonces, todas las privaciones, todas las angustias que la guerra provocaba, fueron fáciles de llevar. Sufrían, pero esperaban. Soñaban con un día mejor, un día de paz, venturoso, que los reuniese a los tres.

Pero Renato no volvió a ser alegre como era antes. Parecía que el sufrimiento se había infiltrado hasta su sangre como un veneno.

Después de firmarse el armisticio, hacia fines de 1918, recibieron otra carta de Francia. Mas, esta vez, era él quien había escrito. En ella les aconsejaba que pasasen a Montevideo, donde encontrarían buena acogida de parte de la Legación.

Así lo hicieron, y por esto es que son nuestros vecinos. La señora espera que dentro de poco se volverán a Francia. Ya han vendido casi todos los muebles.

Esto es más o menos lo que oí anoche.

Renato, en el diván, junto a papá, estaba siempre callado. Sólo intervino dos veces para hacerle recordar a su mamá algo que ella olvidaba.

De cualquier modo, él tiene ya una historia. En cambio, yo... Mi historia es de las más vulgares. Una muchacha muy mimosa que tiene unos padres muy buenos. Poseo todo lo que quiero y nunca supe lo que es una lágrima de dolor. ¿Queréis que os diga la verdad?... Me parece que esto no está bien... sobre todo, viendo a Renato tan triste, tan silencioso, que me mi-

ra a veces, como si me dijera: "¡Ah!.. no sabéis, no sabéis!" ¡Con razón tiene tanta sombra en los ojos!.. pobre Renato!.. Yo, de buena gana, le daría un poco de mi alegría, a cambio de un poco de su tristeza.

III

Quince días que nos tratamos, y de que es gente buena no cabe duda. Todos nosotros, papá, mamá y yo, les hemos hemos cobrado mucho cariño.

La semana pasada cenamos juntos y tres días después fuímos a pasear al Prado, de mañana. Papá, a causa de sus negocios, no pudo acompañarnos.

No eran aun las nueve cuando ya estábamos en el auto. Mi mamá y la mamá de él se sentaron juntas; él y yo ocupamos el otro asiento.

La señora Berta es muy ocurrente y a su lado el tiempo pasa sin que lo advirtamos. Es, además, muy educada y posee mucha cultura. ¡Qué bien habla, a pesar del castellano afrancesado que emplea! Es una lástima que nosotras no sepamos ni jota de francés. Los otros días, Renato prometió enseñármelo: lo aprenderé.

El automóvil iba ahora por la Avenida Rondeau, corriendo insensiblemente sobre los rieles del tranvía. Por esos lugares no hay nada digno de mostrarse, pero así que llegamos a La Agraciada, empecé a indicarle las quintas y los chalets que a mí me gustaban.

—Mire ese edificio, Renato: ¿le gusta?

—Es muy linda esta calle—díjome.— Cómo se llama?..

—Calle De La Agraciada.

—¿De La Agraciada?.. —Parecía confuso y preguntó de nuevo:—¿De La Agraciada?

Entonces yo me apresuré:

—Este nombre es un recuerdo querido para nosotros. Y se lo conté todo. El me escuchaba con mucha atención y la señora Berta me interrumpió para preguntarme:

—Pero ¿no eran más que 33 hombres?..

—Ni uno más ni uno menos —contestó mamá.

—¡Qué valientes!..—exclamó Renato.

El orgulo me llenaba el pecho. Es un gran placer poder contar estas cosas a un extranjero. No pudiendo contenerme, proseguí:

—¡Ah!.. ¿y la batalla del Rincón de las Gallinas?.. Allí, 250 hombres derrotaron a 800 soldados del Imperio.

—¡Es increíble!..—dijo la señora Berta.

—Y tomaron 500 prisioneros y se apoderaron de 8,000 caballos que pertenecían al ejército imperial.

Renato, entusiasmado a su vez, me preguntó muchas cosas de mi país. Yo le fuí contando y él me oyó durante todo el trayecto, con muestras de verdadero interés.

El automóvil se detuvo cerca del Casino y nosotros empezamos a caminar bordeando el lago.

Marchábamos los cuatro en fila. Madre e hijo se mostraron encantados con el paseo. Era la primera vez que veían el Prado y juzgan que es uno de los mejores de Sud América. A cada momento se les oía exclamar:

—¡Ah!.. ¡qué árboles enormes!.. ¡qué sendas tan hermosas!.. ¡qué vegetación más fuerte!.. ¡qué perfumes hay en el aire!..—y era cierto todo. ¡Yo conocía el Prado y no obstante, aquel día!.. Verdad que la mañana no podía prestarse mejor para una caminata bajo los árboles. Lo que más me emocionaba era ver el azul del cielo, un azul muy pálido, correrse entre el verde de las ramas.

—Renato... ¿qué color le gusta a usted más..?

—¿Qué color?..—dijo como si no supiera qué con-

testar—¿qué, color?..—Y después de una pausa cuando ya no lo esperaba, contestó:—me gusta el verde.

—A mí el azul—dije sin que me lo preguntara.

—¿Y por qué le gusta el azul?..

—¿Y a usted?.. ¿por qué le gusta el verde?..—Los dos nos habíamos tomado de sorpresa y no pudimos responder. Yo me puse a averiguar el por qué de mi predilección por el azul; pero me quedé tan a obscuras como antes. A él le sucedió lo mismo, pero no quería demostrarlo. Entonces, al verlo preocupado por una cosa tan baladí, me eché a reir a carcajadas. ¿Qué me importa saber porqué me gusta?.. Lo importante es que me guste. ¿No es cierto?..

Renato, al verme reir, se sonrió, algo avergonzado. Yo hice como que no veía y proseguimos andando.

—Vamos hasta el Botánico—dijo mamá. Entonces nos repartimos. Ellas venían detrás de nosotros, hablando de asuntos serios.

Los paseos estaban solitarios. De tarde en tarde, algún transeúnte, llenaba con el ruido de sus pasos las sendas silenciosas. Arriba, muy arriba, desde las copas de los árboles enormes, llegaba hasta nosotros la canción de los pájaros.

Renato, embebecido, escuchaba esta música. Y, sin embargo, de buenas a primeras, salió preguntándome:

—Ahí está... dicen que los pájaros cantan. ¿Cantarán de verdad?.. cantarán de verdad los pajaros?.. Porque muy bien pudiera suceder que lo que nosotros entendemos por canto, no fuera más que gritos de dolor, o de rabia, o simples conversaciones o qué se yo...

—¡Pero... ¿otra vez, Renato?.. ¿De modo que usted tiene que preguntarse a cada momento: ¿por qué pasa esto? ¿por qué pasa aquéllo?.." Dígame: ¿le gusta o no le gusta el canto de los pájaros?..

—Me gusta.

—Pues ya está. No tiene necesidad de otra cosa.

—¡Ah!.. no.. eso si que no...

—Pues ya lo creo... eso sí que sí...—La señora Berta intervino.

—¡Qué!.. ¿pleitean ustedes?..

—¡Es Renato—dije volviéndome;—asegura que los pájaros no cantan; que lo que nosotros tomamos por canto son gritos y rezongos..!

—¡Cómo es eso!.. ¿y por qué no habrán de cantar los pájaros, muchacho?..

—Yo no he dicho que no cantasen los pájaros —Me sonreí con picardía porque en realidad no había sido ese su pensamiento. Pero él aclaró:—Lo que no me parece cierto es que canten simpre que les oímos.

—Tiene razón Renato—dijo mamá.—Se quedó lo más ancho y me miraba con cierto airecillo de triunfo. Entonces, para desquitarme, le pregunté con sonrisa:

—¡Já,já!.. ¿y lo del color?.. ¿Por qué le gusta a usted el verde?.. ¿A que no sabe responder?..

Se puso serio y contestó:

—Ahora no, pero lo sabré algún día.—Dijo esto con tanta gravedad que yo dejé de sonreir.

Quizá en ese momento fué cuando comprendí mejor el temperamento de mi compañero.

Oí de nuevo las palabras de la señora Berta: "Renato es un triste". Todo lo dice o lo oye como si sufriera. El y yo somos los dos polos. Es sensible hasta la exageración y he notado que, siempre que empieza a hablar, se le enciende el rostro.

Al principio todos estos detalles me fastidiaban. No podía admitir que fuese tan huraño, tan silencioso; que no supiese reir, incapaz de una broma y dado siempre a los asuntos sombríos. Y luego, tratándolo, he aprendido a ver, a través de su modalidad, el alma encantadora que posee. Nadie es capaz de sospecharlo: así, tomado de golpe, Renato confunde a cualquiera. Parece tosco y no lo es; parece altanero y no lo es; parece desamorado y, en el fondo, la causa de

su tristeza es el amor que fluye de su corazón como de una fuente inextinguible. Lo manifiesta en sus sentimientos, en la expresión más vaga. Un pájaro que vuela, un árbol enhiesto como un monumento, un desconocido que pasa, producen en él un movimiento de simpatía y se vuelve hacia ellos como para decirles: ¡adiós!..

Anduvimos un buen trecho sin hablar... El pensando... ¡vaya uno a saberlo!.. yo pensando en él.

Cuando pasamos juntos al invernáculo nos detuvimos.

—Entremos—dijo mamá.—Pero las puertas estaban cerradas y aunque buscamos en redor no hallamos a ningún empleado. ¡Qué lástima!.. Hubo que resignarse. ¡Cuánto me hubiese gustado mostrarle las plantas exóticas, que parecen dormidas en aquel silencio, donde la luz cae velada y difusa por las esteras que cubren las vidrieras! Estoy segura de que se habrían estusiasmado, viendo hojas de formas tan raras y muy especialmente, contemplando los maravillosos dibujos que presentan algunas láminas.

La primera vez que estuve en el invérnáculo, sufrí una grande impresión. Se halla uno tan acostumbrado a que las hojas sean totalmente verdes que, cuando nos encontramos ante esos ejemplares extraordinarios, nos parece que no es verdad. ¡Cuántos colores y cuántos matices!.. Siempre me acuerdo con facilidad de una hoja muy nervuda. Quisiera nombrarla pero no puedo. Tiene un nombre demasiado largo y además está en latín. Es de forma vulgar; pero, en cambio, tiene un ribete rojo tan intenso que nos sugiere la ilusión de que, a poco que la toquéis con la yema de los dedos, dejará escapar un chorrito de sangre caliente. ¡Y el nácar, y el gris opaco, y el marrón, y el violado, y el negro reluciente!.. Yo sólo he visto estos tonos en algunas arañas, esas terribles y hermosas arañas que se ven de tarde en tarde...

¡Fué una pena que estuviese cerrado el invernácu-

lo! Yo sé que les habría proporcionado un placer. No pudimos entrar, pero yo le hablé a Renato de todo esto. Por último, le dije:

—¿Sabe usted, Renato, lo que pensé una vez ante una de esas hojas?...

—¿Qué pensó?...

—Pues pensé que... —me costaba decirlo, quizá por el temor de que se burlara de mí.—Pensé... verá... observando esas líneas de color, de tonos tan harmoniosos que ocupan casi toda la lámina, se me ocurrió que eran... como el ensueño de la hoja dormida, un ensueño bello y dichoso.—Renato me miró profundamente y sus ojos parecían más negros—"Nunca creí, Enriqueta, que fuese capaz de pensar cosas tan hermosas".—Esto me desconcertó.

—¿Y por qué?...—El se alzó de hombros y no supo responder.—¿No dice usted que le encanta oírme tocar el piano?...

—Es cierto...—Y después de una pausa agregó—sí... además de ser usted bella es muy inteligente.—¡Qué sorpresa y qué sofocón!... ¡Claro que Renato, a mi juicio, no decía nada que no fuese verdad, pero... me dió una cosa!... Para disimular, me eché a reír.—¡Qué ocurrencia, Renato!... Mire; ahí está el Puente Rústico del Prado: ¿no le gusta?... Parece de madera, pero es de cemento armado. ¡Ah! ¡qué linda mañana!... Por ahí se va al Jardín Botánico. ¿Qué te agrada más, mamá?... ¿El Prado o el Jardín Botánico?...

—El Jardín Botánico.

A mí El Prado. Es más espléndido.

—¿Qué arroyo es éste—preguntó la señora Berta.

—Es el Miguelete, el principal arroyo de Montevideo. Desemboca en la bahía.

Entramos en el puente y los cuatro nos detuvimos en la plataforma para mirar alrededor.

Yo no me cansaba de repetir:—¡Qué mañana!... ¡qué hermoso mes de junio!...—Corría en el airecillo

fresco un olor de violetas, un olor muy suave que venía de lejos, ¡quién sabe de dónde!... Los pájaros pasaban sobre nuestras cabezas, a la desbandada. Llegaban de a diez, de a quince, muy juntos, cual compañeros que hacían un viaje. Luego, el grupo se abría en forma de abanico y desaparecía por las copas de los árboles. Un "benteveo" cantaba desgañitándose, allá arriba, en la cima de un eucaliptos de altura extraordinaria, cuyo tronco vacío se inclinaba ligeramente sobre el barranco. Parecía un cuerpo avergonzado de su desnudez: alguna que otra rama, que salía del eje central como una espina, y nada más. Sólo en la extremidad superior terminaba aquel enorme tallo en un plumerillo ridículo que oscilaba continuamente como una cabeza abandonada entre las manos de la brisa.

¡Qué hermoso mes de junio!...

Mamá le contaba a la señora Berta cómo se había ido formando el Prado, poco a poco. Mientras tanto, Renato y yo nos entreteníamos en mirar el agua del arroyo, tan límpida, tan tranquila, con todo el paisaje invertido sobre su superficie.

¡Cuánta alegría da ver cómo juegan en la luz las cosas!... El cielo tan azul, el plumerillo del árbol aquel... las paredes abruptas del Miguelete, horadadas por las raíces viejas que se retuercen en el vacío, o cubiertas por una vegetación bravía, todo estaba allí, volcado a lo largo de aquella faja de agua que se movía imperceptiblemente.

—Vamos muchachos—dijo mamá. Pero nosotros nos quedamos un momento aún. Habíamos descubierto nuestras imágenes reflejadas a nuestros pies. Para vernos mejor nos recostamos sobre la baranda. ¡Qué hermoso un retrato así, hecho por un buen pintor!...

—Le veo hasta esa cadenita tan sutil que lleva usted en el cuello—me dijo, mirando siempre hacia abajo.

—¿Y no le parece a usted mucho más linda la cadenita?...

—¿Por qué?...

—Digo... yo encuentro las cosas más lindas en el reflejo que en la realidad. ¡Cuántos ratos perdidos me paso mirando mi propio cuarto a través del espejo de mi tocador!—Él sonrió.

—Nunca se me había ocurrido eso...—Volvimos a mirar nuestras imágenes. Renato parecía ahora más fuerte, más resoluto. Tenía una expresión de seguridad. Yo distinguía su cara, animada por el salto de la luz en el agua, y muy especialmente, sus hermosos ojos negros, siempre tristes, velados por una luz interior. En esto, un animalucho, rana o no sé qué, llegó en un salto y cayó en el arroyo. La superficie líquida, conmovida, fué desplegando sus círculos concéntricos, y nuestras dos imágenes, deformadas, desaparecieron en una mancha.

—¿Vamos, Renato?

—Vamos, Enriqueta.

Nos separaba de nuestras mamás una distancia de cincuenta metros. Después de aquel momento de quietud, me hormigueaba el cuerpo. Hubiera deseado correr, pero las polleras maneadas no me lo permitían. Entonces, alargando el paso todo lo que pude, dije a mi compañero:

—Una carrera, hasta ellas... pero caminando, ¿eh?... caminando...—y empezamos a andar, uno al lado del otro, observándonos mutuamente. A los primeros metros comprendí que ganaría sin esforzarme. Él es pesado. En cambio, yo, además de ser muy liviana, poseo una gran resistencia que he conseguido practicando el ejercicio de la cuerda.

Renato hacía todo lo posible por descontar una pequeña ventaja que había logrado ganarle. Remaba desmesuradamente y derrochaba energías sin resultado alguno. Entonces, artero y burlón, comenzo a correr como si tal. Yo quise imitarlo; pero no pude: las

endiabladas polleras no me dejaban. Grité, protesté. Ese no era el trato. No obstante, hizo oídos de mercader y continuó corriendo hasta el final. Y así me ganó el cachafaz. Mientras tanto, la señora Berta y mamá reían a carcajadas y festejaban la ocurrencia.

El Jardín Botánico no me interesa. Lo único que tiene de hermoso es, a mi juicio, aquel camino curvo que corre entre dos muros de cañas, que se desarrollan allí con mucho vigor. Lo demás está dedicado a los semilleros o destinado a jardines artificiosos, con cercos podados a la inglesa, todo liso y todo igual. Sin embargo, a la señora Berta le agradó y en honor a ella dimos una vuetla.

De regreso, nos encontramos al borde de un cantero, con un peón del jardín, un viejito que estaba en cuclillas sobre la tierra y nos saludó inesperadamente.

—Buenos días, niños.

—Buenos días, señor...—Nos detuvimos.

—¿Paseando, eh?... Hacen muy bien... Es una mañana muy linda.—Nos miró con dulzura, como si nos quisiera. —¿Son ustedes hermanos?...—¡Qué gracia me hizo!

—No, señor, somos amigos—contestó Renato.—El viejuco se paró sorprendido.

—Pero son ustedes muy parecidos.

—Este—dije yo por Renato—es francés. El padre está en Francia, donde se batió contra los alemanes hasta caer prisionero.

—¿Y se salvó?—exclamó admirado. —¡Pobrecito... cuánto debe haber sufrido!...

Como en estos momentos pasaran nuestras mamás, nos despedimos del peón. Más, no bien nos alejamos un poco, cuando el viejito nos llamó.

—Esperen—dijo—esperen...—Se metió en el cantero y desapareció tras unos arbolitos para volver en seguida, con un manojo de violetas.—Tomen—dijo alargando las flores a Renato—en honor a su papá... ¡Dios se lo conserve muchos años!...

Por un instante los tres permanecimos inmóviles. Renato tomó las violetas y miró al anciano. Luego, sin decir una palabra le pasó un brazo por el cuello y le dió un beso. Fué una escena emocionante. La señora Berta y mamá se habían detenido y miraban sin comprender.

—¡Qué viejito tan lindo!... Con mis dos manos apreté una de las suyas, áspera y encallecida.

—¡Adiós, adiós!...—nos decía, todo encorvado y con los brazos extendidos.

Cuando llegamos al recodo del camino, nos volvimos para verlo una vez más. Renato se sacó el sombrero; yo lo saludé con la mano. Y él permanecía al borde del cantero, con la mirada fija en nosotros, sonriente, noble y tan simpático, que parecía un abuelito despidiéndose de sus nietos.

A las once estábamos en el auto de vuelta para casa. Después de comentar la actitud del peón, la conversación decayó. La señora Berta estaba abstraída, pensando en su marido, quizá. Ella pretendía disimularlo, pero no podía. Era bien visible que el recuerdo del ausente la entristecía. Yo no insistí, pues, y me resigné a permanecer callada, cosa que me cuesta mucho. En cuanto a mamá, creo que comprendió lo mismo porque adoptó mi actitud.

Momentos antes de llegar, Renato dividió el manojo de violetas en cuatro partes. Luego tomó uno de los ramitos y se lo entregó a mamá, diciendo:

—Este es para usted, señora; este otro es para su esposo, y éste—añadió dirigiéndose a mí,—es para usted.

Mamá quiso rehusar porque aquellas flores tenían para ellos un valor singular; pero la señora Berta intervino y nos obligó a aceptar.

Yo me puse muy contenta y como siempre tengo alfileres, me prendí el ramito sobre el pecho. Las violetas eran grandes, frescas y soltaban un perfume delicioso.

Un momento después nos separamos y en cuanto estuve en casa, me saqué el sombrero, fuí a la sala, me senté en el taburete del piano y me estuve mucho rato sin pensar en nada. Cuando me llamaron para almorzar, yo tenía la impresión de que había pasado una de las más hermosas mañanas de mi vida.

IV

Transcurrió una semana. Hoy es martes, de mañana. Me sirvieron el desayuno en la cama y recién me levanto.

Ayer estuve en Solís. Vi una hermosa comedia de Benavente. A papá sobre todo le agradó muchísimo y comentamos juntos los principales pasajes de la obra.

Me encontré con varias amigas y conocidos. Durante los intervalos, nos reunimos cuatro o cinco y nos pusimos a pasear por los corredores. Hablamos de todo un poco. Cuando nos despedimos, tres de ellas quedaron en visitarme el jueves.

V

Hoy, miércoles, a las siete y media ya estoy de pie. ¡Qué frío!... Este Junio se despide bien.

Antes de tomar el café con leche, estuve saltando a la cuerda, durante un cuarto de hora, sin interrupción. Este es un ejercicio que hago con mucha soltura y el cuerpo me lo agradece dándome calor y alegría.

A las diez, cuando me senté ante el piano, eché una ojeada sobre las violetas, aquellas que me regaló Renato. Las pobres se mueren irremediablemente. Hace ocho días que las tengo en mi florero rameado, junto al busto de Mozart.

¡Lo que he hecho para conservarlas!... Todos los días les corto un pedacito de pedúnculo y les cambio el agua. Les he echado azúcar... he llegado a usar el agua tibia... Pero con ello sólo he logrado alargarles la vida un poquito más. Hay dos que ya están rígidas como cadáveres. Las otras se van cerrando para morir. Ya no tienen perfume y el roce más suave las quiebra. ¡Qué lástima!... Verdad que podría sustituirlas por otras flores, recién sacadas de la planta. Pero no serían éstas...

A veces, cuando mis manos juguetean sobre el teclado recogiendo arpegios, yo evoco, mirando las violetas, la mañana del Prado. Hay una historia en esos pétalos marchitos. ¡Qué poco duran las cosas!... Una semana, apenas, ellas lucieron sobre mi pecho frescas y exuberantes como la alegría. ¡Cuando pienso que no me quedará más remedio que tirarlas, mañana acaso, pasado quizá, me domina una especie de

arrepentimiento muy raro, muy vago... no sé por qué... Yo quisiera tener estas flores conmigo, siempre, siempre!... ¡si las guardara!... ¡Ah!... sí... en el estuche aquel... ¿Por qué no?... Fuí hasta mi cuarto y tomé el cofrecito que tenía guardado en mi **toilette.** Es mono, de forma elíptica y está forrado de raso verde.

¡Qué emoción me produce lo que estoy haciendo!.. Acabo de contar las violetas: son veinticinco. Con mi pañuelo he ido secando sus pedúnculos. Temo romperlas. A veces cae un pétalo sobre mi falda.

¡Veinticinco violetas!.. Las he ido colocando una a una a lo largo del cofrecito y he tenido cuidado de ponerlas en un mismo sentido. Ya terminé. El ramo ahora está acostado, acostado como... ¡Qué idea más triste me ha venido de pronto..! Las lágrimas han acudido a mis ojos.

He cerrado el cofre silenciosamente, evitando en lo posible que sonara el resorte. Me hubiera hecho mal ese ruído. Después me dirigí hasta el dormitorio para guardarlo en el cajoncito de mi tocador. No pude resistir a la tentación de volver a mirar las flores. Una vez más me sequé a tiempo las lágrimas para impedir que mamá se percatara de que había llorado. ¡Qué susto se lleva entonces!.. Es capaz de creer que se me ha roto el corazón o que me caí de un quinto piso.

—¿No estabas en la sala, nena?

—Sí... pero vine aquí porque guardé las violetas que me regaló Renato, ahí en el cofrecito.—Mamá se sonrió, me besó en la boca y en seguida se puso a hablar de otras cosas.

VI

Ayer, jueves, día de recibo, la casa se llenó de gente. Papá, mamá y yo no paramos un instante.

La señora de Quinteros nos cautivó con su voz, cantando una romanza del segundo acto del "Barbero". La acompañó en el piano Celia Martínez, y fué todo un éxito. Luego, Roberto Luna recitó la "Sinfonía en Gris Mayor", de Rubén Darío, que muchos aplaudieron. Le siguió la menor de las de Mendoza. Esta dijo con mucha sinceridad "La Lágrima", de Guerra Junqueiro, y obtuvo en mérito muchas felicitaciones.

Llegóme el turno a pesar mío. Nunca me gusta tocar cuando hay mucha gente reunida. En estas circunstancias, lo único que cuela es una marcha, un bailable, música fácil que haga barullo. Pero no podía ni debía ser descortés. Me senté en el taburete y toqué de memoria "La Aragonesa" y "Las Sevillanas", de Massenet. La última composición agradó tanto que hube de repetirla.

Después del te, se bailó una hora y al final, a pedido de las señoras tuvimos que jugar a la gallina ciega. Al primero que le tocó fué al que recitó los versos de Rubén Darío.

Con un pañuelo de seda le vendamos los ojos y después de hacerle dar unas cuantas vueltas, le soltamos en medio del salón.

Luna extendía los brazos y se orientaba por el oí

do. Las señoras permanecían sentadas o de pie, arrimadas a las paredes, para dejar la escena libre. ¡Cómo se divertían! Una de las muchachas consiguió el delantal de una sirvienta, lo arrolló y lo puso ante la "gallina ciega". Esta, creyendo habérselas con un brazo, lo atrapó con ambas manos, provocando una carcajada general.

Pero lo más cómico ocurrió después. La de Martínez nos hizo señas de que nos alejáramos, y ella sola empezó a torearlo a un paso de distancia.

Así salieron del salón, atravesaron el dormitorio de mis padres, el comedor y llegaron hasta el último cuarto donde sólo hay un guardarropa, una mesita y un escritorio fuera de uso.

Nosotros hicimos lo mismo, andando tras ellos, cuchicheando y riendo. En la última habitación, la de Martínez pasó junto a él, furtivamente y se volvió hacia el grupo, de modo que Luna quedó solo en el cuartito. ¡Ya podía buscar el pobre!.. Era indudable que él se creía en el salón. Nosotros, desde la puerta reíamos a más no poder. Un muchacho, el de Camejo, le decía para engañarlo:

—¡Ahora, Luna, ahora!.. ¡A la derecha, a la derecha!..—Y Luna largaba manotazos en el vacío, a diestro y siniestro, echándose ya hacia un lado, ya hacia otro, persiguiendo a la de Martínez, que no estaba en el cuarto.

De pronto, vencido y sin decir "¡agua va!" se quitó la venda. Fué el colmo de la hilaridad. Puso tal cara de asombro al encontrarse en aquella habitación que nadie podía dominar las carcajadas. Una señora lloraba de la risa y fué a sentarse en la primera silla que encontró. Y ante aquella algaraza, Roberto Luna, en medio de la pieza, miraba las paredes, miraba los muebles, miraba hacia el grupo y repetía como un tonto:

—¡Pero!.. ¿cómo vine yo aquí?.. ¿cómo estoy aquí?..

Fué una hermosa fiesta. Lástima que Renato no haya querido venir. Hubiese reído él que es tan serio, serio por demás. Pero no quiso. El muy salvaje ha preferido pasarse la tarde en su casa. También es posible que haya salido. Ahora en la Legación ha trabado relaciones con compatriotas suyos. Acaso se sienta mejor entre ellos.

VII

Han pasado varios días.

Esta tarde vino a visitarnos la señora Berta. Estaba contenta y con razón. Recibió una carta de su esposo. Parece que todo va bien en la familia y ella cree que dentro de poco volverán para Francia.

Ya no tienen la idea de trabajar en América. Han reconquistado la casa de Avignon que habían vendido durante la guerra. Tiene gran confianza en el porvenir.

Prometió venir, después de cenar, con Renato. Las noches de invierno son muy largas. Jugaremos al dominó.

VIII

Eran un poco más de las veinte horas cuando llegaron. Hacía que no veía a Renato, por lo menos, por lo menos, unos ocho días. En vez de su traje gris, traía uno azul muy obscuro, casi negro. Yo misma le ayudé a quitarse el abrigo.

Hacía mucho frío y los cuatro nos sentamos cerca de la estufa.

Después de las primeras palabras la conversación giró sobre la carta que habían recibido. Nos mostraron un retrato del ausente vestido con su uniforme de oficial francés. Es un señor alto, bien plantado y se parece mucho al hijo. La misma cara, con una expresión menos triste, los mismos ojos, la misma mirada.

—¿Y para cuándo piensan irse?..—pregunté.

—No sabemos con seguridad—contestó la señora —cuestión de un mes, de dos, ¡quién sabe!.. Depende de muchas cosas... —Luego se puso a contar que, por medio de la Legación, había trabado relaciones con dos familias francesas, excelentes personas que los habían acogido con amor.

—¡Ah!.. lo que es esto yo lo había sospechado. Una noche le dije a mamá:—"Me parece que nuestros vecinos se olvidan de nosotras".—Y ella me contestó: —"Pero ¿y crees tú que habrían de pasarse la vida en casa?"

Después jugamos al dominó. Renato y yo contra nuestras mamás. ¡Cómo nos ganaron!

Es claro; esto se explica: yo no sé jugar. Lo único

que sé hacer es lo que hace cualquiera, esto es: poner un cinco junto a un cinco y un cuatro junto a un cuatro. Pero... ¿y Renato, que juega tanto?.. ¡Renato, que la gana a la mamá!.. Cada vez que hacía una mala jugada se pegaba en la frente exclamando:

—Pero ¿qué he hecho?; ¿dónde tengo la cabeza?.. La señora Berta añadía:

—¿Y... esos cálculos, muchacho?.. ¿en qué piensas?

A las veintidós horas llegó papá. Venía todo achuchado. Este mes de Julio se hace sentir.

Sirvieron entonces te con leche. Yo traje unos bizcochuelos.

Por supuesto, se volvió a hablar de la carta, del próximo viaje, de lo que harían más tarde, allá en Francia.

Yo sentía mucho frío. Sin decir palabra fuí hasta mi cuarto para ponerme un saco. Como tardara, mamá me llamó:

—¿Qué haces, nena?.. Ven a tomar el te.

—Voy, mamita... voy... —Entré en el salón y me acurruqué en mi asiento. Luego traté de tomar el te, pero no pude. Tenía un nudillo en la garganta. Tomé dos sorbos y mordí un bizcochuelo.

Ellos seguían hablando siempre de lo mismo. La señora Berta describía su casita de Avignon, los pasajes hermosos del Ródano. De vez en cuando se interrumpía para preguntar a su hijo:

—¿Te acuerdas, Renato?..—Y proseguía evocando recuerdos, reconstruyendo escenas, manifestando a las claras el entusiasmo de una mujer francesa orgullosa de su país.

Papá hizo varias preguntas de historia y ella, que es muy instruída, respondió sin vacilación. Hasta se rememoró la época del Papado.

Después el tema fué cambiando insensiblemente. Renato, que parecía abstraído, me dijo:

—¿Por qué no toca el piano, Enriqueta?..

—Eso es—añadió papá—haznos oir algo bueno.—

No me lo hice repetir. Nunca quizá deseé como en esos momentos, estar ante el teclado. Ocupé el taburete y para desentumecer los dedos, toqué unas cuantas escalas. Ellos continuaron charlando; pero no bien dejé oir los primeros compases, se callaron todos.

—¿Qué es eso?—preguntó la señora Berta.

—Es el "Nocturno Póstumo" de Chopín—contesté a media voz, y dominada ya por una emoción dolorosa como nunca había experimentado.

¡Cuánta amargura, cuánta desilusión hay en estos compases!.. ¡desilusión, sí, desilusión!.. Parece que algo muy querido se fuera para siempre. Es como una mano que os dijese: ¡¡Adiós, adiós!!

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero el nudillo que tenía en la garganta empezó a desatarse.

Terminé el nocturno. Todo daba vueltas en torno mío. No obstante, me sobrepuse y después de pasar la yema de los dedos por mis párpados me volví hacia ellos. Estaban silenciosos, inmóviles, cual si oyeran aún. Papá permanecía en su sillón con la cabeza echada hacia atrás y la mirada fija en el techo; mamá se había reclinado, con los codos sobre la mesita y presentaba su cara encajada entre las manos. Algunas lágrimas rodaban por sus mejillas. La señora Berta mantenía el busto echado sobre un brazo del sillón y juntaba sus manos dolorosamente. Y en cuanto a Renato... Renato estaba de pie, en la actitud del que ha sido sorprendido en el instante de dar un paso. Tenía una mano apoyada en el respaldar de su asiento y el otro brazo caía a lo largo del cuerpo, flojo, abandonado. Y sus ojos hermosos, profundamente negros, fulgían como dos gemas misteriosas.

IX

Pasaron tres días. Hoy, papá, después de almorzar, y mientras me ofrecía un pastelillo, díjome con un tono de voz muy penetrante:

—Tú nunca tocaste el Nocturno como las otras noches, Enriqueta.

—¡Cómo las otras noches!.. quizá... Tenía tantos deseos de tocar...

—¿En qué pensabas, nenita, cuando estabas ante el piano?..

—A decir verdad, no pensaba en nada—contesté.

—En algo debiste pensar—replicó papá.

—Aseguro que no pensaba en nada—repuse poniéndome seria,—sentía, eso sí...

—¿Y qué sentías, entonces?..

—Estaba afligida; tenía ganas de llorar... igual que si nos sucediera una desgracia.

—¿Y por qué?..—preguntó mamá.

—No sé—dije alzando los hombros—estaba triste. Es lo único que sé decir.

Papá había acabado de tomar el café y se puso de pie.

—He oído tocar muchas veces ese nocturno, querida Enriqueta, y nunca, entiéndelo bien, me ha parecido tan bello, ni me ha emocionado tanto. Un concertista no habría llegado donde llegaste tú, te lo aseguro.

X

Empezaron las lecciones de francés hace ya una semana. Durante estas noches de invierno tan largas, hay tiempo para todo.

Renato me hizo comprar un libro donde no hay una palabra en castellano. Ahí tengo que aprender, quieras que no.

Mi maestro me hace reir y me hace reir porque se enoja. Además, se pone tan ancho como si estuviera dictando una cátedra en un instituto célebre.

¡Hay que verlo cuando se sienta junto a mí y empieza a hablar en su idioma!

¿Creéis que es Renato, aquel Renato que yo conozco desde hace cinco meses?.. Pues no, señor. Se arrellana en su asiento, monta una pierna sobre la otra, y me mira con cierto aire de autoridad, como diciéndome:—"¡Jem!.. ¡mucho cuidadito!"...—Esto sólo me tienta, pero permanezco seria, dispuesta a oir. Y llega lo bueno. Después de habler hablado un minuto o dos en francés y sin que yo le haya comprendido ni la primera palabra, exige que le haga un resumen. Lo que ocurre entonces es de imaginarse. No sé qué contestar, por supuesto. Y como me duele responder que no he entendido absolutamente nada, yo, mientras él va hablando, trato de inquirir por los gestos el asunto a que se refiere. De este modo logré acertar una vez y él quedó bastante contento. Mas, no obstante este cuidado, fracaso generalmente y digo disparates estupendos. Aquí empieza él a decir: "¡**Mon Dieu!**" y cuando dice "¡**Mon Dieu!**" es porque está enojado,

Y la escena se complica: su aspecto grave, su enojo, la torpeza mía para comprender e imitar, todo se junta para tentarme. Y no pudiendo más, me río, soltando la risa por la comisura de los labios. Y nada de hacerle entender que no entiendo. Se empecina, me obliga a que repita la palabra tal como la pronuncia. Yo le obedezco. Desearía poder decirlas igual que él, sólo porque no se pusiese de mal humor. Pero se enfurruña y hace una cantidad de gestos cómicos. Al fin, sin poderlo remediar, me río a carcajadas. La señora Berta se ve precisada a intervenir.

—¡No, no es por mi culpa!.. es ella que no quiere!.

—¡Ah!.. ¡qué bobetón es usted, Renato!..

En un mes aprendí mucho. No lo hubiéramos creído ni él ni yo.

Escribí una carta a papá, una carta que pienso dirigirle al escritorio. No es muy extensa: unas cuantas líneas, las que pude reunir. Pero, con esto, estoy segura que proporcionaré a papá un verdadero placer.

Esta tarde llegó Renato y yo le dí el borrador para que lo corrigiera. En cuanto se puso a leer frunció el ceño. Por la mueca que hizo comprendí que me retaría. ¡Una falta, cometida al emplear el pronombre él en una frase interrogativa! ¡Dios mío! ... ¡qué rezongón!... ¡y eso que no tiene más que diez y ocho años!... ¡Qué sería si tuviera cuarenta!...

Empezó primero a sonreírse como si le causara gracia... ¡Mentira!... tenía una rabia de todos los diablos. Yo esperé el chaparrón, sonriendo, con la esperanza de apaciguarlo. Principió diciendo:

—¡**Mon Dieu!...** esto es admirable...—y repetía la frase mal escrita dándole un aire de canción. Era tan cómica su actitud que me vinieron ganas de reir y me reí. Entonces, ¡cataplúm!... se desbordó el vaso. Me dijo, lo que un maestro enojado, pero muy enojado, puede decir al discípulo.

Yo soporté valientemente los primeros golpes. A pesar de todo, como él se mostrara muy injusto, me

enojé a mi vez y dando una fuerte palmada sobre la mesa, exclamé colérica:

—¡**Mon dieu!**... eso sí que no...

—Todo lo que digo es verdad, ¡mon dieu!...—replicó Renato, echando chispas por sus ojos y creyendo, sin duda, que me burlaba al pronunciar su interjección favorita. Porque aunque yo lo dije espontáneamente, sin ninguna intención, este ¡**mon dieu!**, en vez de ayudarnos a salir del paso, nos condujo de mal en peor. Nos exaltamos. Estaba Renato tan ofuscado que, poniéndose de pie, me soltó al rostro estas palabras:

—Si usted persiste en burlarse y quiere que me vaya, indíquemelo.

—Vete, digo, váyase cuando quiera: yo no le tengo sujeto.

Se hizo el silencio. El me miró. Había una profunda reconvención en su mirada. Luego, sin desplegar los labios, salió del comedor y se alejó por el patio hacia la puerta de calle.

Yo permanecí un segundo como atontada. Pero reaccioné. Comprendí que todo cuanto nos habíamos dicho eran pamplinas, palabras inofensivas. Nuestra amistad era más importante. No... además... ¿por qué no confesarlo?... tuve miedo, sí, miedo... ¿de qué?... no sabría decirlo, pero tuve miedo. Salí tras él, casi corriendo y lo alcancé en el zaguán.

—¡Eh... ¡Renato, Renato!... —El se detuvo, volvióse hacia mí, pero no me miraba.—No es para tanto. ¡Vaya!... ¡qué geniecillo!...

Volvimos al comedor. Yo repetía maquinalmente:

—¡Qué cosa!... ¡qué cosa!...—Corregida la carta, él se fué. Después del enojo estuvimos algo cohibidos.

Al quedar sola, pasé en limpio el borrador, escribí el sobre y cerrando la carta la mandé franquear. En seguida fuí a mi cuarto y mientras me arreglaba ante el tocador, para ir a saludar a unas visitas que llegaron un rato ha, recordaba las incidencias de

nuestro altercado. Total ¿por qué?... ¡Qué tontos fuimos!... ¡Este Renato!... ¡Pero qué hermoso se pone cuando está enojado!...

XI

Esta noche, al venir con su mamá y cuando nos encontramos bajo la luz del salón, frente a frente, nos pusimos a reir sin decirnos palabra. ¡Qué tentación!... Lo que unas horas antes nos había enconado, servía ahora para divertirnos. Y no podía ser de otro modo. Hace más de medio año que nos tratamos y sería injusto, sería absurdo que nuestra amistad, tan buena, se viera turbada por una insignificante tontería.

¡Todo lo que se echa a pensar uno, cuando ocurren estas cosas! ¡Si confesase que no cené de disgusto!...

—Pero, nena ¿por qué no comes?...—decía mamá.—¡Qué... si no podía!... Me imaginaba a nuestras familias enojadas, separadas para siempre, y sacaba de ello consecuencias malas, tristes reflexiones que me hacían latir con fuerza el corazón. Pero, ahora, es una dicha pensar que todo se fué como el humo. Y nos reíamos, nos reíamos de placer al volvernos a encontrar sin una sombra en nuestra amistad, felices como dos chicuelos que se disponen a jugar. Y era tal nuestra algazara que nos fué necesario confesarlo todo a nuestras mamás. ¡Como se burlaron!...

XII

Estamos a fines de setiembre. Los días son ya bastante largos. Más luz y, por lo tanto, más calor.

Ayer me despedí de las camisetas hasta el próximo invierno. Me costó trabajo conseguir que mamá me diera el permiso. Temía que me resfriara.

Es otra vida. Se siente la caricia del aire tibio, un aire que se aspira con ansias, un aire que yo conozco.

¡El mes de setiembre!... Es un mes de oro, un mes de ilusión. Aun cuando no hubiese almanaque, yo lo conocería. Es rubio, es generoso. Todo lo da con sus manos llenas.

Hoy, después del desayuno, subí a la azotea. Hacía tiempo que no visitaba este lugar silencioso, hasta donde asciende el eco de la vida. Es un sitio frío, árido, limitado por los pretiles desnudos. La claraboya está en el centro descansando sobre sus rieles, como la caparazón de algún monstruo inerte.

Durante el invierno no subí una sola vez siquiera. Huí del frío, de las lloviznas pertinaces, del viento que sopla del sur. Entonces es mucho mejor mirar la calle a través de los vidrios empañados.

Desde donde estoy observo el mar, el cielo y una superficie extensa formada por la techumbre de los edificios, una superficie desigual que sube y baja, escalonándose sin orden, recortada por las aristas de los prismas y los cubos, una superficie gris, blanquecina, mostrando aquí y allá algunos manchones negros, retintos, muros alquitranados que emergen en aquella extensión inarmónica, confusa, inclinada hacia el río.

¡El mes de Septiembre!... Se experimenta cariño por todo lo que se ve. La luz, la atmósfera, la tierra, nos dicen a un mismo tiempo: "Sed felices. La dicha es vuestra. Reid, cantad, sed como la flor que alborea en el follaje. Cada mañana es una ventura que se entrega a vosotros. Vivid: la vida es sublime. Mostrad a vuestros padres el corazón radiante como un mechero encendido".

—¡El mes de Septiembre!... Sin darme cuenta tenía entre mis manos un lápiz que guardaba en uno de mis bolsillos. Es de Renato y no me explico cómo está en mi poder. Apoyada en uno de los pretiles me he puesto a hacer rayitas sobre la lechada de cal. Pero de un modo como inconsciente, sin pensar en las rayitas. Después me puse a escribir nombres: el de mamá, el de papá, el de una tía que visité la semana pasada y que me quiere mucho, el de Renato, el de la señora Berta... La superficie sobre la cual escribo es tan áspera, tan granulada, que las letras me salen bastante mal. Nadie entendería, por ejemplo, que aquí dice "Renato". Me ha sido necesario escribirlo hasta cinco veces. Ahora sí, las letras están bien trazadas. ¡Qué bonita es la erre mayúscula!...

¡El mes de Septiembre!... Es rubio, generoso, se prodiga en luz, una luz suave y sencilla como las manitas de un niño.

Me he sentado al pie de la claraboya y me mantengo en la actitud del que espera. ¿Esperar qué?... Hace dos años con este que me ocurre lo mismo. Es una impresión vagarosa, crece y decrece, se extingue y retorna: es una inquietud en el alma que no hace mal. Oís que pronuncian vuestro nombre. ¿Quién?... ¿de dónde?... Será un ensueño, y, no obstante, no podéis quitaros del espíritu la idea de que alguien vendrá. Todo me enternece. A mi izquierda, en la juntura de dos baldosas, crece un musgo verde pálido, raquítico. ¡Pobre plantita, tan sola, inadvertida!... Nadie presencia tu lucha, a nadie importa tu afán de

existir. Arraigas en un lecho inanimado, seco, frío; te alimentas de arena, de portland y aun vives, aun te yergues convirtiendo en un surco la juntura, solevantando las piedras que te oprimen como dos losas funerarias.

¡El mes de Septiembre!... El cielo, la luz, el aire... Parece que una mano muy suave, muy delicada, me entornase los párpados. Alguien vendrá, sí, alguien vendrá. Ahora que la copa del duraznero se ha transformado en flor, ahora que florecen los perales, ahora que las rosas empiezan a abrirse en los jardines, vendrá como una canción de la primavera.

¡El mes de Septiembre!...

XIII

Siguen pasando los días y las noches insensiblemente. Terminaron las veladas de invierno en el salón cerrado, junto a la estufa. Ahora es necesario salir en busca del aire fresco del mar.

Este noviembre se presenta muy caluroso. El barómetro alcanzó hasta los treinta y seis grados. Se suda el quilo

No obstante este calor, el martes estuvimos en el Urquiza, donde trabajaba una compañía de comedias. Fuimos los cinco: la señora Berta, Renato, mis padres y yo. Representaban una obra muy interesante. Dos hermanos huérfanos eran los protagonistas. El final del segundo acto fué muy emocionante. Yo lagrimeaba y Renato hacía pucheros, ¡la verdad!

Durante el entreacto, estuvimos en el café. Papá trató de bromear para quitarnos el aspecto de tristeza que conservábamos aún.

Sirvieron te con leche y bizcochuelos de anís. Todas las mesas del salón estaban ocupadas y al silencio de un momento antes sucedió el barullo que es de suponerse en un café atestado de gente.

Mamá parecía no olvidarse de lo que había visto: empezó a comentar la obra; la señora Berta y papá hicieron lo mismo. Yo también intervine, pero Renato permanecía callado. Viéndolo así se me ocurrió hallarlo parecido al artista que desempeñaba el papel de hermano. De inmediato recordé lo que nos había dicho aquel viejito del jardín Botánico: "¿Son ustedes hermanos?" Fué cuestión de segundos y sin cau-

sa aparente. Cuando iba a abrir la boca para contarle lo que pensaba, él se adelantó y díjome:

—¿Te acuerdas de aquel anciano del Prado?... aquel que me regaló las violetas?...—No lo dejé concluir.

—¡Pero si es lo que pensaba yo!...—exclamé palmoteando—¡vaya una casualidad!...

—Pero, ¿de veras, pensabas en lo mismo?...

—Sí, sí... Si yo ya iba a preguntarte:—"¿Te acuerdas de aquel viejito que nos tomó por hermanos?...—Teníamos los dos una emoción de sorpresa. Luego Renato, echando terrones de azúcar en su pocillo, repitió:

—¡Qué casualidad!...—Hizo una pausa y agregó pensativo y sonriente:—¡si nosotros fuéramos hermanos!...—Yo me reí.

—¿Si nosotros fuéramos hermanos?.. ¡Qué víctima serías!... te volverías loco a fuerza de retos.

—Y... ¿por qué?...

—¿Por qué... ¿crees que si yo fuera hermana tuya, iba a permitir que durmieras hasta las nueve y media de la mañana?...

—No es cierto.

—¡Que no es cierto!... Señora...—pregunté a la mamá—¿a qué hora se levanta Renato?

Y ella contesto inocentemente:

—A las diez.

—¡Oy!... ¡qué vergüenza!... El quedó todo confuso, pero yo seguí. En broma o en serio tenía ganas de decirle lo que le estaba diciendo.—¡Levantarse a esa hora es un vicio. El cuerpo se relaja. La inteligencia se vuelve torpe, perezosa. Se come menos, se trabaja menos aún. Nos sentimos de mal humor. El obstáculo más insignificante nos produce un disgusto. Con seguridad que aquel día del enojo, a causa del pronombre **él**, aquel día tú te levantaste a las diez. Sí, sí... no me digas que no. Mucha parte de la alegría se la debo a las mañanas.

Renato negaba con la cabeza, débilmente. Yo continué:—¡Si fuera tu hermana!... A las siete o las siete y media a más tardar: "¡Eh!... ¡Renato... levántate... a trabajar!... A ocuparse en algo... ¡Hay mucho que ver, hay mucho que aprender!"

Cualquier distracción es preferible, antes que permanecer como una momia. Y cuidado que no me echaría atrás en ningún caso! Aunque te enojaras, aunque me tiraras con los botines, aunque profirieses insultos, yo no te dejaría. Muy al contrario. Porque en el caso posible de que tú siguieses acostado, yo, sin que lo sospechases, te mojaría la cara con agua bien fría. Y entonces veríamos... ¡Serías capaz de correrme, pero qué me importa!... te habrías levantado. Y así hoy y mañana, hasta que por voluntad propia lograses dominar la pereza.

Ya te acostumbrarías, y quizá de vez en cuando, te acercaras a la cabecera de mi cama, para decirme:—"¡Eh!... ¡Enriqueta!... ¡levántate... son las siete!... Si fueras mi hermano,,, renegarías a tendrías que soportarme. El día que yo te viese triste o sombrío ¡pobre de ti!... Bailaría en torno tuyo, cantando... te aturdiría mi alegría. Muchas veces, cuando estás acurrucado, silencioso, me pareces un mueble viejo, cubierto de polvo. No, no... yo no podría verte así. ¡Diez y ocho años, no más!... Yo sufro de verte sufrir. Bien sé que no tienes la culpa. Papá me lo dijo: "La alegría que produce la paz europea no es firme. El mundo está triste: es la consecuencia más profunda de la guerra." Pero hay que reaccionar y si fueras mi hermano reaccionarías, puedes creerlo. Además, por cada mancha que te viese en la ropa, te brindaría un fuerte tirón de orejas. Ese traje es nuevo y ya lo tienes sucio en las solapas.

—Sí; mamá me lo limpió antes de salir, pero la mancha volvió.

—Y no te dijo nada?... ¡Ah!... ¡si hubiera sido yo!... ¡qué rosario!... Y aunque tú te alejaras de

mí, para no oirme, yo seguiría atrás tuyo como una sombra. No, no; ya ves que saldrías perdiendo si fueses mi hermano. Sería intransigente contigo.—Renato fijó en mi sus hermosos ojos negros y me dijo lentamente:

¡**Mon dieu!**... ¡si tú fueras mi hermana, yo sería muy feliz, Enriqueta!...

¡Oy!... qué sorpresa... Había dicho ¡**mon dieu!** y no estaba enojado.

XIV

4 de diciembre.

Hoy llegó hasta mí una de esas noticias que inmovilizan como el estampido de un rayo. La señora Berta y Renato se van: el 21 se embarcarán en un paquete francés, rumbo a Marsella. De allí seguirán ellos hasta Avignon. Por más que esperaba esto, nunca pensé que ocurriese tan pronto!

Han vendido los pocos muebles que poseían a condición de entregarlos el día de la partida. Sólo conservarán un escritorio pequeño que Renato trajo de Francia y que piensan llevar con ellos. Estaban muy contentos y es justo que sea así.

XV

11 de diciembre.

Ayer, de noche, tuve bastante fiebre y dormí mal. Por suerte no me fué necesario contárselo a mamá, con lo cual conseguí evitarle un disgusto. Si ella hubiese sabido que yo tenía fiebre, no hubiera pegado los ojos en toda la noche.

Tuve pesadillas, sueños disparatados y ridículos. Me vi corriendo, en una noche tormentosa. Iba a buscar un remedio para papá. Por más que corría no llegaba nunca. Un bosque me salió al paso. Esto me dió mucho miedo, pero seguí corriendo. A cada instante tropezaba con raíces, con plantas increíbles, algunas de las cuales tenían aquellas hojas maravillosas que yo vi en el invernáculo del Prado. A medida que avanzaba, el bosque se hacía más espeso. La obscuridad era intensa. Mis pies se enredaron y caí. Al levantarme me dije: "Aquí hay una vieja horrible, una vieja espantosa que me quiere agarrar". Y la vi en seguida. Salió del tronco de un árbol, junto a mí. Era una vieja monstruosa, repugnante, que inspiraba horror. Tenía sólo un ojo, un ojo de cuervo, donde ardía un fuego malo. ¡Dios mío!... yo quise dar un paso hacia atrás; pero no pude. La bruja infernal alargaba hacia mí sus brazos huesosos, sus manos huesosas, sus dedos huesosos, prolongados, curvos, que arañaban sobre mi pecho. ¡Qué angustia infinita!... me desperte dando un gran grito—y mamá acudió encendiendo la luz.

—Nenita—me dijo—¿qué tienes?...—Enloqueci-

da me prendí de su cuello, besándola, estrujándola, poseída por una alegría desenfrenada.

—¡Qué sueño espantoso!... Ella juntó su cabeza a la mía, y así, poco a poco, las caricias de sus manos queridas, la tibieza de su cuerpo, fueron devolviéndome la tranquilidad.

—Vete, ahora, mamita. Ya estoy bien... Vete a la cama.—Pero ella me besaba en la frente y sus manos me tomaban la cabeza. Después oí su voz como un susurro:

—¡Duerme, nenita, duerme!... yo estoy contigo. —Y todo fué desvaneciéndose. Me dormí acurrucada entre sus brazos, igual que cuando era pequeñita.

XVI

Martes, 15 de diciembre.

Se irán el jueves a las diez de la mañana. El vapor que ha de conducirlos llegará el miércoles procedente de Buenos Aires. El tiempo vuela.

Hoy, miércoles, me dió por abrir el cofrecito donde guardo las violetas. Fué mientras me peinaba. Ahí están las veinticinco florecitas. Es un ramito crispado por la muerte. Lo levanté para limpiar el lecho donde reposa. Había un polvillo amarillento y fragmentos de pétalos quebrados, que se me deshacían entre los dedos. Luego puse las flores sobre una de las palmas de mi mano y las miré. Experimentaba una gran dulzura y me vinieron ganas de hablarles. ¡Cuántos meses ya!...

Fué a principios de junio. Allá estaban, en los canteros del Botánico. Aquel viejito tan bueno como un abuelo se las regaló a Renato, en honor a su papá que se había batido valientemente durante cuatro años. Me parece verlas, grandes, lozanas, húmedas, perfumando el coche que nos trajo hasta casa. Después yo las tuve en mi pecho, estuvieron en mi florero... se marchitaron... se marchitaron... Corta fué la vida para este ramito, pero muy corta. Hoy es un recuerdo frágil, pero muy frágil. Tengo miedo de que todo se convierta en polvo.

Temblando, lo he vuelto a poner en el cofrecito, diciéndole al cerrar la tapa:

—¡Adiós, ramito... acuérdese usted de mí!... —y mi voz sonaba como un cristal oprimido.

XVII

Sábado, 19.

Por razones de trabajo, papá tiene que ausentarse unos días de Montevideo. Sale esta noche para Buenos Aires y volverá el martes, probablemente. Es el viaje que él efectúa todos los meses. No siéndole, pues, posible estar aquí el lunes, hoy ofreció un almuerzo de despedida a la señora Berta y a Renato.

Papá creyó más cómodo dar la comida en un hotel, pero mamá lo disuadió. Fué buena idea la suya. Entre extraños nunca hubiéramos podido decirnos lo que nos dijimos en redor de nuestra mesa.

El almuerzo empezó a las doce. Mamá jamás estuvo tan espiritual, jamás dijo cosas tan bien dichas, jamás fué más buena. Demostró toda la delicadeza de que es capaz su corazón, todo el cariño que había cobrado a aquellos dos franceses, huéspedes nuestros, espontáneamente. ¡Cuánto se lo agradezco!...

Papá escuchaba satisfecho y exclamaba a cada momento:

—¡Así es, así es!...—Estaba bromista, chacotón, y en cuanto Renato se quedaba serio, tirábale a la cara migajas de pan.—¡Vamos, muchacho, vamos!... hay que comer.—Yo, después comprendí que papá, con sus ocurrencias, trataba de impedir que nos entristeciéramos. Pero al final de la comida cambió de actitud y, descorchando una botella de Champagne, dijo a la señora Berta, mientras entrechocábamos las copas:

—¡Señora: brindemos por la salud del ausente!

Que todos los años de sufrimiento, de privaciones, de angustias, ocasionados por la guerra más formidable que ha conocido el mundo, se vean compensados en esta época de paz que renace, por otros años de alegría y de amor. La felicidad les aguarda allá, en Francia. Bebamos hoy esta copa de vino, la última quizá que bebamos juntos. Que ella sea testigo de la comunión espiritual de dos familias. No hace un año aún que nos encontramos por casualidad, y, hoy, la idea de separarnos nos entristece, como a dos viejos camaradas que tuvieran que partir por distintos caminos. ¡Señora...: lleve hasta su esposo nuestra admiración y nuestro cariño! ¡Bebamos!...—y la señora Berta, que jamás abandonaba la sonrisa, que tenía palabras para todo, nos fué mirando, uno a uno, en silencio, de un modo raro, cual si quisiera reconocernos. Las lágrimas desbordaban cayendo por las mejillas y manifestaba una visible necesidad de decir algo. Entonces, mamá le tomó una de las manos que ella le entregó dulcemente, mientras con la otra sacó un pañuelito y se cubrió los ojos. Así estuvo unos segundos. Nadie se animaba a hablar. Renato estaba inmóvil, con la vista fija en un plato. Mamá dijo:

—¡Vamos, Berta!... ¿qué es eso?...

—¡Oh...—exclamó con dolor y después de una pausa—no sé cómo agradecer...—Su voz temblaba pronunciando con dificultad—no sé... Ustedes no nos conocían... yo podía haber sido una mujer mala... mi hijo podía haber sido un muchacho malo... y ustedes no averiguaron... Ustedes ni nuestros nombres sabían... y, sin embargo, fuimos recibidos en esta casa del mismo modo que si hubiera mediado entre nosotros una antigua amistad. Eso no se paga con nada. Hay que estar sola, hay que vivir aislada para comprender todo el bien que ustedes prodigaron... Ni en mis mismos compatriotas hallé esta manifestación espontánea de cariño, esta solicitud de

todos los días que nos defendió de la soledad. Estoy henchida de agradecimiento. Tengo aquí la última carta de mi esposo y quiero leerles un párrafo que se refiere a ustedes.—Sacó de su pecho unas cuartillas arrolladas y después de buscar con la vista en las páginas llenas de letra menuda, leyó, haciendo al mismo tiempo la traducción.

—"Tú, Berta y tú, Renato; es necesario que digáis a esa familia tan buena que, aquí en Avignon, hay una casa abierta, para ellos. Pero demostrad que no la ofrecéis por cumplido. Decid al padre, decid a la madre, decid a la hija, que nunca olvidaremos. N dejéis de traer sus retratos".

—¡Oh!... exagera—dijo mamá.

—No, no exagera—repuso la señora Berta. Y una prueba de que no exagera es la pena que nos produce a nosotros esta separación.—Entonces yo dije:

—A ustedes solamente, no, señora... Esta tristeza la compartimos todos...—De repente Renato se dirigió a papá para decirle:

—Señor: yo quisiera hacerle un regalo a Enriqueta.—Todos miramos hacia él.

—Enhorabuena, muchacho—dijo papá sonriendo —un regalo siempre es una cosa agradable.

—El escritorio, mamá,—dijo, dirigiéndose a la señora Berta:—quiero regalarle mi escritorio.

—Muy bien—exclamó ella entusiasmada—dale tu escritorio.—Yo no sabía qué decir. Mamá protestaba. Aquello era demasiado. El escritorio, además de ser de mucho valor por la calidad de la madera y por el arte con que estaba construído, era para la familia un objeto histórico.

—No, no... no es posible que se deshaga de él—repetía mamá.—¡Qué locura!.. ¡de ningún modo!—Papá jaraneaba.

—Te vas a arrepentir, Renato, cuando te encuentres sin el mueble.

—¿Yo?...—exclamó tomándoselo por el lado serio

—¿arrepentirme de habérselo regalado? No... no, nunca... En ese escritorio se puede decir que aprendí a leer, a escribir... Lo traje conmigo de Francia... pensaba llevármelo otra vez... pero ahora se lo dejo a Enriqueta... Es un recuerdo... ella me ha hecho mucho bien!..

—Mi hijo tiene razón—decía la señora Berta, que ahora sonreía de nuevo.—Yo haría otro tanto.—Pero mamá repetía:

—No, no... es demasiado—y me miraba como diciéndome: "a ver: di algo tú. No permitas que Renato se quede sin su escritorio". Pero yo no podía, la verdad, no podía. Desde el primer momento hubiese aceptado el regalo sin vacilar. Al fin, haciendo un esfuerzo, y sólo por obedecer a mamá que no me quitaba los ojos de encima, dije sin energías, con voz desfalleciente:

—No, no... ¡qué esperanza!..—Papá soltó una carcajada franca, buena, que nos tentó porque tuvo la virtud de hacer resaltar mi verdadero deseo. Entonces, mientras reíamos, lo miré implorando su ayuda. Mamá seguía insistitendo:

—No, no; para dejar un recuerdo no es necesario que se prive de una cosa que quiere tanto.—Renato contestó con el rostro encendido:

—Señora: y si yo no quisiera tanto a mi escritorio ¿qué valor tendría mi regalo?

La señora Berta y papá aplaudieron. Yo, a duras penas me quedé quieta. Mamá, después de una pausa, repuso:

—¡Bueno; haz lo que quieras, porfiado...—Dejamos la mesa. Papá se marchó. Tenía que terminar un asunto antes que llegara la noche.

Los cuatro nos fuimos al salón. Yo me senté ante el piano. Renato quería oir música y le ofrecí mis composiciones predilectas. Toqué una hora, toqué dos horas. El había ocupado un sofá junto a mí y es-

cuchaba emocionado. Detrás nuestro, la señora Berta y mamá conversaban.

Terminaba de tocar el estudio "Si fuese pájaro", cuando Renato me preguntó:

—¿Por qué no tocas aquel "Nocturno", de Chopin... el póstumo...

—No, no... tengo miedo...

—¿Miedo de qué?..

—No, no... sufro cuando lo toco. Me haría llorar y no quiero, no, no... no me lo pidas, Renato... sería demasiado...—Me sentí dominada por una fuerte nerviosidad y púseme a tocar arpegios. Luego, después de una pausa, le pregunté:—¿te acuerdas de lo que dijo papá cuando brindaba?..

—Me acuerdo—respondió con la voz apagada.

—"Bebamos esta copa de vino, la última quizá que bebamos juntos."

—¡Quién sabe, Enriqueta!.. ¡quién sabe!.. —Callamos de nuevo. Se oía en el salón la conversación de nuestras mamás y los arpegios dulces del piano. Luego volví a preguntar:

—¿Y qué harás, Renato, cuando seas hombre?..

—Papá siempre pensó hacerme estudiar ingeniería. Pero antes de la guerra. Ahora creo que cambió de parecer. Quizá me dedique al comercio, quizá me haga profesor. Esto me gustaría más. Veremos... ya te lo diré cuando te escriba...—Hubo una pausa.—¿Y tú, qué harás?

—¿Yo?.. ¿qué quieres que haga yo?.. Renato... ¡Ah!.. ¡si fuera como tú!.. ¡si fuera varón!..—Renato rió.

—¡Si fueras varón!.. ¡qué ocurrencia!.. saldrías perdiendo.

—¡Quiá!.. saldría ganando.

—¡No, no... no tendrías tanta hermosura ni tanta alegría. Además, no sentiría uno tanto placer en oirte hablar, en oirte tocar el piano, en verte co-

rrer de un lado para otro, en verte reir!.. ¡Así estás muy bien, Enriqueta!..

—Sí... pero siendo mujer, ¿qué hago?, dí, ¿qué hago?.. Cuando tú te hayas ido, cuando ya no estés en Montevideo... Porque a mi no me gusta estar sin hacer nada. Verdad es que todo lo que necesito me lo dan mis padres, pero yo no nací para permanecer de brazos cruzados. Necesito ocuparme en algo. A veces yo creo que serviría para Hermana de Caridad. Amo el trabajo, el movimiento. Me gustaría tener muchos hermanitos que estuviesen bajo mis cuidados. Me agradaría bañarlos, vestirlos, prepararles la comida, retarlos cuando hiciesen algo malo, besarlos cuando hiciesen algo bueno. Luego les enseñaría a leer, a escribir y que no se me enfermaran, ¡Dios mío!.. porque entonces, sí... ¡qué horrible si se me enfermaran!..

—¡Eres buena, Enriqueta!.. se vislumbra en lo que dices. A pocas muchachas les he oído decir cosas que hagan tanto bien.

—¿Que hagan tanto bien?.. ¿por qué?..

—Sí... ¡Cuando uno está junto a un ser valeroso, decidido!.. Yo sé que tú eres capaz de cualquier sacrificio, que no retrocederías ante ningún obstáculo. Tienes mucho corazón. Yo, desde que te trato, me siento cambiado. Ya no soy débil... porque yo me había vuelto débil. Cualquier contrariedad me dejaba abatido. Me pasaba los días enteros sin salir de mi cuarto, sentado, acostado, con la cabeza vacía. ¡Cuánto hizo mamá por distraerme!.. Paseos, relaciones nuevas, nada me importaba. Una de mis predilecciones era leer la historia de los viajes. Sin embargo había concluído por no abrir un libro En Montevideo me ocurrió lo mismo que en Buenos Aires. Recuerdo que el primer paseo que hice fué hasta Colón. Es un lugar muy hermoso y, no obstante, yo anduve esa vez bajo los árboles como podría andar por una calle cualquiera.

Pero cuando nos conocimos, cuando nació esa amistad que une a nuestras familias, todo fué cambiando, poco a poco. Me contagiaste tu entusiasmo, me contagiaste tu alegría. Tus continuas bromas, que al principio me hacían enojar, porque no las comprendía, lograron que la risa reapareciese en mis labios. Todo lo hiciste tan amable que, aun cuando te mofaras de mí, poniéndome en ridículo, llamándome oso, burlándote de mi seriedad, yo nunca experimenté el menor sentimiento contra ti. Al contrario, te lo agradecía, y te lo agradecía sobre todo si te veía reir. Tu risa es encantadora, alboroza, ahuyenta la sombra. Además, cuando tú te ríes, se te forman dos hoyuelos, ahí, en las mejillas, igual que a los nenes chiquitos. Una tarde le dije a mamá:

—"Cuando Enriqueta ríe, yo soy feliz".

En este momento la señora Berta se levantó.

—Vamos, Renato. Tenemos que despedirnos de la familia de Labastié.

—Es cierto. Nos esperan. Ya no me acordaba.

Al quedar solas, mamá se puso a arreglar la ropa que papá debe llevar a Buenos Aires, y yo, por no ser menos, tomé la valija y la fregoteé de lo lindo.

A las 21 horas, estábamos todos a bordo del "Washington". Nos fuímos al salón y nos sentamos en rededor de una mesa. Sirvieron café.

Al dar las 22 horas, nos obligaron a abandonar el buque. Tenían prisa y amenazaban con quitarnos la planchada.

En este instante fué cuando se despidió papá de nuestros vecinos. Dió un fuerte apretón de manos a la señora Berta. Ella contestó, siempre sonriéndose y deseándole buena suerte. En cambio, Renato tuvo un ímpetu. Se colgó del cuello de papá y lo estrujaba entre sus brazos, pero sin hablar. Los marineros golpeaban las manos, impacientes.

—Pronto, señores, pronto...—Una pitada corta y profunda sonó junto a la chimenea.

—Vamos,—dijo la señora Berta emocionada—vamos...—Papá, a su vez, habíale pasado los brazos en rededor del cuello y le acariciaba la cabeza.

—¡Adiós, amiguito —decíale — adiós!.. Da un abrazo a tu padre en mi nombre. ¡Adiós!..

—Pronto, señores, ya es hora!..—y las palmadas resonaban con fuerza. Entonces, mamá se armó de valor y dando un beso a papá, separó a Renato, trayéndolo de una mano, como si se tratara de un niño. No bien estuvimos en tierra, la planchada fué a dar tan lejos. Y el vapor, soltando otra pitada, fué separándose del muelle insensiblemente.

—¡Adiós!..

—¡Hasta el miércoles, papá!..

—En cuanto llegue haré el telegrama. ¡Adiós, señora: adiós, Renato!..

—¡No te olvides del regalo!..

—¡Adiós!..

—¡Adiós!..

Fuimos hasta el extremo del muelle para estar más cerca del buque que andaba siempre con mucha lentitud, aun cuando ya se oía el estrepitoso chapoteo que producen las ruedas al batir las aguas. Y allí le miramos. Papá no se había movido de su sitio y cuando nos llegó a distinguir, se sacó el sombrero. La señora Berta alzó la voz para cubrir la distancia que nos separaba, y dijo:

—¡Hasta siempre! ¡Felicidad!..

—¡Felicidad!..—contestó papá.

—Adiós, don Ricardo!..—gritó Renato.

—¡Adiós, muchacho!..—Era una despedida emocionante. No por mí, ni por mamá, porque al fin, papá volvería el miércoles o el martes, posiblemente. Eran ellos los que impresionaban con sus adioses, ellos que se despedían para siempre, quizá.

Permanecieron un buen rato aún, viendo cómo el vapor se alejaba con sus mil luces. Luego nos volvimos para tomar nuestro coche.

La dársena iba quedando desierta. Subía hasta nosotros el olor del mar, acre, salino, rudo, un olor que se gusta, que se paladea, que se aspira a pleno pulmón. La luna, en creciente, asomaba por el Cerro y arrojaba sobre la superficie obscura del río un resplandor vago, medroso, como tul de ilusión. Algunas manchas amarillentas de candil, lamparones verdosos, rojizos, despedidos por los faroles y señales, se destacaban en la penumbra donde se mostraban, como masas negras y deformes, los cascos de las embarcaciones.

—Ya debe estar lejos—dijo Renato, mientras subíamos al automóvil. Un vapor camina mucho.—Hizo una pausa y agregó.—El lunes nos iremos nosotros...

El coche se había puesto en movimiento. Yo asomé la cabeza por la ventanilla, mirando hacia la entrada del puerto. Todo estaba silencioso, cual vencido por el sueño. Sólo, aquí, allá y más lejos, las boyas luminosas aparecían y desaparecían en la extensión callada.

XVIII

Domingo, 20.

Hoy, a las once, entre la sirvienta y la chica que hace los mandados, trajeron el escritorio que me regaló Renato.

—Aquí, aquí, en mi cuarto.—Lo pusieron frente a mi "toilette". Es un escritorio chico, parece un juguete. No despierta ideas de trabajo, como el de papá, tan amplio, con sus compartimientos laterales, atestados de folletos, revistas y legajos. Es de cedro. Tiene un par de cajoncitos a la izquierda y otro a la derecha; un estante semi-circular que limita la mesa y patas combas como de mueble antiguo.

Fuí al salón, tomé el florero que siempre tuve sobre el piano y lo puse en medio del estante.¡Qué bien!..

Él pareció animarse, como si sonriera. Saqué de mi biblioteca cinco libros, entre ellos, "Don Quijote de la Mancha" y dos en francés que me regaló Renato. Los repartí sobre la mesa. Luego llené los cajoncitos con cuadernos, cuartillas en blanco y cuartillas escritas, donde voy desarrollando estos apuntes; la colección de composiciones y resúmenes que hice cuando estaba en el sexto año y que guardé a pedido de mi maestra; las notas y clasificaciones de mi profesor de música, y mis libros de lectura. Después saqué de mi tocador el cofrecito donde tengo las violetas aquellas. Lo abrí, miré las florecitas muertas, pensé en muchas cosas y cerrándolo sin que el resorte hiciese ruido, lo guardé en el escri-

torio, entre los papeles escritos donde hay tantos recuerdos míos.

Y, cuando todo se halló dispuesto, me dije:—"Desde hoy en adelante, escribiré aquí, leeré aquí" y me pareció que estaba haciendo una promesa y que el escritorio me oía. Entonces le hablé:—"Tú serás testigo de mis alegrías y de mis tristezas. Cuando me recoja a solas, verás mis pensamientos... ¡Muchas horas pasaremos juntos, tú, que te quedas conmigo!"...

XIX

Domingo, a las 16 horas.

Habíamos pensado ir hasta Colón; pero a último momento, nuestros vecinos tuvieron que hacer una diligencia relacionada con el viaje y no pudimos salir juntos.

—Si quieres, nenita, iremos nosotras dos.

—Si tú lo deseas, mamá; de lo contrario, prefiero quedarme en casa.

—A mí tanto me da. Lo hago por tí.

—Entonces, quedémonos: no tengo voluntad.— Y así vestida para salir, me dejé caer sobre un sofá.

Volví a acordarme de papá; volví a leer el telegrama que llegó ha poco: "Viaje feliz. Negocio hecho. Llegaré el martes". ¿Qué hará a estas horas?.. ¿estará bien?.. ¿se acordará de nosotros?.. De pronto me pongo a pensar en cosas descabelladas. Imagino que papá está muy lejos, pero muy lejos y que no lo tendremos en tanto tiempo!.. ¡Válgame el cielo!... ¡qué muchacha más tonta soy!.. ¿no me he puesto a llorar? Mamá, al verme, me preguntó inquieta:

—¿Por qué lloras, nena?.. ¿qué tienes?..

—No te asustes, mamita... son cosas mías...—En cuanto supo el motivo se echó a reir. Sin embargo, me trajo el sombrero y me dijo:

—Anda... póntelo. Saldremos a pasear. Cuando se está así es necesario distraerse.

—No tengo ganas de salir, mamita.

—No importa. Iremos hasta Pocitos o hasta Malvín... como quieras.

Tuve que obedecer y salimos. Al ponerme el sombrero noté que estaba muy pálida. Quizá me habría sentado mal el almuerzo.

Pasamos por Ramírez, seguimos por la Rambla Wilson; pero no llegamos hasta el balneario. Bajamos del coche y nos pusimos a caminar.

—¿Te sientes mejor, nenita?..

—Sí, estoy bien... no tengo nada.

—¡Qué calor!.. ¡Suerte a este airecito que corre!

—¿Vamos a aproximarnos al agua? Nos sentaremos un ratito allá, entre aquellas piedras...

—No lo creo conveniente. Nos lastimaremos los pies.

—No, no... fíjate... Bajaremos por este caminito. Hazme el gusto, mamita.

—Bueno; andando: ¿por dónde?

—Por aquí—dije adelantándome. Y dejando la Rampla nos pusimos a caminar por aquel pedregal, difícil por la cantidad de pedrizcos, por las vueltas que había que dar para salvar los peñascos. Tuve que ayudar a mamá.

—¡Por dónde me has metido, muchacha!

—Falta poco, mamita. Por aquí, por aquí...—Así, saltando y haciendo equilibrios, llegamos al sitio elegido.—¿Ves?..—dije señalando el asiento—¡mira qué bien!... ¡una poltrona!..

—Una poltrona un poco dura,—contestó mamá sentándose y mirando en redor—un lugar muy lindo —agregó con intención y riendo—una alfombra de piedras y los mejillones al alcance de la mano. ¡Muy lindo!

—No te burles, mamita... Tenía ganas de estar sola contigo... Me fastidiaba el barullo, la gente...

—¿Y desde cuándo te incomodan a ti estas cosas?..

—Hoy, no más... por eso no quería salir. Me pasan

cosas que no sé... ¡Unas ganas extrañas de llorar... una tristeza!..

—Abre esa sombrilla, muchacha, que te estás quemando.

El sol picaba, caía de firme. Las piedras estaban tibias.

Nos pusimos a mirar el mar, la vasta extensión de agua inquieta que llegaba hasta cerca de nosotras, saltando sobre los escollos, entrando por las brechas en los peñascales, bulliciosa, juguetona, llenando con su espuma blanca la ribera hosca y desierta. En el cielo no había una nube.

—Por allá se va a Europa—dije a mamá, señalando el Este.—¿Nunca te vinieron ganas de ir a Europa?

—Sí... una vez estuvimos por ir. Tú aun no habías nacido.

—¿Y por qué no fueron?

—Sobrevinieron algunos contratiempos. Después, jamás se nos ocurrió.

—¡Cuántas veces en sueños me he visto paseando por las calles de París! ¡Si vieras cómo me las imagino!.. Dicen que Nápoles es una maravilla. ¡Qué viaje!, ¿eh?.. Renato me había dicho que en Nimes hay una gran plaza de toros. Nimes es una ciudad que queda cerca de Avignon.

—¡Qué contentos están nuestros vecinos!.. Al fin les toca a ellos un poco de suerte, después de cinco años de sufrimientos...

—Sí...

—Berta, hasta llora de alegría y en cuanto a Renato, no ve el momento de estar a bordo.

—¿Sí?.. ¿te lo dijo él?..

—¡Oh!.. eso no necesita decirse. Vamos a extrañarlos mucho. Yo me he habituado a ellos de tal modo que, el día que por casualidad pasamos sin vernos, siento como si me faltara algo.

—Igual que a mí, mamita, igual que a mí... Des-

pués... mira que yo soy parecida a Renato. ¿No te has fijado en eso, tú?

—¡Que tú eres parecida a Renato!.. Eso sí que no... nunca se me ocurrió. Al contrario: son ustedes muy distintos.

—Sí; de figura, sí... somos diferentes. Yo digo de carácter.

—Tampoco. ¡Qué esperanza! Tú eres alegre, charlatana, amiga del ruido. En cambio, él es amigo de la soledad, es triste, serio...

—Pero no voy a eso, no...

—¿Y a qué, entonces?

—Verás; no sé cómo decirte. A él le gusta la música y a mí también. Yo, por ejemplo, cuando me siento mal, trato de ocultarlo para que ustedes no se asusten, y Renato hace lo mismo con su mamá; es generoso, como yo; cualquier dolor ajeno le emociona, le hace sufrir, igual que a mí; es estudioso, le gustan las plantas, adora a sus maestros, igual que yo; hasta hemos tenido las mismas enfermedades.

—¿Cómo?..

—Sí, señor... él también tuvo la tos convulsa a los nueve años, como yo... Además, es muy nervioso, tiene mis mismas aprehensiones y cuando era chiquitín la señora Berta me dijo que sólo se dormía al son del canto. Tú has dicho lo mismo de mí.

—Es cierto. Pero esos son parecidos que tienen todos los muchachos. Apuesto a que también tuvo dientes de leche, como tú.

—No, no. Te burlas, mamá, pero es verdad. ¡Cuántas veces, mientras hablamos, él dice las mismas cosas que iba a decir yo, pero con las mismas palabras, ni coma más ni coma menos. Si fuera una tonta creería que adivina mis pensamientos.

—Eso sí, puede ser. Es probable que ustedes tengan las mismas opiniones.

—No; solamente eso, no... Somos semejantes en los sentimientos.

—Pero y ¿por qué discuten tanto, entonces?

—¿Por qué? ¡Ah! eso es otra cosa. Porque yo lo hago deliberadamente, porque me gusta verlo con el rostro encendido y echando chispas por los ojos. Pero ¿crees tú que al minuto se acuerda de que estuvo enfadado? No, no... no pienes... Sí, es bueno, sí es bueno... Toda su cólera se reduce a decir: ¡**Mon Dieu**! Después creyendo, sin duda, que ha dicho algo terrible, no sabe qué hacerse y te mira con esos sus ojos tan tristes que te producen un enternecimiento!.. Hay necesidad de decirle: "Si eres bueno, eres un ángel. ¿Crees que estoy enojada contigo? Nunca he visto un corazón como el tuyo".

—Es verdad, Enriqueta. Por eso lo quiero mucho.

—Sí...; si yo sé que le quieres. ¿Y cómo no quererlo?.. Y después ¿no has observado la frente que tiene? Sí; tiene una hermosa frente, una frente de pensador. ¿Y el pelo?.. ya se lo quisieran muchas muchachas. ¡Qué envidia le tiene la de Martínez!.. Una vez dijo: "¿Para qué diablos querrá tener ese pelo Renato? ¿Dime si no estaba mejor sobre mi cabeza! Porque, al fin, él es varón y ¿qué le puede importar?.." ¿Y las manos?.. ¿y los dedos tan afilados?.. ¿y el modo de saludar?.. y la sonrisa?..

—Pero tápate con esa sombrilla que te estás achicharrando. Te vas a poner fea si te quemas.

—No; no me hace nada el sol, ni lo siento.

—¡Ah!.. está fortísimo, nena. Si no fuera por esta brisa nos sofocaríamos.

Estuvimos un buen rato sin hablar, con la vista fija en la inmensidad del mar. Lejos, muy lejos, rozando el cielo con sus mástiles, pasaba un velero. Algunas nubecitas blancas aparecieron por el horizonte. A nuestra derecha, cerca de la farola, los patos revoloteaban sobre una roca aislada en el agua. Alzaban el vuelo, subían hasta una altura de treinta o cuarenta metros y caían al mismo tiempo para volver a subir. A nuestra izquierda, sólo alcanzábamos

a ver la punta que cierra la playa de Pocitos por el Este, cubierta de vegetación y poblada de árboles.

Oímos hablar atrás nuestro y nos volvimos. Era un hombre y un chiquilín. El hombre llevaba en una mano una lata y en la otra una caña de pescar. Iba descalzo, con los pantalones arremangados hasta las rodillas. Tras él marchaba el muchacho, también con los pies desnudos y llevando una bolsa a cuestas. Caminaban sin tropiezos, sin mirar para el suelo erizado de guijarros, cual si tuvieran en las plantas de los pies unas chapas metálicas.

—¡Y no se lastiman! —exclamé admirada.

—La costumbre. El cuerpo se acostumbra a todo. —Ellos seguían andando, de prisa, sin hablar, cual si temieran llegar tarde. Los vimos alejarse, torciendo, ya a un lado, ya al otro, metidos hasta la cintura por aquel pedregal, o apareciendo sobre la cresta de los peñascos, siempre callados, sin volverse, el hombre delante y el chiqulín detrás. Después, saltando de piedra en piedra, llegaron hasta una roca de superficie angosta, pero muy prolongada, que se internaba en el río. Allí se pusieron en cuclillas y parecían buscar algo muy difícil de encontrar. Más de cinco minutos estuvieron así. Luego, el hombre tiró dos aparejos y el muchacho se puso a pescar con la caña. Permanecían de pie, como clavados, aguardando el codiciado pez. No era mucha la distancia que nos separaba de ellos: doscientos metros a lo sumo. Y, sin embargo, ¡qué pequeñitos me parecían aquellos seres, bajo el cielo inmenso, ante el mar omnipotente, rudo, inquieto, llenando la ribera con sus murmullos broncos.

—Vamos hasta el balneario, nena,—Llegamos hasta la Rambla, cosa que nos costó mucho trabajo. A mamá se le agarró un zapato entre dos piedras y hube de ayudarla a sacar el pie. Tomamos el coche y luego bajamos al arenal. ¡Cuánta amiga, cuánta conocida!.. Que me llaman por aquí, que me

saludan por allá; que mamá se entretiene hablando con otras señoras; que nos invitan de tal carpa, nos ofrecen sillas, nos obligan a sentar. Y yo con tan poco humor, yo que quisiera estar sola, si, bien sola. Pero... y ¿por qué quisiera estar sola?.. Porque sí, porque lo deseo... Desearía estar ante mi piano, ante te mi escritorio; poder rescostarme a mis anchas, en un sillón o sentarme en la azotea. Cualquier cosa, antes que estar hablando. No, no. No estoy para tertulias.

—¡Pero, señora!.. ¿y usted, Enriqueta?.. ¡Cuánto tiempo sin vernos!.. Supimos por el diario que don Ricardo se fué ayer para Buenos Aires.

—Sí, es verdad; asuntos de trabajo.

—¡Ah! ¡Ah!.. ¿Volverá pronto?

—El martes.

—¡Ah!.. ¡Muy bien! Nos harán ustedes el honor de la compañía. Un momentito, sí... Siéntense ustedes. ¡Qué calor, ¿eh?.. Aquí se está bien.

Mamá conversa por las dos. Yo sonrío y digo a todo que sí, con un movimiento de cabeza. Pero me hostigan, me piden que me quite el sombrero; me lo quitan. No hay excusa que valga. De pronto, de la carpa vecina salen cuatro muchachas, vestidas con el traje de baño. Y como son conocidas se acercan.

—¿Pero ustedes por aquí? ¡Vaya un placer!..— Apretones de manos, un montón de preguntas y respuestas.

—¿Y por qué no te cambias de ropa, Enriqueta? Jugaremos a la mancha.

—Es que no hemos venido a bañarnos. Paseábamos por aquí, no más... Nosotras no empezamos la temporada hasta Enero. ¿Verdad, mamita?

—¿Cómo?.. ¿No te bañas, entonces?..

—Sí, sí báñate, báñate. ¡Verás qué divertido!— Me lo piden todas. Me defiendo con el pretexto de que no traje ropa de baño. Pero una señora delgadita me ofrece la suya. Ella no la usará porque se sien-

te con dolor de cabeza. No hay salvación. Me llevan a una de las carpas y mientras me desnudo, me acuerdo de aquel dicho popular que dice: "Al que no quiere caldo, siete tazas".

Somos muchas y emprendemos una carrera hasta llegar al agua. Yo hago esfuerzos por seguirlas tratando de disimular mi apatía.

Se oyen gritos, carcajadas. Muchas hacen grandes aspavientos y quieren nadar con el agua en los tobillos. Se organiza la **mancha**. Quedó Fernandina, la de Obes. Huímos todas hasta que el agua nos llegó al pecho.

Desde donde estoy veo a mamá que habla con aquella señora que me prestó la ropa. La distingo apenas. Miles de personas llenan la playa, acostadas, sentadas o paseando ante las carpas y los carritos.

—¡Cuidado, Enriqueta, cuidado, que te manchan!.

—Quise escapar, pero me alcanzó. Eché a correr, tratando de **manchar** a la de Gómez, que, por ser muy gruesa, andaba con lentitud. Ya iba a lograrlo cuando me dí cuenta que, atrás mío, venía una compañera, con intención sin duda, de hacerme caer. Entonces, dando un brinco, me eché de espaldas y caí a lo largo, sobre ella. ¡Qué chasco se llevó! Quedó atontada a casa del chapuzón tan inesperado. Pero pronto reaccionó y se puso a perseguir a las que se burlaban.

Permanecí un momento alejada del grupo, sintiendo renacer en mí el deseo de la soledad.

Me volví para mirar hacia afuera. ¡El mar!... ¡Qué espectáculo más impresionante!... Se va de la admiración al miedo, sí, miedo, miedo de lo grandioso, de lo sublime. Aquella vasta superficie convulsa que yo tenía a la altura de mi vista, llegó a producirme estupor. Se experimenta una atracción de pesadilla, se alucinan los sentidos. Parece que el misterio se asomara de lo profundo y os hiciera señas, llamando con su voz horrible. Y no se puede evitar: se piensa

en la muerte. Un estremecimiento pasa como un relámpago por todo el cuerpo y los ojos se cierran involuntariamente. ¡Dios mío!... ¡Y que todo sea posible!...

Mis compañeras se acercan. La mancha corre hacia mí. Yo escapo y me defiendo, andando en redor de tres señoras, muy gruesas, serias, que, tomadas de las manos, se están inmóviles, formando un redondel.

La mancha me persigue con tenacidad y al manotear ella y yo, salpicamos en las cabezas de las señoras que se muestran fastidiadas con nuestros juegos. En esto, mi perseguidora, para ganar tiempo, pretende atravesar el círculo, pasando bajo la cadena de los brazos. Pero las señoras la repelen con violencia y una de ellas le dice muchas cosas.

Vuelvo a quedar separada del grupo. Me vienen ganas de nadar y me tiro sobre el lado izquierdo, braceando con una agilidad que me sorprende. Gozo de un placer físico, el placer de ser liviana, el placer de mantenerme en la superficie. ¡Qué alegría! Mis brazos y mis piernas obedecen con regocijo. Sumerjo la cabeza, zambullo, me arqueo como un pez, me vuelvo de espaldas y sonrío, mirando el cielo.

Mis ojos recorren la comba colosal y al fijarlos en el Este, se me ocurre de nuevo: "Por allá se va a Europa, por allá se va a Francia, por allá se va para Avignon". Contemplo, me imagino la ruta, la enorme costa americana, la línea equinoccial, el rumbo hacia el Noroeste. El transatlántico parte mañana y ¡adiós!... El cielo, el mar, la playa, todo parece animado por una melancolía cruel. La luz del sol lastima la vista: es árida, desteñida. Se extiende sobre la arena con tonos profundamente amarillos.

Vuelvo a tierra. Mis compañeras insisten para que me quede. Yo me niego. Es el primer baño y no debo permanecer mucho tiempo en el agua. Estoy algo

achuchada. Consienten y dos de ellas se retiran conmigo.

En cuanto estuve vestida para irme, llegaron otras conocidas, compañeras de fiestas y conciertos. Una dijo:

—Enriqueta: no tienes buen aspecto. ¿Te sientes enferma?

—El baño me hizo mal—contesté de plano.

Cuando me encontré a solas con mamá, en el fondo del coche, eran las diez y ocho horas.

Regresamos por los mismos sitios, siguiendo la Rambla, pasando por Ramírez para seguir por Juan Jackson.

Me iba sintiendo mejor. La indiferencia que había invadido mi espíritu, la laxitud de mis nervios, la pereza de mi mente, la tristeza, después de cierta desazón mortificante, todo iba abandonándolo por el camino.

—¡Ya estamos, mamita!—exclamé con júbilo.

Lo primero que observé al bajar del auto, fué la casa de nuestros vecinos. La puerta permanecía cerrada.

—No hay nadie: no han vuelto todavía.

—¿Y tú qué sabes?...

—Por la puerta, por el modo como está cerrada.

—Pero ¡muchacha!... ¡Tiene que ver lo que dices!...

—Pues ya lo creo, mamita. Hay puertas que dicen: "Aquí no hay nadie. La casa está vacía".

Resonaron nuestros pasos en el zaguán como bajo una bóveda. Chirrió con estrépito la cancel. Apareció el patio, soñoliento y caldeado por el sol.

—Ya estamos, ya estamos...—Corrí hacia mi cuarto y mientras me sacaba el sombrero y me cambiaba el vestido, no cesaba de mirar el escritorio. ¡Qué emoción dulce me producía su presencia!... Contrastaba visiblemente su color obscuro con todos mis muebles blancos. A pesar de su pequeñez parecía una

persona seria rodeada de chicuelos. Me incliné hacia él en una reverencia y le dije:—"Buenas tardes señor escritorio. Ha estado usted solito más de dos horas. ¿Se aburrió, no?... Sospecho que usted sospecha que le tuve olvidado. No, señor escritorio, no... usted no sabe cómo soy... Jamás me olvido de las cosas cuando les tomo cariño".—Mamá entró en mi cuarto, abrochándose el batón.

—Pero ¿estás hablando sola, locuela?

—No, señora mamá... estoy hablando con mi escritorio. Hacía mucho tiempo que no le veía.

—Ya estás curada—dijo mamá alejándose. Cuando estuve vestida fuí al salón, abrí la funda del piano, pulsé el teclado e hice un terrible trémolo en las bordonas que repercutió en toda la casa. Me dirigí al escritorio de papá, abriendo las puertas de par en par. La luz invadió y aparecieron los muebles, los libros y los cuadros. En el patio, las plantas me esperaban. Les di de beber hasta que se hartaron. No tardó en sentirse ese olor a tierra mojada que resulta tan agradable en las tardes de verano. Después de recorrer todas las habitaciones, me puse a subir por la escalerilla que conduce a la azotea. Pero al llegar al descanso, vi, mirando sobre el muro que limita las dos casas, nada menos que a Renato, forcejeando con una valija. ¡Qué sorpresa!...

—Pero, ¿eres tú, Renato?...—Él se volvió azorado.

—¿Pero eres tú, Enriqueta?...

—Yo, yo misma. ¡Si vieras qué chasco!... ¡Cómo se reirá mamá!...

—¿Por qué?...

—Porque aseguré que ustedes no habían llegado todavía.

—¿Qué te indujo a creerlo?

—La puerta cerrada.

—Siempre está cerrada.

—Pero no como hoy.

—¿Qué diferencia hallaste?

—¿Qué diferencia?... Es difícil de explicar. Yo siempre descubro la casa vacía por el aspecto de las puertas. Están muy cerradas, tienen algo de abandonado, cierto aire de misterio y soledad.

—¿Todo eso te dijo la puerta?

—Como lo oyes.

—¿Y cuál es el motivo?...

—¿Cuál?... ¡Ah!... ya veo claro. Estando en la playa...

—¿Estuviste en la playa?

—Sí, en la playa de Pocitos... A mamá le pareció conveniente que me distrajera y me llevó. Estuvimos sentadas en el pedregal. ¿Te acuerdas del pedregal? Bueno; allí, menos mal. Estaba sola, con mamá. Pero luego fuimos hasta el balneario. ¡Qué gentío! ¡cuántas relaciones! ¡Si vieras cómo me aburría!...

—¿No te hallabas contenta?

—¿Contenta, dices?... Tú no sabes quién soy.

—Pues anda... Yo también me aburrí.

—¿Tú?

—Sí. Después de la Legación fuimos hasta una quinta en el camino 8 de Octubre. Los muchachos me invitaron a dar un paseo en bicicleta. No me negué, porque no debía hacerlo. Pero deseaba volver pronto.

—¡Mentiroso!...

—¿No me crees?... Pregúntaselo a mamá. ¿Por qué sonríes?...

—Porque estoy contenta.

—Yo también. ¿Dónde estás parada?

En el descansillo de la escalera.

—¿Y cómo me viste?

Porque miré así, sin querer. Iba para la azotea.

—¿A la azotea? ¿Te acuerdas la primera vez que nos vimos?... Fué en la azotea. ¿Qué pensaste de mí?

—Que eras un ogro. ¿Y tú?...

—¿Qué pensé yo?... ¿yo? ¡Oh!... fué una gran sorpresa. Al principio creí que era cosa mía.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú no eras de carne y hueso; que eras una imagen, una visión de mis ojos...

—¡Oy!... ¡qué tontuelo!...

—Es que te vi de golpe. Fué como una aparición. ¡Si al menos te hubiera sentido llegar!... Pero todo fué como en los sueños. Cuando quise cerciorarme, volver a verte, tú ya no estabas. Sólo oí tu voz que se alejaba cantando. ¿Ves?... ¡igual que en los sueños!... ¿Me oyes, Enriqueta?...

—Te oigo.

—¿Por qué te apoyas de ese modo sobre el muro? ¿Por qué escondes la cabeza entre tus brazos?

—Para oirte mejor. ¿Por qué hablas tan bien tú? Lo que piensas y lo que dices, es lo que yo quisiera pensar, lo quisiera decir... Tienes razón, Renato... igual que en los sueños. Mañana de tarde ustedes ya no estarán en Montevideo. En balde me asomaré yo aquí, sobre este muro; ¡en vano me sentaré ante el escritorio que tú me diste, en vano!... Recuerdos, no más... igual que en los sueños. No supongas que me engaño ¡Cuántas veces dormida, en la plenitud del sueño, surge en mí una voz que me da el alerta: "No creas—me dice—no creas! Esas maravillas que contemplas con los ojos cerrados, se irán cuando despiertes..." ¿Me oyes Renato? ¿Por qué te sentaste de ese modo? ¿por qué abandonaste la cabeza entre tus manos?... Di... ¿no respondes? ¿no me hablas?...

—¡Espera!...

—¿Qué?... Dilo más fuerte. No te oigo.

—Espera... un momento. ¡Tengo una cosa aquí que me ahoga!

—¡Qué!... ¿qué tienes?... ¡Ah!... ¡qué pálido te has puesto, Renato!... Aguarda... ¡Ah!, no, llamaré... ¡Señora Berta... ligero, señora Berta!...

XX

Lunes, 21.

Son las ocho y media. Una mañana tibia, de verano.

La casa de nuestros vecinos quedó vacía. Cesaron los ruídos producidos por el acarreo de muebles y las voces rudas de los carreros.

En el medio del patio, la señora Berta y Renato observaban el hogar que habían de abandonar, mientras yo aseguraba las puertas de las habitaciones. Después aguardé, teniendo entre mis manos el manojo de llaves.

—Bien... ya está—dijo la señora, echando una mirada en redor.—Vamos.

Salimos los tres con lentitud y cerrando la puerta de calle, cuya cerradura produjo como una detonación, nos entramos en casa.

Mamá servía el desayuno en el comedor.

—A tomar el café—dijo, en cuanto nos vió. La señora Berta quiso lavarse las manos, porque había andado con trastos viejos. Yo corrí a buscarle una toalla y cuando llegamos al comedor, faltaba Renato.

—¿Renato?.. ¿dónde andas?..

—Voy en seguida.—Mamá levantó la cabeza.

—¿Pero qué haces? .. ahí...—y entrando prosiguió:—¿sabes dónde estaba?.. En el descanso de la escalera, mirando para la casa vacía.

Renato llegó tras ella, colorado como la grana.

—¿Qué querías ver?..—preguntó la mamá.

—No, nada... Me dió la idea de subir y mirar

otra vez...—concluyó avergonzado—le dije adiós!..

Nadie sonrió. Mamá le alcanzó un plato, conteniendo rebanadas de pan con manteca.

—Come—le dije—come—y tomando una rebanada se la ofrecí. El me quiso dar las gracias, pero no pudo.

La señora Berta hablaba, entre sorbo y sorbo, dirigiéndose a mamá y como quien dice cosas sin importancia.

—Puedes creerme. Tú irás o no irás a Francia: eso es cosa de ustedes. Pero estoy segura, óyelo bien, de que en cuanto llegue, en cuanto me haga dueña de mi casa, allí esperaremos a que ustedes vayan. Pasará un año, pasarán dos, no importa: esperaremos siempre y si algún día tuviéramos la dicha de verlos, si algún día me fuera posible ofrecerte mi lecho, ofrecerte mi pan, brindarte mi cariño, rodearte de cuidados, ese día seré feliz. No lo olvides. Bien sé yo que ir hasta allá no es ir hasta Buenos Aires. Pero somos jóvenes todavía y no es absurdo suponer que podamos encontrarnos alguna vez.—Medió un silencio profundo. Los cuatro nos mirábamos alternativamente, cual si los ojos se encargaran de decir lo que las bocas callaban. El reloj dió las nueve. La señora Berta se levantó en un gesto enérgico.

—El tiempo vuela—dijo.—El vapor sale a las diez.

Dejamos el comedor. Cerramos las valijas. Concluímos de vestirnos. Mientras tanto yo pensaba:—qué raro!..tengo una serenidad que me sorprende. Ayer, la sola idea de este viaje me producía un intenso dolor y ahora, si bien es cierto que no puedo estar alegre, en cambio, no me acobarda este momento. No sospechaba que fuese tan valerosa. No sucede lo mismo con Renato. No habla. Da la impresión de que se hallase poseído por una idea fija. Desde aquí lo veo, a través del espejo de mi tocador.

Está parado en medio del patio, con los brazos cruzados y la vista fija en el suelo.

—¡Renato!.. ¿en qué piensas, Renato?.. Ven... conversemos. ¡Qué hermosa mañana! ¡Aun no me has dicho nada del escritorio! ¿No te gusta como quedó?.. ¿Ves ese florero? ¿no te acuerdas?.. Es el que estaba sobre mi piano. Me he prometido tenerlo siempre con flores y lo tendré. Así, tan pequeño como lo ves, caben dos rosas o dos jazmines del Cabo, quince fresas o veinticinco violetas!.. Aquí está el libro de historia que me regalaste. En estos cajoncitos guardo las cartas de mis relaciones; papeles míos, composiciones, relatos, retazos de mi vida que escribo diariamente. ¿Te parece bien?..

—¿Y aquí?.. ¿qué guardas?..—me preguntó señalándome el cajoncito de la izquierda.

—¿Ahí?.. papeles también, cartas... ¿Te acuerdas de aquel viejito del Prado?..

—¿Aquél que me regaló las violetas? Nunca más lo vimos. Yo te dí un ramito, ¿recuerdas?..

Iba a sacar el cofrecito, iba a mostrale lo que quedaban de aquellas violetas, pero no tuve tiempo.

—Vamos—dija mamá.—Son las las nueve y diez.

Todo estaba listo. El chauffeur había puesto las valijas en el coche. Partimos. La señora Berta y Renato sacaron varias veces la cabeza para mirar hacia atrás.

Pusimos diez minutos para llegar a la dársena. Durante el trayecto, mi ánimo decayó. Sin embargo, cuando bajamos del auto y nos pusimos a caminar entre la multitud que abordaba al buque atracado al muelle, experimenté una reacción.

—Es hermosa la bahía—dijo Renato.

—¿Te sientes bien?..—le pregunté.

—Hay momentos en que creo que ustedes vendrán con nosotros.

—¡Tonto!.. No pienses en la separación hasta en

el instante de la partida. Mira cuánta gente. Nunca había observado un embarque para Europa.

Subimos a cubierta. Un mozo se encargó de los equipajes y nosotros nos sentamos sobre un banco. Los cuatro permanecíamos muy juntos, para oirnos mejor y vernos más de cerca.

Los viajeros y acompañantes se aglomeraban sobre las bordas o paseaban formando grupos que seguían distintas direcciones, produciendo un movimiento desordenado, semejante a un hormiguero que se desbanda.

Sonaban los silbatos de los remolcadores, sonaban las bocinas de los taxímetros que llegaban retrasados; gritos de los marineros, de los vendedores, de los mozos de cordel. Sonaba el vocerío como una superficie hirviente: centenares de conversaciones que formaban una sola masa: carcajadas, llantos, promesas, escenas imprevistas, de una gran sinceridad, todo el cuadro fervoroso, tierno y melancólico de las despedidas.

El momento se acercaba y no obstante, yo estaba serena, manteniéndome en un perfecto dominio de mí misma. La señora Berta no pudo menos que decirme:

—¡Qué guapa eres, Enriqueta!..—y me mostró los ojos llenos de lágrimas.

¡Cuántas preguntas nos hacíamos, qué deseos de saber lo que haríamos después, en el futuro, cual si el porvenir fuera un capricho de nuestra voluntad.

—¿Qué harás en cuanto llegues?, Renato...

—¿En cuanto llegue?.. abrazar a mi padre—hizo una pausa y dijo como si se confesara:—Por ahora es la única alegría que me lleva: verlo.

—Y te acuerdas bien de él, de cómo es, de la cara?..

—¡Y mucho!.. Pronto hará cinco años que se fué y sin embargo, cierro los ojos y paréceme que lo tuviera al lado mío, bien junto a mí, así como estás tú,

¿ves?.. Pensando en él me siento bien. ¿Lo encontraré cambiado?.. ¿Qué opinas tú?..

¡Ah!.. ¡no sé qué decirte, pero en cinco años!.. Quizá lo halles algo distinto.

—No, no...—si es joven, si no tiene una cana, si cuando íbamos por la calle todos creían que éramos hermanos, un muchacho muy parecido a mí.

En este momento se oyó hacia arriba, primero, un resoplido rabioso, después un silbato ronco, prolongado, hondo, hondo... hondo! que cayó como la noche sobre la cubierta del buque. Al terminar dejó un vacío en el ámbito y el vocerío volvió de nuevo, irrumpiendo, semejante a una marejada.

Renato tornaba a empalidecer; mi pecho jadeaba; la señora Berta tenía entre las suyas las manos de mamá.

Yo experimentaba una emoción de desaliento; pero no quería dejarme vencer. No y no. Si estuviera sola, menos mal; si él no se mostrara tan abatido, menos mal. Pero así, no. Yo sofocaría mis sentimientos. ¿Para qué la voluntad, entonces?.. Y hablaba, me burlaba, me reía...

De pronto observé una cosa que, o era reciente en Renato, o nunca me había fijado en ella. Me refiero al bozo, una pelusa apenas perceptible que le cubría el labio de una sombra deliciosa.

—¡Pero, Renato... si tú tienes bigote!..—exclamé en un arranque de sincera alegría. Fíjate, fíjate...—y sacando un espejito lo puse ante su cara.

—¡Bah!..—dijo él con cierto aire formal—¡ya hace tiempo!..—y se contemplaba orgulloso, haciendo ademán de acariciarse aquel terciopelo, como si fuera un bigotudo.

—¡Qué pretensión!.. El mundo está perdido—dijo mamá.

A bordo sonó una campana. Muchos se retiraban ya. Se nos despedía cortesmente.

—¡Otro momento, señora—suplicaba Renato—no se vayan todavía!..

—No se puede, querido mío—contestó mamá—ya no hay tiempo.

—Unos minutos más... Pídeselo tú—añadió dirigiéndose a la señora Berta.—Pero ya mamá le había pasado un brazo por el cuello y le decía con voz chiquita:

—¡Adiós, hijo mío!.. Pocos muchachos he visto como tú, tan bueno, tan puro, tan sano... Mereces la felicidad. Pero no te pongas así: ¡un hombrecito!.. ¿No decías que tenías bigote?.. Anda; despídete de tu compañera.—Y mientras mamá y la señora Berta se abrazaban llorosas, Renato, anhelante, cual un ala herida, me miró con sus ojos profundos, profundos. ¿Cuántos segundos permanecimos así, frente a frente?.. Me zumbaron los oídos, una emoción desconocida me dejó maravillada, y entrecerrando los párpados, cual enceguecida por una luz demasiado intensa, oí pronunciar mi nombre, igual que en los sueños...

—¡Adiós, Enriqueta!..—Mis dos manos cayeron flojas... se las dí... Él las tomó entre las suyas, diciendo con dulzura:

—¡Oh!.. son como dos magnolias, tus manos!..

—¡Adiós, Renato!—logré balbucir. En seguida la señora Berta me abrazó, me besó, me mimó apretándome contra su pecho, sobre el cual yo abandonaba la cabeza. Luego echamos a andar, lentamente, hacia la escalera, aquella escalera tan difícil de bajar, que iba desde la cubierta del trasatlántico hasta el muelle. Y qué hecho raro!.. en este lapso de tiempo mi vida se movía entre dos sentimientos contrarios: una inmensa alegría y una inmensa tristeza. Y lo más extraordinario es que apenas tenía conciencia de la realidad. Me olvidaba del buque, del viaje, de todo. Era como una niebla, como un humo, como una bocanada de incienso que yo tuviera en el alma.

Sólo cuando estuvimos en tierra y mamá me conducía de la mano, a lo largo del muelle, buscando un lugar que nos permitiese continuar hablando con nuestros vecinos, sólo entonces alcancé a comprender de nuevo.

—Harán un buen viaje. El tiempo está firme—dijo mamá.

—¡Renato!—exclamé yo.

—¿Qué?—contestó con vivacidad.

—Nada...

La señora Berta hablaba ahora con mayor entereza. Su voz era tranquila y no lagrimeaban sus ojos.

Dieron la diez. Observé que habían quitado la escalera y que iban soltando las amarras.

—¡Enriqueta!..

—¿Qué?..

—¡Dentro de poco ya no nos veremos!..—yo lo miré sonriente, pero no supe qué decir...—No nos veremos...—repitió próximo a sollozar.

—Si fuera en mayo!.. ¿Eh?.. ¡si todavía no nos conociéramos nosotros!..

En este momento, noté asombrada que el buque ya no estaba al alcance de mi mano. Daba la impresión de que, desde abajo, llegase una distancia que se fuera interponiendo entre el muelle y el transatlántico, una distancia que se iba abriendo como un abismo. Recién tuve la impresión de la verdad.

—¡Muchacha!..—exclamó mamá, reteniéndome en sus brazos.

—¡Se va!..—proferí desesperada—¡se va!.. ¡mamita!..

—¡Adiós, adiós!..—decía Renato extendiendo los brazos hacia mí—¡adiós!..

Yo permanecí atónita. ¿Cómo?.. ¿Se iba?.. Pero ¿era verdad que se iba?.. ¿No le vería nunca más, nunca más?.. Me parecía que algo horrible acababa de acontecer, algo fatal como la muerte.

—Vamos... sosiégate, nena, cálmate...—Hacía esfuerzos por sobreponerse a esta angustia; pero mi voluntad era impotente.

—¡No puedo, mamita, no puedo!.. Se va... míralo... allá... allá...—El conservaba la misma actitud, con los brazos extendidos. Pero de pronto, le ví correr hacia popa, que era la parte del buque que estaba más próxima al muelle; le vi correr por entre la multitud de los pasajeros, seguido de cerca por la mamá.

—¡Oh!.. ¡ahí viene... se acerca!—exclamé frenética, animada por una loca esperanza. Mamá me sujetó fuertemente.

—Quieta!

Y entonces le vi casi fuera del buque, sobre el pretil del buque, sosteniéndose en el asta de la bandera, rodeado por la bandera de su Francia que la brisa plegaba en torno de su cuerpo como llamaradas. Lo vi grande, lo vi hermoso, igual que a un héroe. Con el brazo libre apuntó hacia el infinito y su garganta soltó esta súplica, este grito que retumbó en los cielos:

—¡¡Acuérdate de mí!!..

Cerré un instante los ojos y me llevé las manos al cuello. Cuando volví a mirar, Renato no estaba en el mismo sitio. Lo alcancé a distinguir a pesar de la distancia y la multitud que llenaba la popa, bajo la toldilla. Aparecía en primera fila y me saludaba agitando un pañuelo blanco que hacía ondular con ansiedad. Yo contestaba con mis manos, pero mis manos quizá fueran invisibles para él. Pensé en mi pañuelo: era muy chico. Entonces tuve una inspiración. Me quité el sombrero, mi sombrero de paja, de grandes alas y levantándolo en alto, movíalo sin cesar.

—¡Ah!.. cómo me vió. ¡Qué alegría en su pañuelo! Describió varios zig zag, fulminantes y luego siguió ondulando de arriba a abajo, semejante a una mano que me llamara.

—Basta...¡No es posible, nena!.. ¿Adónde quieres ir?..—El buque había pasado ya frente al muelle Maciel y buscaba el antepuerto. Yo lo veía ahora en conjunto, a lo largo, yéndose insensiblemente sobre las aguas tranquilas. Una de sus chimeneas arrojaba una interminable columna de humo retinto que la brisa llevaba hacia el Cerro, formando un arco de sombra sobre la bahía.

—No lo veo, mamá. ¿Y tú?..

—Yo tampoco.

Luchaba con los ojos tratando de descubrir a Renato. Ya me parecía verlo en un lado, ya en otro. Y yo, sin abandonar mi sombrero, seguía haciendo señas, porfiando por mostrarme, porfiando porque me viese una vez más.

El transatlántico pasó junto a un acorazado inglés, se inclinó ligeramente hacia la derecha, alcanzó la boca del puerto y se fué de golpe, dejando tras su marcha como una cola de humo.

Bajé mi brazo y miré a mamá ávidamente. Deseaba oir algunas palabras de consuelo, algo que aligerara este dolor de la despedida.

—¡Mamita!..—Ella me besó, pasóme un brazo por el cuello y fué llevándome hasta el coche.

Me dejé caer sobre el asiento y me eché hacia atrás, abandonando la cabeza en el almohadón. ¡Qué desaliento!..

Mamá quería distraerme ¡pobre mamita!.. hablaba y hablaba. Yo pretendía oir, hacía esfuerzos inverosímiles por atender... ¡inútil!.. todo era inútil... me faltaba el aire, tenía el corazón oprimido.

¡Cuántas cosas recordaba, cuántas escenas volvían a mi mente, sin que las buscase! Nunca mi memoria había sido tan clara, tan minuciosa. Estaban todos en mí. Tan pronto veía a papá, a la señora Berta, a mamá, a Renato. Volvían los meses idos con sus momentos de intimidad, de cariño, de ternura; torna-

ban aquellas veladas de invierno, junto a la estufa encendida; tornaban el piano, las violetas, las noches de teatro; tornaban las mañanas de verano, las tardes de playa; el olor a flores, la fragancia de la tierra. Pero tenía la visión del buque como una pesadilla, del buque que se alejaba tiñendo el cielo. Y los sollozos me saltaron del pecho, con fuerza, a borbotones. No oía nada, no entendía nada. ¡Llorar, llorar!... Lloraba prendida del cuello de mi madre, lloraba con toda mi alma, con todo mi cuerpo.

—Mamita, mamita...—Y ella, tratando de reanimarme, continuaba hablándome y me cubría de besos.

—No seas tontuela. Eso ya pasará. Las despedidas son siempre tristes.

—No es tan solo por eso, no... De todas mis amistades ¿dónde encontrar una como la suya? Pierdo al amigo, el más bueno, el más cariñoso. ¿Por qué no es mi hermano? ¿por qué? ¡Ah!... pero ya no existe más nada, se acabó... se acabó... igual que las violetas. ¡Oh!... no sé por qué lo presentía... sí... sí... lo presentía. Sólo que no le atribuía la importancia que tiene. No lo sabía, no lo sospechaba. Fué ahora, recién, cuando el buque se apartó del muelle. ¡Qué horrible!... no verlo, no oir su voz... lo mismo que si hubiera muerto!...

Hablaba llorando, mordiéndome los puños, inquieta, desesperada. Por momentos la exasperación me turbaba la inteligencia. ¡Ah!... si hoy fuese ayer, estaban todavía!... Yo no sufriría así. Quiero verlo, mamita; ayúdame, quiero verlo.

—¡Pero nena!...

—Quiero verlo...

—¿No ves que pides un imposible, que se embarcaron, que están lejos?...

—Tienes razón. Están lejos, no se puede. Pero mira; si yo viese al buque, creo que me aliviaría. No exijo mucho, no más...

—¿Y qué ganarías con ello, nena?... te pondrías peor.

—No, te aseguro que no, te aseguro que me hará bien. ¿Se podría ver el transatlántico?

—Es probable. Con ir a la playa...

—Llévame. ¿Me llevas? Ya me siento mejor.

—Vamos. Tanto lo ansías que me dolería privarte de ese espectáculo.—Y dando unos golpecitos en el cristal del coche dijo al chauffeur.—A Pocitos. Luego se volvió hacia mí, pensativa. Miró en mis ojos, y acariciándome en la frente, exclamó:—Está bien. —Hizo una pausa prolongada y añadió, siempre mirándome:—Nunca creí, Enriqueta, que tus sentimientos fuesen tan hondos. Soy tu madre; pero me has dado una sorpresa. A través de tu dolor he visto muchas cosas que me ponen contenta. Tu sufrimiento es noble: es el sufrimiento de la juventud. Si no poseyeras tanta savia en tu vida, si sólo fueras como esas rosas pálidas, maceradas, que caen al primer soplo, no hubieses sentido tanta amargura. Te habrías resignado fácilmente. Pero no es así: gimes, protestas. El cariño te ciega porque es más poderoso que la realidad. Y esto me satisface. Unicamente los fuertes, los sanos, son capaces de querer mucho. Yo, cuando tenía tus años, era lo mismo. Lo digo con orgullo. Todo me inspiraba un sentimiento de amistad, una corriente de simpatía. Y cuando se tiene un corazón generoso, hay emoción, y la emoción se contagia: es como un calor dulce que penetra hasta en los seres más fríos. ¿Sabes por qué te buscan tus amigas, por qué te requieren con tanto empeño para sus fiestas, para sus reuniones?..., porque si ríes, la alegría que transparentan tus labios provoca la alegría; porque si miras, hay una llama de entusiasmo en tus ojos que enciende el entusiasmo; porque si hablas, hay un acento de ternura en tus palabras que despiertan la ternura. Posees la virtud de animarlo todo con tu presencia. Tu abuela, tan hosca,

tan insensible, tan indiferente hasta con sus nietos, quizá a causa de de las enfermedades que concluyeron con su vida, no podía sustraerse a tu influencia. Al principio no te hacía caso. Permanecía muda como el mármol, pero luego en su corazón gastado, la emoción renacía poco a poco. Te miraba. Sentía el contacto de tus manos tibias y en su rostro vencido por las arrugas aparecía un resplandor rosáceo, como si tú, al besarla, le fueras dejando el reflejo de tus labios. "Este diablillo de Enriqueta tiene algo—decía sin explicárselo—tiene algo". Y las lágrimas resucitaban en sus ojos.

Yo escuchaba. Su voz y la esperanza de ver al buque habíanme devuelto la atención. Estaba más tranquila. Recostando la cabeza sobre uno de los hombros de mamá, descansaba, oyendo sus palabras. ¡Qué adorable es mamá! ¡Qué placer a veces confundirla con una compañera! ¡Cuánta confianza entre las dos! ¡Cómo entiende lo que siento¡ ¿Adivina o qué?

El chauffeur, en lugar de tomar por la Rambla, se dirigía por la Avenida España, silenciosa, ardiendo bajo el sol, transitada por los coches que iban o regresaban de la playa. Quizá fuera tarde, las once, acaso.

—Pero el sufrimiento de Renato debe ser mayor que el tuyo—continuó mamá.—Al fin, tú aqui lo tienes todo. familia, hogar... la ciudad donde naciste, la escuela que guió tus primeros pasos, las amistades, tus compañeras, los paseos donde jugaste hasta caer de fatiga. De este modo, tu existencia está repartida entre las personas y las cosas indistintamente. En cambio, Renato sólo tenía a su mamá. Lo demás le era indiferente. La ciudad con sus millares de habitantes a lo sumo le producía un sentimiento de curiosidad; pero su corazón permanecía oculto, aislado de los hombres, igual que si viviera en un desierto. Tengo bien frescos en mi memoria los recuer-

dos de aquel paseo al Prado, el primero que hicimos juntos, ¿recuerdas? Ibamos por la calle de La Agraciada y tú no cesabas de hablar de ella como si te perteneciera. "Esta quinta, aquel chalet". Te entusiasmabas mostrando lo que conocías y Renato, obediente a tus indicaciones, miraba. Pero tengo la seguridad de que, para él, aquella calle era igual a otras calles: una simple vía de comunicación, con casas más o menos grandes, más o menos lujosas.

Cuando nuestras relaciones fueron estrechándose y apareció la amistad, recién entonces, nuestro Montevideo, con ser grande, tuvo para ellos un significado. El cariño fué abriendo en sus pechos la intimidad. Dejaron de ser extraños. Entre ellos y nosotros se estableció la correspondencia mutua de los seres que viven juntos. Les quisimos, nos quisieron. Supimos quiénes eran, supieron quiénes éramos. Y el tiempo, al transcurrir, formó la necesidad de vernos, de hablarnos: fué un placer para nuestros ojos, volvernos a encontrar después de cada noche, como si retornáramos de un viaje.

Para Renato tú fuiste como una Providencia. Llenaste sus horas, fortaleciste su espíritu. Tu alegría llegó hasta su alma obscura, triste, sin fe. Dejó de ser un enfermo, retoñó en él la juventud ahogada por la guerra. Berta me lo hacía notar. "Mi hijo es otro —exclamaba en un arranque de alegría—mi hijo es otro, y este cambio se lo debo a Enriqueta".

—Pero yo no hacía eso por voluntad, no lo hacía reflexivamente. La verdad sea dicha. Si influí algo en la vida de Renato, fué sin pensarlo. Y no me debe nada a mí, no, no... Yo sí que aprendí a pensar escuchándole. ¡Nunca seré bastante buena para él, es decir, nunca lo fuí, porque, lo que es ahora!...

—Renato se lleva a Montevideo contigo, Enriqueta... Fuiste su compañera durante ocho meses y en todo ese tiempo, él no tuvo más que tu amistad. Es el único recuerdo que se lleva de la República, lo úni-

co que vió, lo único que quiso. Y de aquí a unos años, cuando se ponga a pensar en sus viajes por el sur de América, quizá diga del Uruguay;—"¡Qué hermoso país!", aun cuando, en el fondo, el Uruguay siempre sea para él, la forma de tu cuerpo, el sonido de tu voz. ¿Lloras, nenita?...

—¿Por qué no es mi hermano?...

—Llora, Enriqueta, llora... Arrima tu cabecita sobre mi pecho. ¡Tu mamita es también una amiga!...

—¿Y crees tú que se acordará de mí?... Dime, mamá, dime... Cuando esté en su país, tan lejos, quizá no sienta la necesidad de verme, quizá se vaya alvidando poco a poco.

—No desesperes; confía en el porvenir, confía en tu juventud.

Me pareció que la voz de mamá temblaba y me abstuve de seguir preguntando. Me dió miedo, frío y agazapada cerré los ojos, cual si algo muy horrendo fuera a lanzarse sobre mí.

XXI

El automóvil se detuvo en la playa. Yo salté del coche y mis ojos buscaron en la inmensidad.

—¡Allá, mamá... allá... es aquél! ¡Dos chimeneas, sí... es aquel, allá va!...

Por suerte no había nadie: ni un transeunte. Bajamos por una de las escaleras de la Rambla. A nuestra izquierda la playa estaba invisible; a la derecha el extenso pedregal, hosco, bravío, calcinado por un mediodía de diciembre.

¡Cuánta frescura, qué alivio me produjo la vista de aquel buque que marchaba recortando su masa obscura sobre el fondo del cielo! ¡Allá iban la señora Berta y Renato! ¿Dónde estarían? ¿en la popa?.. ¿Observarían desde el puente?... ¡Y si estuvieran en el camarote!... Esta suposición me hizo daño, pero fuí contra ella. ¡No, no... mirarían hacia tierra; no era posible que se dedicaran a otra cosa! ¡Si yo hiciese señas!... ¿llegarían a distinguirme?... ¡Si probase!... ¿Por qué no?... Y negándome a reflexionar, hice la tentativa. No traía la sombrilla y en cuanto al sombrero, que tan útil me había sido en el puerto, estaba en el coche, caído sobre un almohadón. Entonces me subí a una piedra y parándome en la punta de los pies, levanté mis brazos haciendo señas.

—¡Pero, Enriqueta!... ¿has perdido el juicio? ¿No ves la enorme distancia que nos separa? Ni la Rambla ni el balneario, ni la forma de los edificios se puede distinguir desde allá. Sólo verán la ciudad en

conjunto y el aspecto general de la costa. Bájate, nena. No seas testaruda.

—Tienes razón, mamita. Es ridículo lo que estoy haciendo. ¿Qué podrá representar mi cuerpo tan pequeño?... ¿para qué sirven los movimientos de mis brazos?... No soy nada: desaparezco ante lo inmenso. ¡Y que no supieran éllos que estábamos allí!...

El buque seguía andando con ceño majestuoso, enérgico, rudo, corriendo por la línea del horizonte, manchando el azul con el humo interminable de sus chimeneas. Hacía el camino con gran rapidez y, no obstante, al mirarlo así parecía inmóvil. Pero al relacionar su posición con la costa, le veía avanzar, metro a metro, cada vez más veloz, cual incitado por la presencia del mar abierto. Era cuestión de minutos: el transatlántico desaparecía tras las puntas de la playa.

Mamá se había puesto junto a mí, pasándome un brazo por la cintura, y siempre que volvía hacia ella mis ojos, hallaba su sonrisa, una sonrisa algo triste, pero valiente, una sonrisa animosa, significativa, cual si dijese: "Yo te acompaño".

—¡Cómo corre mamita! ¿Ves?...

El buque ya no estaba frente a la playa. Siguiendo su ruta, nosotras nos habíamos inclinado hacia la izquierda. Y volvía a mi mente una interrogación que me desesperaba: ¿no sospechará Renato que estoy aquí?

Me lo imaginaba a babor, echado sobre una baranda, mirando hacia tierra con sus ojos cargados de sombra.

—¡Adiós!—le decía yo, pronunciando las palabras, cual si pudiera oírme.—¡Adiós, Renato!... ¿Sufres?... ¿Qué piensas?... ¡Ah!... ya no te oiré decir: "**¡Mon Dieu!**"... ¿te acuerdas?.. ¡si fueran las diez de la mañana!.. ¡Adiós, Renato, adiós!..—y extendía mis brazos, despidiéndome con las manos. Y el llanto, el

más amargo, el más cruel, empezó a rodar por mis mejillas.

Ya no se veía la proa del buque. Daba la impresión de que se colara por un túnel. Pasó una chimenea, pasaron las dos.... Y un instante después, en aquella amplitud, sólo quedaron frente a frente, el cielo y el mar.

Mi mirada siguió aún tras la huella de la ruta. Quería ver lo invisible. Luego, un profundo desaliento, una desesperanza suprema invadió mi alma. Falto de energías el cuerpo se abandonó y caí de rodillas sobre los guijarros y mis manos se torcían convulsivamente, cubriéndome la cara.

—¡Nena, nena!...—Pero yo no sabía cómo decir. Tenía un mundo en mis labios, un mundo que permanecía mudo. Unicamente me fué posible explicarlo de un modo, casi gritando, moviendo desesperadamente la cabeza:

—¡Qué dolor, mamita, qué dolor!...

CIVETTA Y GODOY

A Luisa Luisi

Nenitos todavía y ya iban a la escuela.

Civetta era rubio, piel sonrosada, ojos grises y orejas grandes, un poco echadas hacia adelante. Godoy era trigueño, bastante oscuro, ojos negros, pequeños, cabeza de bocha. Civetta era hijo de italianos y traía mucha merienda en su cartera: queso, pan untado con dulce, pasas de higo, algún fiambre y fruta de vez en cuando; Godoy era hijo de criollos y traía los útiles embolsados en la blusa, llegando a la escuela sin merienda porque se la comía por el camino.

Godoy empezó el curso quince días después de Civetta.

Siéntate ahí—le dijo el maestro señalándole el primer banco.

Civetta observó a su nuevo compañero, mirándolo de arriba a abajo, mientras éste, muy asustado, ocupaba el asiento, no animándose a levantar la cabeza. Entonces Civetta le dijo en voz baja:

—¿Cómo te llamas?

Godoy hizo una mueca y empezó a llorar a gritos, como si le estuvieran pegando. Civetta, muy sorprendido, se puso pálido, creyendo que lloraba a causa suya. El maestro intervino:

—¿Qué tienes?—le preguntó acariciándole la cabeza. Pero Godoy, abriendo la boca todo lo que pudo, llamó desesperadamente:

—¡Mamá!...—Muchos soltaron la risa. El maestro volvió a preguntar:

—¿Por qué lloras, qué tienes?

—¡Mamá!...—Se armó un alboroto. Todos los alumnos reían a carcajadas y muchos se pararon en los bancos para ver mejor.

—¡Silencio!... ¡sentados!—ordenó el profesor. Y acto seguido, con objeto de inspirarle confianza, tomó al gritón por un brazo, diciéndole con bondad:—¡vamos!, ven conmigo.—¡Nunca se le hubiera ocurrido!...—Godoy creyó, sin duda, que el maestro quería sacarlo del banco para matarlo. Se aferró a la mesa, pataleó como un loco, y tornó a gritar a pleno pulmón:

—¡Mama!... ¡mama!...—El maestro, en lugar de impacientarse, se rió de buena gana. Luego pareció reflexionar y salió del salón.

Entonces los muchachos, tentados, hicieron de las suyas. Uno empezó a imitar a Godoy. Otro, de los últimos bancos, dijo:

—¡Hace como un chancho!...—todos festejaron la ocurrencia, a excepción de Civetta. Este permanecía serio y se volvía a veces, mirando con acritud a los graciosos, cual diciéndoles:

—¡Jem!... ¡si fuera a mí!...—Se oían risas y burlas. Alguien, afinando la voz, hizo:

—¡Cué...—Y cuatro o cinco repitieron a coro:

—¡Cué!... ¡cué!...—Uno, desde el fondo del salón, corriendo en puntas de pie, llego hasta Godoy, abrió los brazos, hizo una mueca grotesca y dando un saltito exclamó:

—¡Mama!...—Luego volvió a su asiento. De pronto una pelotilla de pan, tirada con fuerza, pero mal dirigida, rebotó en la cabeza de Civetta. Este tornó a mirar hacia todos, con el ceño fruncido, desafiante. Después dijo con voz baja a su compañero:

—No llores, porque es peor.—Aun no había terminado la advertencia, cuando una pelota de papel,

impulsada con buena puntería, saltó sobre la bocha pelada de Godoy. Muchas voces exclamaron:

—¡Oh...—y risas. Entonces Civetta se levantó, buscó al autor de la broma y dirigiéndose a él, desde su asiento, le dijo al mismo tiempo que lo amenazaba con la mano:

—Vas a ver ahora...

—¿Quién? ¿yo?...—preguntó, parándose, uno de los mayorcitos.

—Sí, sí, tú mismo.

—¿Yo?..—y avanzó hacia Civetta resuelto a pegarle. Este, temeroso, porque era tan chico como Godoy, abandonó el banco y se dirigió hacia la puerta del salón, con el propósito de ganar el patio. Desde allí seguía diciendo:

—Sí, sí... ¿te crees que no te ví?..

—Si dices algo, a la salida te hincho la jeta.

—¿Por qué no se la hinchas a mi hermanito?

—¿A tu hermanito? ¿a Luís?.. ¡Ja, ja!.. A los los dos juntos, si quieren.

—No; a Luís no. Yo digo a Enrique.

—¿Cuál?—Todos escuchaban.

—Enrique, sí, el que trabaja en el almacén.

—¡Ah!.. ¿y qué me va a hacer tu hermano?..

—¿Qué?..—dijo otro, dirigiéndose al que había tirado la pelota—¿y te vas a meter con Enrique?.. A la primera trompada te saca sangre.

Civetta se entusiasmó. Dió un paso hacia el que lo había corrido y le preguntó en un tono formal, como si se tratatara de un negocio:

—Bueno. ¿Te quieres pelear con él? ¿Sí o no?..

—¿Qué!..—contestaba el otro despectivamente.

—A ver, a ver... ¿te quieres pelear o no?..

Pero el mayorcito no se decidía. Sólo atinaba a decir para no comprometerse:

—¡Qué me voy a pelear, qué me voy a pèlear!..—Pero maldita la gana que tenía de reñir con Enrique. Civetta añadió entonces para concluir:

—Al hijo del carbonero le puso un ojo así...—y ahuecando la mano, alargaba los dedos y se los ponía sobre una de las órbitas.

Se oyeron los pasos del maestro. Los que estaban parados se sentaron presurosos. Reinó silencio. Godoy, impresionado por lo que acababa de oir, no lloraba ya, pero hacía pucheros.

—Veamos—dijo—¡atención!—Hizo una pausa y agregó:—Tengo nueve centésimos para repartir entre tres niños, en partes iguales. Ahora bien: ¿cuántas naranjas de a centésimo podrá comprar cada niño?..

—¡Señor!.. — dijo Civetta, levantando la mano.

—¿Ya?..—contestó el maestro sorprendido. ¿A ver?

—Aquel niño le pegó un pelotazo a éste.

—Es mentira, señor—dijo el aludido sin esperar a que le preguntansen nada.—Yo no fuí señor...-y se le enrojecía la cara. Algunos, para atemorizar al culpable, decían en voz baja:

—¡Ahora!..—Godoy no salía de su asombro. Estaba espantado.

—¿Te pegaron?—le preguntó el maestro. Hizo unas cuantas morisquetas, pero no respondió. Civetta contestó por él:

—Sí, señor; le pegaron.

—No, señor; yo no le pegué.

—Sí, sí... tú mismo fuíste.— Y yendo hacia la puerta, como lo había hecho antes, añadió:—y me corrió hasta acá: me quería pegar.—Al volver a su asiento descubrió la pelota que había caído entre el pizarrón y la pared.—¡Oh!.. mire, mire...—dijo con gran aparato.—Aquí está.—La tomó con mucha precaución y se la entregó al maestro. Este la examinó. Estaba formada por dos hojas de cuadernos de deberes. Había cuentas de restar, de sumar: había una copia... La prueba no podía ser más aplas-

tante. Todos esperaban con emoción. Luego, el maestro preguntó al culpable:

—¿Sigues afirmando que no fuíste tú?—Hubo silencio.—Vamos, contesta...

—No, señor... respondió tímidamente, y mirando hacia el suelo: —Yo la tiré.

—Está bien. No hay recreo para tí. Además, mientras los otros jueguen, tú tendrás que copiar cincuenta veces la palabra "carretilla". ¿Estamos?..

—Sí, señor...

—Muy bien. Siéntate.—Civetta también se sentó, diciéndole a Godoy en tono de triunfo:

—¿Viste?..—Y éste, por la primera vez, sonrió con dulzura, echando sobre su compañero una mirada de cariño y admiración.

Desde entonces Civetta y Godoy experimentaron una invencible necesidad de permanecer juntos. Salían los dos, quedaban los dos, reían los dos, lloraban los dos. Rara vez intervenían en los asuntos de los demás. El primer banco les pertenecía como cosa propia y en él se pasaban las horas: Godoy contando historias a Civetta, Civetta contando historias a Godoy.

Bastó un mes para que la amistad de ambos fuera celebrada en la escuela. Una vez, durante un recreo, el director y algunos maestros estaban reunidos en el patio. Hablaban de los discípulos y uno de ellos ordenó que llamaran a Godoy. Al momento llegaron los dos, con alguna desconfianza, no sabiendo si sonreir o quedarse serios. El director, dirigiéndose a Civetta, preguntó:

—¿A quién quieres más en el mundo?

—¿Yo?—dijo éste, no comprendiendo bien la pregunta.

—Sí. ¿A qué persona quieres más en el mundo?—Civetta pareció pensar y luego respondió:

—A mi papá.

—¿Y después?

—A mi mamá.

—¿Y después?

—Y después... y después...—Hizo una nueva pausa, agregando algo confuso:—después...

Volvió la cabecita hacia Godoy y lo miró de arriba a bajo, sonriendo. Los maestros rieron y uno de ellos preguntó a Godoy:

—¿Y tú, a quién quieres más?..—Entonces éste se puso rígido y miró al maestro, fijo, fijo, con los ojos duros, sin decir palabra.

—A jugar—dijo luego el director dando una palmada a cada uno.

Una tarde, durante la clase de cuerpo humano, Civetta le contó a Godoy que conocía a un soldado que era el hombre más alto de Montevideo.

—Cuando va por la calle, todos lo miran—dijo.—Vive en mi casa.

—Y yo—repuso Godoy, después de pensar un ratito—conozco a otro que es más alto que ese.

—¿Más alto que el soldado?.. ¡Qué va a ser!.. ¿Dónde lo viste, a ver dónde lo viste?..

—Yo no lo vi. Lo vió mi papá, sí, lo vió mi papá.

—¡Qué lo va a ver!,—repuso Civetta con rabia—¡qué lo va a ver!..—y le amagaba un golpe con la derecha.

Godoy, por las dudas, empujó por el hombro a su compañero y en seguida se abrazaron, tratando cada uno de pegarse en la cabeza. Pero ninguno de los dos podía maniobrar con los brazos. Godoy cayó de costado, en el banco; Civetta sobre él. Y como eran muy pequeñitos, desaparecieron bajo la mesa, calladitos, sin mover los labios.

El maestro, que estaba en el fondo del salón, se sorprendió al no ver a nadie en el primer banco. Pero supuso en seguida lo que podría ocurrir y se acercó, encontrando a la pareja casi metida entre los cajones. Era tanto el entusiasmo que no vieron al maestro hasta que éste zamarreó a los dos.

—¡Eh!.. ¿qué modo de estar en clase es ese?

Se desprendieron azorados. Civetta tenía el pelo en desorden, una de las mejillas y la punta de la nariz encarnadas. Gódoy estaba lívido. La lucha lo empalidecía.—¡Cuidadito!..—advirtió el maestro con el índice—¡mucho cuidadito!..—Y les volvió la espalda para poder reir sin que ellos lo notaran.

Pero estas escenas se repetían diariamente, dos o tres veces y simpre del mismo modo: Civetta, serio, amenazaba pegar con el brazo derecho; Godoy, sonriente, le decía: "¡eh!.."—y le daba un empujón. Entonces se trenzaban y brazo con brazo, cabeza contra cabeza, desaparecían de la fila dando la impresión de que en el banco no hubiese nadie.

Otro día, al principio de clase, mientras revisaban los deberes, Civetta le mostró a Godoy la tapa de un reloj de bolsillo, una tapa niquelada, en buen estado, sin una mancha, clara como un espejo. Godoy la miró con ojos de codicia.

—Te cambio—dijo, después de observarla de los dos lados.

—¿Y qué me vas a dar?..—contestó Civetta, manifestando asombro ante la pretensión de su compañero. Este, sin comprender, metió las manos en los bolsillos y empezó a sacar cosas que iba depositando sobre el banco, entre los dos: gomas grandes, muy saltarinas; treinta figuritas de cajas de fósforos, en paquetitos de a cinco; cuatro plumas viejas, una maquinita para hacer la punta a los lápices, inservible, que Godoy había encontrado en la calle; tres caramelos con banderitas y un soldadito de plomo.

—¡Mira, mira!..—decía con los ojos muy abiertos, asustándose él mismo de la cantidad, apañando el montón con las dos manos y ofreciéndolo a cambio de la tapa del reloj. Pero Civetta no se dejaba convencer y se mostraba indignado.

—¿Te crees que soy un bobo? ¿No ves que la ta-

pa es nuevita?.. ¡Te la voy a cambiar por eso!..— y miraba despectivamente los objetos que llenaban las manos de Godoy.

—¿Y qué más quieres?..

—Si me das el lápiz, sí...—Godoy puso el grito en el cielo.

—¿Te voy a cambiar el lápiz por la tapa?..—Se trataba de un lápiz de metal blanco, en forma de botellita, en cuyo centro se colocaba un grafito que entraba o salía por el gollete, obedeciendo a un resorte que tenía en la parte posterior. Había pertenecido a Civetta, cuando aun se podía escribir con él.

—Si me das otra cosa te lo cambio.

—¿Y qué te voy a dar?..—Godoy pareció reflexionar. Luego dijo con atropello:—¡Oy! ¿me das la tapa y diez banderitas?

—Ya está.—Civetta entregó las banderitas y la tapa; Godoy dió el lápiz de metal blanco.

—A sacar los pelitos—dijo el último. Este era el pacto solemne, después del cual ninguno de los dos tenía derecho a reclamar, aun cuando se creyeran burlados.

Civetta fué el primero: lo puso en la palma de la mano, soplaron los dos y el cabello desapareció en el aire. Tocó el turno a Godoy. Y aquí estaba el gran obstáculo para sus operaciones comerciales.

Los pelos de Godoy medirían un centímetro y eran duros como cerda. Para arrancar uno, era necesario trabajar un buen rato y exponerse al peligro de perderlo todo al menor descuido.

Se habían acostumbrado ya a esta tarea que consideraban ineludible y a fin de ganar tiempo, Civetta ayudaba a su compañero. Algunas veces, cuando el maestro estaba cerca de ellos, recurrían a un ardid. Godoy inclinaba la cabeza sobre el hombro de Civetta y éste tironeaba, sin mirar, con mucho disimulo. Era una de las grandes ocupaciones que el

maestro toleraba, en atención a la poca edad de los alumnos.

Pero el hecho más importante acaecido entre los dos, tuvo lugar una mañana. Era el nueve de abril y en la escuela se daba una fiesta, conmemorando el centenario del desembarco de Artigas en La Calera de las Huérfanas.

El maestro había sido llamado por el director y cuando volvió al salón encontró a Civetta y a Godoy que, abrazados, luchaban debajo de la mesa. Después de separarlos notó sorprendido que Civetta lloraba sin consuelo. Alarmado, le preguntó:

—¿Por qué lloras?; ¿te lastimó?..—Godoy, asustado como siempre, se puso de pie. !Contesta: ¿qué tienes?..—Pero Civetta lloraba y lloraba. Entonces se dirigió al otro:—A ver, tú: ¿qué le has hecho?.. —Godoy retrocedió un paso y contestó tartamudeando:

—¡Nada, señor!; yo no le hice nada.—El maestro mostró la cara seria y exigió que Civetta hablara. Este apenas pudo decir:

—¡Me dijo una cosa!.. ¡Ah!.. ¡ah!..—y el llanto no le dejaba pronunciar las palabras.

—Pero ¿qué fué lo que te dijo?.. Vamos, explícate...

—No señor, no...—decía Godoy, como si previese una catástrofe.

—Pero, ¿hablarás o no?..—insistía el maestro algo confuso.—Mira, Civetta, que seré malo contigo. Cuéntame.

Entonces Civetta, haciendo un esfuerzo, dijo, señalando a su compañero y mostrando su cara llorosa y congestionada:

—¡Este dice que mi papá no tiene una chivita blanca!!!...

Godoy estaba aterrado como si el mundo le cayese encima.

El Gallo Blanco y el Gallo Negro

A Sebastián Morey

El gallo negro había nacido en el corral, de huevos de gallinas del corral. Era un espléndido cara-manchada, esbelto, ágil, de gran plumaje profundamente negro, de cresta muy roja y erecta como ángulo agudo.

Desde la muerte de su padre, el cara-manchada se había convertido en amo y señor. Era el primero a salir del gallinero para soltar su canto en la semi luz del alba, un canto especial, incompleto, bronco, desplegando sus alas en un gesto soberbio, mientras las gallinas y los polluelos se diseminaban por el terreno de la finca, picoteando en el césped o escarbando en la tierra.

Una tarde, una de las muchachas de la casa trajo un gallo blanco y lo largó en el corral. Era un Leghorn muy joven aún, sin formas definidas, alto y escuálido. Se quedó como un papanatas, gacha la cola, sin animarse a dar un paso. Los demás animales, agrupados en un extremo del corral, empezaron a observarlo curiosamente.

El primero en acercarse fué una gallina obscura, muy comadrona, que cacareaba espantosamente cada vez que ponía un huevo.

El gallo blanco la vió venir y alargó el cuello, no sabiendo si disparar o estarse quedo. Pero ella no dejaba traslucir su intención y fué llegando con

mucho disimulo, picando en el suelo o volviéndose para mirar a otra parte.

Cuando estuvo junto a él se detuvo para mirarlo detenidamente y cuando todo hacía suponer que aquello no pasaría de un saludo, la gallina le largó un picotazo feroz y se le prendió de la cresta.

El gallo dió un grito de dolor o de miedo y saltando, rodaron él y la gallina. Pero de pronto logró desprenderse, se armó de valor y atropelló a su vez. Quizá hubiese vencido, porque, a pesar de todo era gallo; pero la llegada de otras gallinas complicó la situación. Era una gresca en toda regla. Pasaban unos sobre otros, caían en pelotón, oyéndose el ruído de las alas que se abrían y se cerraban con violencia. Era tal el enardecimiento que algunas, confundidas, se peleaban entre sí.

El Leghorn se sostenía con coraje. Recibía golpes de todas partes, pero también los daba. Una gallina gris, aturdida, huyó cacareando y se metió en el gallinero. Le siguió una blanca, copetuda y donairosa, parecida a esas muchachas coquetuelas que, para hacerse la boca chiquita, mantienen los labios plegados contra los dientes.

Los combatientes disminuían por segundos. Sólo tres gallinas seguían luchando: la comadrona y dos más que, extenuadas, recibían los golpes sin atinar a pararlos. Estando así y cuando el Leghorn le sonreía el éxito, ocurrió algo fulminante que puso fin a la contienda.

El gallo negro, que hasta entonces había estado en el gallinero, salió al corral y se echó sobre el blanco, a toda carrera, con las alas abiertas, pisando apenas, como un pequeño aeroplano que aterrizara. Cayó de firme sobre su rival y de un fuerte golpe lo largó contra un cerco, patas arriba.

Cloquearon las aves asombradas. El Leghorn, maravillado, herido, chorreando sangre dió un gran salto y huyó hacia el fondo, seguido de cerca por el ca-

ra-manchada. Era una persecución tenaz que no daba tregua. Corrían los dos, formando líneas onduladas, quebradas de pronto por alguna gambeta rigurosa.

El blanco desfallecía, gritando a veces, manifestando espanto y confusión. Durante un momento logró guarecerse entre una lata y el cerco, pero asediado con encarnizamiento, tuvo que escapar, pasando por entre las gallinas. Estas, que contemplaban la escena con interés, gritaron entonces, corriendo para cualquier parte, no faltando algunas que, para ayudar al señor del gallinero, tiraron al blanco fuertes picotazos.

Era tal el alboroto que la muchacha volvió de nuevo.

—¡Eh!.. ¿qué es este escándalo?..—Después, cuando hubo logrado interponerse entre los dos gallos, arrojó un puñado de maíz.

Se hizo la calma. De un lado, el gallo negro con las gallinas; del otro, el gallo blanco, solo.

Así se pasó el resto del día. De vez en cuando, nueva corridita, nuevo alboroto, pero sólo era cuestión de segundos. Luego no se acordaban de él.

Llegaba la noche. Los animales fueron ganando el gallinero. En poco tiempo, las aves se hallaron acurrucadas sobre los palos, en formación rectilínea, dispuestas para dormir.

En el corral quedaba el gallo blanco. Estaba en la soledad, parado sobre una pata, caviloso, doliente, con su aspecto de Quijote triste, velado por la penumbra del crepúsculo.

II

A la mañana siguiente el Leghorn tuvo que sufrir una nueva arremetida del cara-manchada. Fué alcanzado dos veces. Luego, cansado quizá, el gallo negro lo dejó, poniéndose a cantar.

Empezó para el pobre una vida de continua zozobra. Recelaba de todos y no se acercaba a nadie. Vivía con la preocupación de escapar, abrumado por un miedo invencible. Cualquier gallina lo corría. Hasta un polluelo, tuerto y enfermizo, se le animó una tarde, causando el asombro entre sus compañeros. El menor ruido le impresionaba y echaba a correr, dando saltos, aun cuando nadie le persiguiera.

Era un alma en pena, en aquel corral tan lindo, que tenía arbolitos y enredaderas en el cercado.

El hambre y la sed lo mortificaban cruelmente. Merodeaba como un bandido. Paso a paso, igual que si quisiera medir la distancia, avanzaba hacia el lugar donde dejaban la comida, cauteloso, recogiendo las alas, supicaz en el alerta hasta la exageración. En estas circunstancias, cualquier movimiento de las aves le hacía retroceder espantado.

Al anochecer, y cuando todos los animales estaban en el gallinero, él se armaba de valor y llegaba hasta la puerta. Desde allí mirba hacia adentro. ¿Pasaré? ¿No pasaré? Se decidía al fin y a favor de lo obscuro, ganaba uno de los palos. Nadie parecía sospechar su presencia y, no obstante, cuando el sueño cerraba sus párpados, recibía un picotazo de una de sus vecinas. Entonces se separaba, corriéndose sin

pararse, con lo cual lograba empeorar la situación, porque despertando a las otras gallinas le picaban todas, de abajo, por los costados, de arriba, hasta que, despavorido y queriendo huir, rodaba desde lo alto, arrastrando a los animales que encontraba en su caída. Mientras tanto, el gallo negro, columpiándose en el palo superior, cómodo como un rey en su trono, tenía el aire inconfunduble de la amenaza.

Esta hostilidad desesperante no alcanzó a durar una semana. Para suerte suya se fueron olvidando de él y sólo lo corrían a la hora de comer o cuando pasaban por su lado.

Su vida transcurría en la soledad, igual que un desterrado. Generalmente estaba en el fondo del corral, horas y horas, mirando en torno suyo como un melancólico, u observando la vida de los demás animales que a cierta distancia, disputaban por la comida, corrían alborotando, cantaban y reñían.

Una tarde, el gallo blanco descubrió un gusano y se puso a llamar a las gallinas. Ninguna hizo caso. Llamó más fuerte: nada. Se disponía quizá a tragarse el bichito, cuando notó que la blanca, aquella copetuda parecida a las muchachas que se hacen chica la boca, se acercaba a él, con bastante prisa. Le sobrecogió el terror y se aprestó a para huir. Sin embargo, ella debió inspirarle confianza, porque no escapó como hacía siempre. Cuando estuvieron juntos, frente a frente, alargaron los cuellos y quedáronse mirando largo tiempo, fijos, cual si se hubieran momificados. Después, la gallina, muy suavemente, hizo:

— ¡Koó!... ¡koó!... El Leghorn contestó en el mismo tono y mientras ella picaba en el gusanito que yacía entre las patas del gallo, éste continuó mirando en el mismo sentido, como si aun estuviese allí la copetuda.

¡Pero qué sorpresa!..¡lo que menos esperaba!.. Se vió levantado en el aire por un pico de macho:

¡horror!.. ¡era el gallo negro!.. Soltó un grito de espanto y dando un salto descomunal comenzó a correr, llevándose por delante a todas las gallinas. El gallo negro lo perseguía con bríos y en una voltereta, logró alcanzar a la víctima, hiriéndola en la cresta. Nuevo grito de espanto y volvió a escapar el Leghorn, refugiándose en la copa de un naranjo, hermoso arbolito que daba unas tangerinas muy dulces. El cara-manchada no se quedó corto y también subió, con lo cual obligó a su contrario a que se encaramase por las ramas superiores, que empezaron a balancearse y donde el animal, ayudado por las alas, se sostenía con dificultad. Pero el cara-manchada siguió subiendo y la situación se empeoró para los dos. Que me caigo, que no me caigo; que ahora sí, que ahora no... y de pronto' ¡crac!.. la rama vencida por un peso superior a su resistencia se doblegó tronchada, dando con los gallos en el suelo desde una altura de dos metros.

Mas a partir de entonces, el gallo blanco tuvo a su lado una buena compañera que hacía más amables las horas de su vida. La copetuda seguía al solitario, desdeñando, al parecer, la opinión general de los demás animales.

Este hecho tuvo grandes consecuencias. Fortaleció el espíritu del Leghorn, bastante decaído, y le valió un poco de consideración. En efecto: los polluelos audaces ya no se atrevieron a correrlo y muchas gallinas dudaban, no sabiendo si decidirse por la guerra o por la paz.

Sin embargo, la comadrona terca y endiablada, aquella que había sido la primera en hostilizar al gallo, persistía en sus ataques, como animada por un antiguo rencor.

Una tarde, en el gallinero se encontraron los dos. La gallina, hecha una furia, se le prendió de una pluma, pero esta vez, el Leghorn no recogió las alas. La atacó, impetuoso y, en pleno combate, alcanzó a pi-

carla varias veces, y la pateó al fin, tumbándola en un tacho de agua. Amedrentada, cacareando de susto, la comadrona huyó al corral, no parando hasta que estuvo junto al gallo negro. Durante la lucha, bien por casualidad, bien por inteligencia, la copetuda permaneció apostada a la puerta del gallinero, como una guardia.

Desde entonces, todas las gallinas respetaron al gallo blanco y solicitaron su amistad. Sólo tenía que cuidarse de su terrible rival: el gallo negro. Este era su pesadilla. De mañana, cuando la muchacha de la casa arrojaba el maíz, su enemigo parecía especialmente preocupado en no dejarlo comer. Apenas se inclinaba para recoger un grano, el cara-manchada caía sobre él como una furia. Tenía que tragar corriendo y había adquirido tal habilidad para este género de maniobras que, aun cuando fuese huyendo, recogía los granos que hallaba en su paso.

Así pasaron dos meses. El gallo negro siempre fiero, el gallo blanco siempre tímido. No obstante, un nuevo aspecto parecía que iba modificando las relaciones de estos dos amos del corral.

A veces, el Leghorn, se acercaba al cara-manchada, lento, sigiloso, como llevado por un pensamiento secreto, pero de pronto se detenía, agitaba las alas, alargaba el cuello y toda su voluntad parecía disiparse. Sin embargo, bien claros eran sus designios. "¡Si yo me animara, si fuera capaz de atacarlo! ¿Por qué no pruebo?" Mas, al tenerlo cerca, lo veía en toda su indomable fiereza, muy feo, con las manchas blancas en las mejillas, terrible, con sus espolones agudos y el pico férreo como de ave de rapiña. No, no... no podía: él era el más fuerte y se retiraba, avergonzado quizá de su cobardía.

Una tarde, mientras el cara-manchada corría a un polluelo, el Leghorn no pudo reprimirse y se echó tras él. Anduvieron así un buen trecho hasta que el negro percatándose de que era perseguido, se vol-

vió hacia el blanco y le obliigó a escapar vergonzosamente.

Esta tiranía duró dos meses más. Las humillaciones se repetían para el Leghorn diariamente. Además, éste se había resignado, convencido de que nada podía tentar contra su terrible adversario.

Pero una mañana, ocurrió una escena inesperada que produjo entre los animales una emoción honda.

El gallo blanco escarbaba, muy empeñado en buscar gusanitos y a su lado, la comadrona picaba en la tierra removida, cada vez que el gallo se quedaba quieto. Todo estaba tranquilo. Un ambiente de primavera, tibio y suave, luminoso y cargado de aromas. Algunas flores tempranas aparecían entre el verde, como sonrisas infantiles.

El gallo negro salió del gallinero, andando sobre las uñas, chocarrero y matón:

—¡Ko... koó... ko, ko, kó!... ¡Ko, koó!...— Al ver a su víctima, se fué hacia ella, arrastrando las alas como si fueran un manto. Fué entonces cuando se produjo el milagro. El gallo blanco no dió su grito de espanto, ni saltó despavorido. Retrocedió, eso sí, pero dando el frente, parapetándose en una guardia agresiva. Aquello fué asombroso y las aves del corral formaron un corro, cerrado en torno a los combatientes.

Algo raro debió ocurrir en la mente del cara-manchada. Era visible su sorpresa. Mas, repuesto de inmediato, atacó con rabia. Quiso pegar, pero fracasó. El gallo blanco se deslizó por abajo y volvió presto, siempre en guardia.

Empezaron a buscarse, frente a frente, pico a pico, en una tal uniformidad de movimientos que, a no ser por la diferencia del color, se les tomaría por un solo animal reflejado en un espejo.

El negro atacó tres o cuatro veces consecutivas. Las alas cortaban el aire, produciendo un chasquido áspero y filoso. Las gallinas observaban estupefac-

tas. Una de ellas, con el cuello alargado, parecía decir:—¡Dios mío! ¿qué es lo que veo?"...

El gallo blanco esperaba el momento propicio y cuando lo creyó oportuno, atacó sin reservas. Fué certero, armonioso, matemático. El cara-manchada, tomado por la cresta, recibió un par de patadas de boleo y cayó sin guardia, indefenso. Entonces cacareó y esquivando con torpeza una nueva carga del Leghorn, saltó sobre las gallinas y escapó atontado.

¡Cómo!... ¿y todo era eso?... ¿De modo que él había sufrido durante tres meses las persecuciones de aquel fiero avechucho que ahora se rendía a la primera embestida?.. ¿A quién había tenido miedo?... ¿Por qué no se aventuró antes?... ¿Se creía incapaz para el triunfo?.. La duda de sí mismo le había hecho parecer lo que no era. Se mostró torpe, siendo diestro; se mostró cobarde, siendo valeroso. A muchos hombres les ocurre igual. En la lucha por la vida, se detienen ante la acción abrumados por una timidez invencible.

"Salta sobre ese caballete"—dijo un amigo a otro. —"No puedo"—contestó el aludido".—"Intenta, al menos". "No".—"Prueba".—Obligado por la insistencia el tímido tomó impulso y saltó bien.—"¿Viste?"—Entonces, sorprendido de lo que había hecho, se volvió diciendo:—"Nunca creí que fuera tan fácil".

Era tal el estupor del gallo blanco que no atinó a perseguir a su rival. Quedó en medio del círculo, entre todas las gallinas que lo contemplaban, admiradas. Indagó en torno, como si quisiera descubrir a su enemigo. Luego bajó las alas, se irguió con donaire hacia atrás, y dejó oir por primera vez su canto de confianza y alegría:

—¡Ko... korocó!...

El gallo negro forcejeaba para pasar a través del alambrado.

CLARO DE LUNA

A María I. Lasplaces

Era una noche de verano, una hora después de comer, cuando los muchachos juegan en las veredas y las niñas cantan.

La luna ascendía por el cielo puro, de un azul marino y las estrellas, que un momento antes fulgían en toda la cúpula, perdían el esplendor, iban palideciendo, y se apagaban al fin.

—Por aquí, muchachos, vengan por aquí...—dijo Sofía Martínez. Y salió del comedor, guiando a sus compañeros en dirección a la quinta.

La casa que ocupaba la familia Martínez estaba edificada sobre la calle Millán, hacia afuera, cerca del Prado. Era una linda casita, de un solo piso, amplia, de construcción sencilla y que tenía en su frente una marquesina, sostenida por unas columnitas de metal, por donde subían, retorciéndose, los brazos vigorosos de una enredadera que daba flores bermejas. Entre la casa y la calle mediaba una distancia de doce metros y en este terreno, limitado por una fuerte verja de lanzas de hierro, había una cantidad de naranjos y dos palmeras.

La quinta quedaba hacia el fondo, dividida en dos partes por un camino central que pasaba entre dos filas de álamos. Después, a derecha e izquierda, los árboles lo ocupaban todo, dejando apenas algunos senderos curvos, por donde nadie paseaba, solitarios, silenciosos, semi-perdidos en la vegetación que crecía sobre los flancos.

—Por aquí—volvió a decir Sofía. Era una linda chicuela de trece años de edad. Poseía un temperamento suave, cariñoso y pasaba entre sus compañeras por ser una de las mejores condiscípulas.

Aquel día estaba muy contenta. Ya de tarde, a la hora del crepúsculo, había recibido, inesperadamente, la visita de los tres hermanos Alsina, un varón y dos mujeres, a quienes trataba con mucha intimidad porque, aun cuando no mediase entre ellos parentesco alguno, existía entre las dos familias una verdadera y antigua amistad.

De los tres hermanos, María era la mayor, de catorce años; luego seguían: Honorato, un año menor que María, y Sylvia, de once.

Cuando estuvieron en la quinta, Honorato miró el cielo, miró los árboles y dijo admirado:

—¡Qué noche!... ¡Lástima que nos tengamos que ir en seguida!

—¿Por qué?...—preguntó Sofía.

—Porque papá vendrá a buscarnos de un momento a otro.

—¡Bah!... no te preocupes. Cuando venga tu papá a buscarte se pondrá a charlar con el mío y se olvidarán de nosotros.

En este instante, Sylvia, que era muy juguetona, le pegó a Sofía en un brazo, al mismo tiempo que le decía:

—¡Mancha, manchita!...—Y en cuatro saltos se alejó de ella.

Sofía no perdió el tiempo y dando una palmada a Honorato, huyó riendo a carcajadas. El, que en lo que menos pensaba era en jugar a la mancha, quedó algo aturdido, no sabiendo a quién correr. María había escapado, aprovechando su confusión. Permaneció un momento en el camino, mirando a sus compañeras que se burlaban de él, tirándole con piedrecillas, con ramas, llamándole por distintos nombres, ocultándose tras los árboles, cambiando a cada mo-

mento de lugar, todo esto con rapidez, sin que le dieran tiempo para nada.

Sylvia era la más audaz. Se acercaba a él, hincada una rodilla en tierra y le gritaba:

—¡Bicho feo!... ¡bicho feo!...—Honorato, cuando lo creyó oportuno, dió un salto para mancharla; pero Sylvia, que era muy ágil, simuló escapar por la derecha y huyó por la izquierda, dejando a Honorato con un palmo de narices. Entonces, éste cambió de táctica. Empezó a andar lentamente, con las manos en los bolsillos y la vista en el suelo, demostrando poco interés por el juego. Pero ellas bien pronto comprendieron su intención y en vez de acercarse, como él creía, se alejaron temerosas, eligiendo sitio por donde pudieran correr fuerte en caso de ser perseguidas. Sylvia seguíale gritando:—"¡bicho feo, bicho feo!..."—y lo azuzaba con una caña, mientras María, que se había corrido por detrás de él, le hacía mojigangas y le tiraba terroncitos de tierra.

Honorato echó a correr. Primero se dirigió hacia Sylvia, persiguiéndola por el camino, durante un buen trecho, sin darle tregua, pero cuando estaba por alcanzarla, ella, tentando un esfuerzo, dió un salto, salió del camino y se escabulló entre los árboles. La buscó un momento y como no la hallara, volvió para correr a las otras. Con gran sorpresa suya, observó en distintas direcciones sin encontrarlas: se habían escondido. Escrutó en la sombra, sonriendo. Le pareció ver a María, tras un árbol, cerca suyo. Fué hacia él, sin hacer ruido y en vez de María, halló una carretilla de mano, volcada. Se sentó sobre ella y después de un momento, como nadie diera señales de vida, llamó en voz alta:

—¡Sofía, María, Sylvia!...—Nadie contestó. Un gran silencio cubría el paisaje. La luz de la luna comenzaba a pasar a través del ramaje y caía en el camino, entre los álamos que se tornaban blancos. El reloj de una iglesia cercana dió nueve campanadas.

Un tranvía pasó, allá, a toda marcha por la calle Millán, hacia el centro. En seguida oyó el piar de un pájaro, luego un trino dulce, quedo, misterioso.

Después le pareció que muchas voces, desde muy lejos, cantaban una canción que no había oído nunca.—¡Qué noche!...—Mirando hacia la superficie abrupta de la quinta se apercibía una claridad, algo así como un humo blanco, muy transparente, que parecía emerger de la tierra.

Honorato se mantuvo aún sentado sobre la carretilla y mirando en redor. Después volvió a acordarse de sus hermanas y de Sofía. Se sonrió. ¡Vaya un chasco!... Sin duda ellas estarían escondidas, en la creencia, quizá, de que él las buscaba.

Pero mientras pensaba en esto, le pareció oír la voz de Sofía, apagada por la distancia. Se puso de pie, escudriñó entre los troncos de los árboles y descubrió a sus compañeras en la semi-obscuridad. Entonces se acercó a ella, andando lentamente.

—Ahí viene Honorato—dijo Sylvia.

Encontró a las tres sentadas sobre un banco de piedra, bajo el ramaje colosal de un álamo de la Carolina.

—¿Dónde estabas?—preguntó Sofía.

—Allá, donde hay una carretilla.

—¿Nos buscaste?...

—No; me pasó una cosa muy rara. Al principio las hubiese buscado, pero después, te lo juro, me olvidé de que estábamos jugando.

—A nosotras nos pasó más o menos lo mismo—dijo Sofía.—Cuando tú corriste a Sylvia nos escondimos. Así esperamos un ratito, calladas, por no descubrirnos. Después nos fuimos acercando, sin saber para qué, pero deseábamos estar juntas. María llegó diciendo:—"¡Qué noche, qué noche!..."—Luego nos sentamos en este banco. Ahora nos acordábamos de ti. ¿Quieres sentarte?...—y le hizo un sitio a su lado.

Honorato se sentó junto a ella, en un extremo del banco. Estuvieron un momento silenciosos. Sylvia dijo:

—¿Oyen?

—¿Qué?...—preguntó Sofía.

—¿No oyen cómo cantan?...

—Es cierto—afirmó Honorato.—Las mismas voces que oí hace un momento.—María agregó:

—¡Qué lejos cantan!... ¡parece un sueño!...—y después de una pausa prosiguió, encarándose con sus compañeros:—Nunca los he querido tanto como esta noche, nunca he sentido tanto cariño por todo, tanto bienestar... Quisiera que estuvieran aquí papá, mamá... ¡Yo no sé si ustedes sienten como yo!... ¡Es algo desconocido, es un amor triste que me hace llorar!...—y se cubrió la cara con las manos.

—¿Lloras?...—preguntó Honorato, inquieto y poniéndose de pie.

—¿Qué tienes?...—dijo Sofía. Sylvia también se paró y los tres la rodearon. Entonces, María, descubriendo su cara humedecida por las lágrimas, contestó:

—¡Oh!... no se asusten... lloro, sí, pero lloro de dicha, lloro de felicidad... ¡Miren, miren!... nunca había visto!...—e indicó el lugar, abriendo los brazos.

El aspecto general de la quinta parecía cambiar. insensiblemente. La claridad era cada vez más intensa. Ya no era sólo el camino blanco, interpuesto en la sombra como un muro de plata. Todo el paisaje se iluminaba. La luz caía entre el follaje, corría sobre el césped, penetraba en la maleza. Se mostraban los troncos de los árboles, erguidos, jibosos, rudos, saliendo de la obscuridad. Un pequeño sendero, cubierto por una bóveda de ramas, tenía una expresión fantástica. La luz bordeaba la entrada y penetraba difundiéndose en el suelo, en pequeñas manchas color nácar, mientras el ramaje que lo cubría

permanecía negro, ciñendo el caminito. Parecía la bóveda una de esas galerías misteriosas que se internan en las grutas.

—Nunca había visto—volvió a decir María. Cerca de ellos, en un surco, un objeto de vidrio quizá, brillaba con ese fulgor inquieto y agudo de la estrella. Se oyó de nuevo el trino de un pájaro.

—¿Oíste?...—preguntó Sofía a Honorato en voz baja.

—¡Pobrecito!...—dijo Sylvia. Honorato, pensativo, habló a su vez:

—¡Qué voz tan distinta tienen de día!... ¿Qué sentirán ahora?... ¿Qué pensarán ahora?...—Empezó a soplar una brisa, suave como un plumón, que dejaba tras su onda el murmullo interminable de las hojas. Y el aire se cargó de perfumes: olor a rosa, a jazmín, a madreselva, **olor a verde.**

Se habían vuelto a sentar y los cuatro se mantenían callados, atentos a la luz y a la sombra. Sofía, abandonando su cabeza sobre un hombro de María, dijo a media voz:

—Paréceme como si todo esto no fuera verdad.

En este instante, un claror vivísimo bajó de lo alto del álamo de la Carolina y llegó hasta el banco de piedra, dejando a Sylvia repentinamente en la luz. Esta sorprendida, exclamó alborozada:

—¡Oh!... ¡miren!...—y buscó hacia arriba, en el ramaje.

—Honorato se acercó. Sofía y María hicieron lo mismo. Y el claro de luna caía sobre el grupo. Era una corriente blanca, pura, tranquila, un destello de la inmensidad que llegaba, iluminando las cuatro cabecitas, resplandeciendo en los ojos, imprimiendo en el alma la voz del infinito.

EL PRIMER DOLOR

A Fernando Carbonell y Migal

El perro, moribundo, caminó aún. Dejó el cuarto donde estuvo retorciéndose, siguió por el largo corredor, en una marcha penosa, vacilante y llegó hasta el último patio de la casa, un patio pequeño, cuadrado, ocupado por algunas plantas y un banco de madera, sin respaldar.

Se detuvo junto a una tina verde, arqueó el cuerpo como tocado por una corriente eléctrica y cayó exánime. Entonces Rosita, una muchacha de doce años, no pudo dominarse y dijo casi llorando:

—¡Se muere!... "Quebracho" se muere, mamá.

—¡Quién sabe!—repuso Carlos, un año menor que su hermana, rubio, algo enteco y muy inteligente.—¿No te parece, mamá?...—Pero la madre no supo qué decirles. Había mucha tristeza en su cara. Miró a Carlos, miró a Rosa y las dos criaturas, al mismo tiempo, se colgaron de su cuello. Abrazados los tres, llegaron hasta el banco y se sentaron. Rosa lloraba sin consuelo. La madre dijo:

—No llores, Rosita—pero la voz le temblaba en la garganta.

Anochecía. En la casa todo era silencio ahora. Sólo, de cuando en cuando, se oía a Robertito que jugaba en el zaguán con un tren de hojalata, magullado y sin ruedas. Era el menor de la familia. De pelo negro como su madre, era un chico vivaz, alegre y muy travieso. Tenía cinco años de edad. Le llamaban **Tito.**

Aburrido en la soledad, tomó el hilo con que esta-

ba sujeto el trencito y empezó a andar por los cuartos, arrastrando su juguete, el que tan pronto se tumbaba de un lado, del otro, patas arriba, chocando contra las paredes, contra los muebles, descangallándose cada vez más Y **Tito** seguía, sin volverse, llamando a sus hermanos y pidiendo que prendieran la luz.

Cuando estuvo en el patio miró hacia todos y como oyera que su hermanita lloraba se acercó a ella para verle la cara. Entonces, su madre lo levanto y besándole la boca, lo puso sobre sus faldas. Pero él, siempre preocupado por su hermanita, preguntaba:

—¿Qué tiene, mamita, qué tiene?...—y con sus manos pequeñas, rosadas, acariciaba la cabellera de Rosita.

Carlos habíase separado algo del grupo. Se hallaba sentado en uno de los extremos del banco, con el busto echado hacia adelante, los codos apoyados en los muslos y la cara metida entre las manos. Estaba inmóvil, con la vista fija en el perro tendido a sus pies.

—¡En cuántas cosas pensaba!... El era pequeño, pero muy pequeño, cuando trajeron a "Quebracho". ¡Qué sorpresa aquella tarde, al volver de la escuela!... El perrito que entonces no alcanzaba a una cuarta del suelo, salió a recibirlo, ladrándole desde el zaguán, retrocediendo a medida que Carlos avanzaba. Luego escapó ocultándose debajo de una de las camas. Pero aun desde allí, mostrando su hociquito y los extremos de sus patas delanteras, seguía ladrando enfurecido, amenazando morder. Entonces Cárlos sacó de su cartera un pedazo de bizcocho y se lo dió. "Quebracho", que era muy desconfiado, no hizo caso al principio, pero poco a poco fué acercándose, hacia Cárlos, comió el bizcocho y luego jugaron como dos viejos camaradas.

A la mañana siguiente, cuando Carlos abrió los ojos, lo primero que vió fué a su perro, muy ocupado

en pasarse la lengua por la cara. Entonces lo acostó como si se tratara de una persona y el perrito se quedó dormido.

¡Qué juguetón "Quebracho" cuando fué chiquito!... Lo que hallaba en el suelo era víctima de sus dientes. Una tarde, mientras la mamá de Carlos atendía una visita, "Quebracho" entró en la sala, arrastrando una escoba vieja. Como lo retara huyó, abandonando la escoba, pero volvió al minuto con un hueso más grande que él, para dejarlo sobre la alfombra del cuarto. Y de mañana, ¡qué trabajo le costaba a Carlos encontrar la ropa para vestirse!... O le faltaban los pantalones o le faltaban las medias. Una vez tuvo que irse a buscar los zapatos a la calle.

Después "Quebracho" fué haciéndose grande, fué haciéndose serio. Pasó un año, pasaron dos, pasaron tres. Antes era blanco, pero en estos últimos tiempos le había salido una mancha negra que le cubría parte de la cabeza. Al sacarlo del baño, ¡qué hermoso era!...

Recordaba también una escena triste, ocurrida el año anterior. Esa mañana, como de costumbre, "Quebracho" salió temprano a la calle. Siempre hacía así. Le gustaba correr, juguetear con los perros de los vecinos. Luego venía fatigado, con la lengua colgando y se acostaba sobre el umbral de la puerta. Cuando Carlos abrió los ojos, llamó desde su cama: —"Quebracho, Quebracho!...'—Pero esta vez, la única, el perro no apareció. ¿Por qué?... ¿Dónde estaba?...

—Rosita... ¿viste a Quebracho?

—No... ¡Quebracho!... ¡Quebracho!— No respondía. Estaría en la calle, acaso.

—Mamita, mamita... ¿dónde está el perro?...

Y la señora, que estaba ocupada en dar de comer a Tito, revisó por los cuartos, se asomó a la calle y todos llaman: "¡Quebracho, Quebracho!..."

Un momento después supieron la verdad. Carlos

oyó hablar de la perrera. Un muchacho había visto cuando lo enlazaron.

Se produjo un alboroto. Carlos y Rosita corrieron a la cama de su padre. Este dormía aún y despertó sobresaltado.

—¡Papá, pronto, papá!

—Lo van a matar... ¡Ve a buscarlo!

El padre comprendió en seguida. Quería mucho a sus hijos y además quería al perro. Se vistió de prisa, no tomó desayuno y salió mal peinado y con la corbata por hacer. Pero llegó a tiempo y "Quebracho" volvió. Lo trajeron al otro día, muy temprano. ¡Ah! ¡qué momento!... El perro entró como si volara y todos gritaron a la vez, dominados por una alegría insólita.

—¡Quebracho, Quebracho!... Lo abrazaban, lo besaban, le hacían preguntas y él saltaba como un loco, pasando de los brazos de uno a los brazos del otro, y lamía en la cara, en las manos y caían lágrimas de sus ojos. Luego se tiraba al suelo y corría por toda la casa, por los patios, por los cuartos, mordiendo en los muebles, buscando sobre las camas, ladrándole a todos, cual si quisiera decir: "¡Eh... ya estoy aquí!... ¡cuánto sufrí!... Ahora nunca me llevarán, jamás me separaré de ustedes"... ¡Oh!... ¡habíase de ir!.. ¡se fué, pobre "Quebracho"!...

Cárlos miraba el cadáver de su perro sin comprender todavía. Le parecía un sueño. ¿Por qué se había muerto?... Todo pasó en una semana, apenas... Se puso triste, dejó de correr, y se fué callando, callando hasta morir. ¿Sería el mismo? ¿aquel que le iba a esperar todas las tardes a la salida del colegio? ¿Y si no fuera? ¿Si acaso estuviera dormido solamente?.. Esta idea le dió alguna esperanza. Dejó el asiento, se acercó al perro y lo fué palpando con la vehemencia con que palpa un ciego. Fué un instante, no más... Sus manos sólo recogieron la frialdad de la muerte. Entonces se vol-

vió desconsolado. El dolor lo asfixiaba. Miró en torno como el que se halla perdido y quiere orientarse. En este segundo oyó la voz de su madre que le decía:

—Ven...—Era lo que esperaba. Fué hacia ella, calló de rodillas y entonces pudo llorar. El brazo cálido de su madre, tan sana, tan buena, le pasaba por el cuello. Después de un momento, Cárlos dijo, con la voz cortada por los sollozos:

—¡Nunca más lo veremos, nunca más!..—Rosita preguntó sin dejar de llorar:

—Y ahora, mamita, ¿qué le pasará a "Quebracho"?..

La madre se encogió de hombros sin saber qué responder. Lo que les pasa a los muertos nadie lo sabe. Sólo dijo:

—¡Acordáos de él!..

Robertito, que había permanecido silencioso y sin darse cuenta quizá de lo que ocurría, se desprendió del regazo de su madre y se sentó en el suelo, junto al perro. Durante un momento se mantuvo inmóvil, mirando con fijeza el cadáver. Luego le dió unos golpecitos, diciéndole como si quisiera espantarlo:

—¡Up! ¡Up! ¡Up!.. —En seguida pareció sorprendido y volvió a quedar silencioso. Luego se puso de pie y demostrando una gran inquietud, llamó, sin apartar los ojos del perro:

—¡Mamita, mamita!..—Ella dijo:

—Ven, queridito, ven...—Pero él preguntó en un tono resuelto:

—¿No más, no más?..—Y sin esperar la respuesta se inclinó sobre el muerto, lo volvió a tocar y le llamaba como hacía siempre, cuando jugaba con él. Quizá entonces, sin que nadie le dijera una palabra, supo toda la verdad. No lloraba como sus hermanos, pero el acento de su voz era triste, cada vez más.

Alzó su cabeza y vió su trencito de hojalata. Se levantó, tomó el juguete y lo ofreció al perro. Todos

le miraban conmovidos, llorando silenciosamente. Después, Rosita, no pudiendo dominar lo que sentía, dijo a Tito:

—No lo tendrás más, Tito... no, no lo tendremos más... ¡Mañana... cuando él no esté!.. ¡Ah!..— y ahogada por el dolor no pudo concluir.

Tito miró a su hermana con una atención profunda. Luego volvió sus ojos hacia el perro, lo observó, lo acarició y de pronto, en un arranque impropio de su edad, se echó sobre él y tomándole la cabeza con ambas manos, le gritó desesperadamente:

—¡Bacho!.. ¡Bacho!.. ¡Bacho!..

Era ya de noche y el patio estaba obscuro, emboscado en la sombra como bajo un crespón.

JUVENCIO

A Horacio Dura

Aquella mañana paseaba yo por un barrio, un barrio alejado de la ciudad, cruzado por calles sin empedrar, donde crecían la gramilla y el cardo, de cerco a cerco, dejando tan sólo una angosta faja de tierra pelada, limitada por los dos surcos profundos que formaban las ruedas de los carros.

Era domingo y me había levantado muy temprano. Estaba contento, animoso. Todo lo que veía me llenaba de bienestar. Caminaba para cualquier parte, por el placer de andar, observando en redor, como si nunca hubiese pasado por esos lugares que yo me sabía de memoria.

—¡Qué bello es todo—me decía.—Las casas de los vecinos, silenciosas todavía, que blanquean a través del ramaje; esta planta espinosa que tiene flores azules sobre las que zumban tres abejas; este caminito que baja la cuesta por el que me dejo ir; esos pájaros que vuelan acá, de pecho amarillo y que van cantando; ese buey corpulento que me mira con tanta atención; aquel campo, algo distante, rubio de avena, que va cayendo al paso triunfal de la segadora; la nube aquella, tan leve, tan serena como un cisne, y las lomas allá, las otras, más allá, que parecen caer por el horizonte, y este cielo intenso de luz que ríe!.. Me saqué el sombrero y aspiré profundamente el aire fuerte y tibio.

—Buenos días.

—Buenos días—contesté volviéndome. Era un ve-

cino que me saludaba desde una huerta. Me acerqué para mirar sobre un cerco, bajo, cubierto de madreselva en flor.

—Se trabaja, ¿eh?..

—Sí; hay que aprovechar los días de fiesta.

—¡Qué buena tierra!..

—Ya lo creo. Con seguridad que no encontrará usted por estos lugares nada igual. Aquí crecen hasta las piedras.

—Es usted muy laborioso. Da gusto ver cómo está aprovechado el terreno.—Y examinando el conjunto tan bien dispuesto, sentí envidia. ¡Ah!... si yo tuviera un solar así, con mi propio esfuerzo lo haría todo. Trabajaría la tierra, la cubriría de abonos y luego, cuando fuera oportuno, plantaría como ahí, un cantero de repollos, el repollo que hace el caldo, el repollo de las hojas plegadas como láminas; más allá el chícharo rebelde, el haba selvática, el arvejo tierno y jugoso; en seguida dedicaría un lugar para el espárrago musculoso, para el alcaucil hirsuto, para la lechuga fresca y alegre como una chicuela. Aquí plantaría el boniato, grandote, dulce y bueno; luego la papa y después más plantas, muchas más todavía. Y los rosales treparían por los cercos y por las paredes de la casa humilde y tranquila. Y por las tardes, ¡qué placer para mí, sentarme cansado bajo una glorieta como esa, rústica y maltrecha, y contemplar, mientras va cayendo el día, el plantío cargado de frutos que maduran!

Me despedí del trabajador, sintiéndome orgulloso de apretar su mano áspera y ruda, acostumbrada a ganarse el pan. Después seguí andando.

Así llegué sin pensarlo al camino real, gris y solitario como siempre, con sus cunetas profundas, con sus montones de pedregullo apilado aquí y allá, con sus pontones de piedras, como guardias fijas apostadas a lo largo. Y sobre este sendero de paz y de silencio, interrumpido de vez en cuando por el tra-

queteo pesado de alguna carreta o por el soplo avasallante de algún automóvil tendido a la carrera, se oye el canto monótono de la red telefónica que pasa como una corriente interminable de murmullos. Pintorescas casitas se asoman con sus puertas a la vera del camino.

Seguí andando, cada vez más alegre. Sobre mi derecha el cerco de cina-cina proyectaba una sombra fresca como la de un parral. La luz de la mañana adquiría por momentos mayor intensidad.

—¡Hola!.. Juvencio. Buenos días... Lo había hallado junto a la puerta de su casa, sentado, inmóvil, en la actitud inconfundible del que piensa.

—Buenos días. ¿Quién eres?..—Juvencio era un muchacho de unos catorce años moreno, de complexión recia, pero que padecía del terrible mal de la ceguera. Una costra virulenta y repugnante le cubría los ojos.

—Soy el vecino del portón—le dije acercándome.

—¿Sabes qué hora es?

—Las nueve y media.—Hizo una extraña mueca y sonriéndose se restregó las manos. Luego dijo, como hablando consigo mismo:

—Vendrá a la diez.

—¿Quién?

—Mi mamá.—Yo me había sentado a su lado, junto al cerco.

—¿Salió?..

—Sí; ahora trabaja fuera de casa. Es la cocinera de una familia en la calle Paraguay. —Me sorprendió.

—Pero, ¡cómo! ¿estás solo?..

—Sí; estamos solos, con mi hermana, desde el lunes...—Hizo una breve pausa y añadió:—¡hace siete días!..—Quedó suspenso. Algunas lágrimas bajaron por sus mejillas.

En este instante llegó Magdalena, su hermanita. Tenía quince años, morena, decidida, muy parecida

a Juvencio. Sólo que sus ojos eran bellos y limpios como el primer cielo de la mañana.

Nos saludamos. Noté en seguida que Juvencio trataba de ocultar su rostro; pero no le valió de nada. Magdalena lo retó. Luego, dirigiéndose a mí, continuó diciendo:

—¡Vaya una cosa!.. Desde que se fué mamá esto no es vida. El lunes se lo pasó llorando. Y total, ¿por qué?.. Porque mamá está trabajando fuera de casa. ¿Le parece a usted un motivo?.. ¡Dios mío!.. no hay que entristecerse. No se imagina lo que me cuesta hacerle probar bocado. Le grito, le canto, le leo... y todo inútil. Allá, a las cansadas y por no hacerme rabiar más, transige y come algo. En una semana ha cambiado. No sé qué pensará mamá cuando te vea. Pero yo le diré la verdad; ¡ah! sí yo le diré cómo te has portado.

—Magdalena tiene razón — dije yo.

—No es verdad? ¡Ah!.. me tiene sofocada. No es posible dejarlo solo un momento. Ahora estaba arreglando la casa y yo me decía: "¿Qué estará haciendo mi hermano? ¿en qué pensará? ¿estará alegre?, ¿estará triste?" Me pareció que estaba triste. Me voy a trabajar. ¡Cuidadito!.. que dentro de poco llegará mamá.—Y saludándome con gracia, fuese corriendo para adentro, dejando tras de sí una estela de alegría. Juvencio volvió hacia ella la cabeza cual si pudiera verla. Después dijo misteriosamente:

—Si no fuera por mi hermana ¡quién sabe!..

—¿Quién sabe qué?..—Había hablado en un tono tan sombrío que me sorprendió.—¿Qué quieres decir con eso?—No respondió al momento. Hizo unas cuantas muecas violentas y fijando en mí sus ojos inútiles, dijo entonces:

—Yo no puedo vivir sin mi madre: ahí está, yo no puedo. Ella vendrá dentro de poco, se quedará con nosotros hoy... pero mañana volverá a irse y otra vez quedaremos solos.

—No te apenes, Juvencio... Al principio se sufre pero luego uno se acostumbra. Verás: no te parecerá tan triste la separación.

—No, no; tú no sabes. Mis ojos no sirven, pero cuando ella está conmigo, no tengo miedo. Camino como tú, camino como mi hermana. Todos dicen que mi hermana tiene unos ojos hermosos.

—Es cierto.

—Bueno...pero yo... Mira: ahí, cerca de nosotros, hay un puentecito que pasa sobre la cuneta...

—Sí; a dos o tres pasos.

—Ahora, yo no me animaría a pasarlo. Tendría miedo, miedo de caerme y de otras cosas. En cambio, si estuviera mamá...

—¿Qué harías?

—Entonces andaría como cualquiera. ¿Qué?.. ¿no me crees?.. Cuando mi madre habla yo voy derecho por su voz... Es como una mano que me llevara: "Juvencio... por ahí no; Juvencio, por la izquierda... ¿qué haces, Juvencio?.. ¿dónde estás?.. ¿En qué piensas, Juvencio?.." Sus ojos me van siguiendo siempre, siempre... ven por mí. De mañana recorremos juntos la quintita y ella me va hablando de todo: del tiempo, de las plantas nuevas, de las flores, de la gente que pasa por el camino. "¿No sientes, Juvencio? ¡qué olor!.. ¡Ah! son los claveles... Por la carretera pasa un carro atestado de heno... ¡pero cuánto pasto!.. es una montaña... Arriba de todo va acostado el hijo del tambero. Da miedo verlo: al menor barquinazo se puede caer..." De noche me lee o me cuenta historias, que se ha aprendido de memoria expresamente para decírmelas... ¡Ahí adentro tengo más de veinte libros, todos conocidos!.. A veces tomo alguno, lo palpo, lo abro... ¿cuál es éste?.. mamá...— "¿Ese?.. ¿a ver?.. ¡Ah!.. ese es "Cinco semanas en globo". Entonces siento tanta alegría que beso el libro. Yo adoro a Julio Verne. ¡Si lo pudiera leer con mis ojos!..

¿No crees tú que algún día pueda leer?.. ¿eh?.. ¿no crees?..

—¿Por qué dudarlo? Los médicos afirman que te curarán.

—Sí. ¿Pero por qué no me operan ya? Hace mucho tiempo que me dicen lo mismo. Cuando tenía siete años me dijeron que me operarían a los diez; luego a los doce, después a los catorce... ¡tengo casi quince y todavía!.. ¡Ah!.. ¡cómo me desespera!.. A veces creo que estoy loco. ¡Me vienen unos ímpetus!.. Con las uñas me arrancaría esto que tengo aquí, en los ojos. ¡Qué desgracia!.. —Empezó a gemir sordamente y se había metido un puño cerrado en la boca a modo de mordaza. ¡Qué manera de llorar la suya, a los catorce años! ¡Pobre Juvencio! ¡Lloraba como un hombre!..

Yo sentí una gran tristeza. Me acerqué a él y le dije, palmoteándole la espalda:

—¡Cálmate, Juvencio... —Pero no me oía. Resoplaba de dolor, mordía en su carne, exasperado, trémulo, repitiendo con la voz áspera y seca:

—¡Qué desgracia, qué desgracia!.. —Después, poco a poco, cesó de quejarse y quedó tranquilo al parecer, con el busto erguido, la cabeza en alto y los párpados muy abiertos. De pronto dijo, cual si soñara: —A veces creo ver una luz, una luz muy chiquita, pero muy chiquita...

—¿Y no llegas a distinguir nada?

—No, la luz, nada más, digo, yo creo...—Hizo una pausa. — ¿Y cómo es la luz?.. Dicen que hay muchos colores; que la sangre es color rojo; que el oro es amarillo; que la leche es blanca... y que el sol tiene todos los colores... ¡Ah!.. ¡si yo viera ahora!.. A mí me gusta mucho poner las manos al sol. Ahora verás. —Se puso en cuatro patas, dió dos zancadas y cuando estuvo fuera de la sombra, exclamó lleno de júbilo:—Mira: aquí está... aquí... ¡qué lindo!.. —Mantenía los brazos extendidos y

con las manos abiertas palpaba en la luz. —¡Ah!.. yo siento cómo el sol pasa entre mis dedos. Todas las mañanas, lo primero que hago es correr hacia la luz. Mamá se enoja porque dice que me hace mal. Yo digo que no. Se me ocurre que si estuviera más cerca del sol yo llegaría a ver, ¿eh? ¿no crees tú?.. Pero ahora quema. Está muy fuerte. —Volvió a ponerse bajo la sombra de la cina-cina, sonriente, acometido por una repentina alegría. —¡Si me operaran! Di: ¿conoces a algún operado de los ojos?.. ¿Es verdad que ven?.. ¿lo viste tú?.. ¿Sí?..—Yo no sabía nada, pero Juvencio había puesto tanta esperanza en su pregunta, que le dije:

—Sí. Conozco varios casos. Durante el tiempo que viví en la calle Juncal, tuve por vecino a un cieguito. Lo mismo que tú, no se resignaba a esperar y sufría mucho. Pero al fin lo operaron y vió.

—¿Vió?..

—Es claro.

—¿Pero igual que ustedes?..

—Sí: como yo, como cualquiera que tenga sanos los ojos.

—¿Y?..

—Nada. Veía...

—¡Ah!.. si fuera yo, ¿eh?.. Lo primero que haría sería mirarle la cara a mamá. Me prendería de su cuello y me pasaría las horas mirándola. ¿Quieres que te diga una cosa?.. yo sé cómo es mamá. Mi madre tiene una frente muy alta, una nariz fina, cara ovalada, ojos muy grandes y una mirada dulce...

—¿Y cómo sabes que es dulce la mirada?..

—¡Oh!.. no sé decírtelo. Pero, ¡cuántas veces, estando solo, siento de pronto, como algo muy suave, como algo muy bueno que va penetrando en mi cuerpo! Entonces he llamado:

—"¡Mamá... ¿Dónde estás, mamá?.." — Y he oído su voz:

—"Estoy aquí".

—"¿Qué haces?.."

—"Estaba mirándote". — Hizo una pausa y agregó:

—¿Comprendes?.. mi madre tiene una mirada dulce.

Quedamos un momento silenciosos los dos. El parecía absorto, dominado por una intensa visión interior. Quizá, en ese instante, la figura de su madre pasase como una estrella sobre la noche eterna de su vida.

Yo lo contemplaba de rodillas, vencido por una honda emoción de tristeza. ¡Qué destino el tuyo, cieguito!.. ¿Tus ojos resucitarán?.. Una costra repugnante te separa de las maravillas del mundo. Tu infortunio es grande y es horrible como la soledad.

Al ponerme de pie, noté que una mujer avanzaba por el camino ardiente y desierto. La reconocí al punto.

—¡Juvencio, Juvencio!.. ahí viene.

Le costó trabajo oirme, cual si no entendiese. Pero luego sufrió un vuelco. Se agitó, se estremeció, dilató las fosas nasales. Yo repetía:

—¡Ahí viene, camino abajo, a una cuadra!..

Entonces ocurrió algo que yo no pude evitar. El ciego dió un gran grito:

—¡Mamá!.. —y ella contestó con una energía extraordinaria:

—¡Juvencio!..— Y fué todo. El cruzó junto a mí, pasó el puentecillo como un sonámbulo y empezó a correr por el macadam.

—¡Mamá!..

—¡Juvencio!..—Y ella también corría a su encuentro. Marchaban con los brazos abiertos como alas extendidas. El camino era chico para los dos.

Y el encuentro fué formidable. ¡Qué impulso los unió!.. Se besaron las cabezas, se confundieron los cuerpos y quedaron inmóviles.

¡Ah!.. ¡Qué monumento más raro del amor formaban madre e hijo, abrazados sobre la carretera gris!

REMIGIO STAGNERO

A Clemente Estable

«.. .. ..
....hay también sacerdotes que suben al púlpito para decirnos lo que debemos al señor de nuestra aldea, pero, jamás, lo que el señor nos debe a nosotros. No hay escuelas donde nos inculquen nuestros derechos, donde nos enseñen a distinguir nuestras verdaderas y honestas necesidades, de las necesidades vergonzosas y funestas; donde nos digan, en fin, en qué podemos y debemos pensar cuando hemos sudado todo el día en provecho de otros y nos sentamos al anochecer en el umbral de nuestras cabañas a contemplar las brillantes estrellas que aparecen en el horizonte.»

(De "Mauprat", Jorge Sand.)

Un empleadillo que llevaba puesto un guardapolvo ceñido a la cintura, gritó entre las máquinas, con voz afeminada:

—¡El 36!...

—¡El 36!.. — dijo un obrero, rudo y alto como un gigante. Y en seguida varias voces repitieron por los distintos lugares de la fundición:

—¡El 36!.. ¡el 36! — Era una barahunda. La algarabía estrepitosa del hierro sacudido, macha-

cado, retumbaba en el amplio recinto como una carga de gritos metálicos que ensordecía.

Corrían las zorras, con su rodaje ronco, cargadas de material; resoplaban los motores, bufaban las válvulas y la maquinaria, con sus mil piezas, producía un traqueteo contínuo, seco y rasante, como golpe de cuchilla.

Aquí y allá bramaban las fraguas en plena labor. Llamaradas anchas y sucias, llamaradas límpidas y sutiles, como puñales, emergían de la hoguera, corrían, se arqueaban y caían como serpentinas de oro. Y un resplandor intenso, un resplandor de bronce, bruñía los cuerpos recios de los forjadores.

En todas partes se oía el choque brutal del hierro contra el hierro. Sobre el yunque sonoro, las barras candentes se retorcían como culebras rojas.

—¡El 36! ¡Eh! ¡36!.. ¿no eres tú?..

—Sí...

—Te llaman de la Gerencia. — Remigio Stagnero dejó caer el martillo, pasó su mano encallecida por la frente y quedó pensativo, animado por un cruel presentimiento. Más o menos sospechaba lo que habría de pasarle.

El día anterior, por la tarde, había tenido un altercado con el hijo de uno de los dueños de la fundición, un mozalbete engreído, que sólo pasaba por los talleres con el único fin de hacerse ver. El hecho ocurrió así:

Pasaba el infatuado con uno de los capataces, mirando hacia todos con un aire tan impertinente que daba ganas de mandarle con un tornillo por la cabeza. Al llegar a la tornería se detuvo y echó la mano al bolsillo de los cigarros. Como se hallase con la cajilla vacía, sacó de su chaleco una moneda de cincuenta centésimos y dirigiéndose al obrero más próximo, que era Remigio, le arrojó el dinero a los pies, diciéndole con un retintín insufrible:

—"¡Ché!... traeme cigarrillos". — Remigio,

que estaba muy abstraído, limando una melladura, no entendió, al principio. — "Que me traigas cigarrillos. ¿Estás sordo?"

—"Ahí tienes el dinero" — agregó el capataz, indicándole el sitio donde estaba la moneda.

Pero Remigio no se movió. Al verse tuteado de tal modo, por una persona a quien sólo conocía de vista y que, no obstante, le manifestaba un desprecio tan injustificado, experimentó una gran humillación. Sintio vergüenza, rabia, un calor interior que se expandía por la piel y le quemaba el rostro. Sin embargo, logró dominarse y dijo con alguna tranquilidad:

—"No voy"...

—"¿Qué?"... — preguntó el arrogante, cual si hubiese recibido un insulto.

—"No voy"... — tornó a decir con firmeza. El capataz intervino:

—"¿Qué es eso?"... "¿Cómo?"... — Pero el petulante le hizo callar.

—"Déjemelo a mí". — Y dirigiéndose a Remigio, continuó:

—"¿Vas o no vas?..."

—"No".

—"Muy bien. Ya se arreglará todo". Y soltando una carcajada burlona agregó: "¡Já, já!.. ¡la pretensión de los muertos de hambre!"

Aunque Remigio sólo tenía diez y siete años, estuvo a punto de saltarle al cuello, igual que un tigre. Pero se contuvo. El furor le había trabado la lengua. Recogió la moneda y arrojándosela con fiereza a los pies, dijo tartamudeando:

—"Mucho peor es la pretensión de los haraganes".

Se miraron una vez más, frente a frente. Después se separaron.

Cuando fué a su casa, Remigio no dijo una palabra sobre el incidente de la tarde. Su hermana lo halló algo serio y retraído. Cenó poco y a las

nueve de la noche ya estaba acostado. No podía quitarse la idea que, al otro día, se vengarían de él, haciéndole perder el trabajo.

Pero la mañana siguiente transcurrió sin que nadie le mencionase el suceso de la víspera. Esto le trajo alguna confianza y permaneció tranquilo. Hasta se imaginó que todo quedaría en nada. Y al mediodía, cuando llegó a su casa para almorzar, abrazó y besó a su hermana.

Pero de tarde, al ser llamado, cuando ya empezaba a olvidarse de su asunto tan enojoso, comprendió que sus sospechas eran fundadas. Le invadió una gran inquietud. La idea de que sería despedido de una casa donde hacía más de un año se ganaba el pan, le dejó sin aliento. Lo hubiera preferido todo menos eso. Trató de reanimarse y empezó a andar, hacia la Gerencia. Algunos compañeros le miraban al pasar y él les sonreía estúpidamente, sin saber por qué.

Cruzó los escritorios, ojeando con desconfianza y cuando llegó a la Gerencia, le habló a un empleado, en voz baja.

—Soy el 36. Vengo porque me mandaron buscar.

—Un momento — dijo el empleado, desapareciendo por una puertita.

Remigio no tuvo que esperar mucho tiempo. Un instante después, volvió el mismo individuo, quien le dijo:

—Entre. — Remigio obedeció. Un hombre de barba, sentado ante un gran escritorio de caoba, revisaba en unos libros enormes . Era un señor grandote, rubio, que llevaba anteojos, con engarce de oro.

Pasó un minuto, dos; pero el gerente no le había mirado aún. Quizá no le habría visto llegar. Estuvo por toser, por decirle: — "¡Señor!"... — pero no se animó.

Se hallaba tan turbado, que, por momentos, se olvidaba de todo. Le causaba admiración profun-

da el lujo de la habitación. Observaba las pesadas colgaduras de "pelouche" rojo, que caían a plomo desde las cornisas; los muebles amplios y severos como pianos; el piso mudo, ahogado bajo una alfombra escarlata; la estufa regia de pared, con su enchapado de mármol; la araña deslumbrante, de forma complicada, que pendía en el centro de la sala; la caja de hierro, cerrada como un secreto. Nunca había visto nada parecido. Tuvo miedo de ensuciar con su ropa, de manchar con sus dedos. Por prudencia se separó de una biblioteca que tenía a su lado. Y ante aquella manifestación de riqueza, involuntariamente, pensó en su cuartito. Vió su cama, su armario destartalado, la palangana de lata donde se lavaba y la barra de jabón de potasa.

En este instante, el gerente habló.

—¿Qué desea?.. — El señor había levantado su cabeza y mostraba su cara, de tez muy blanca, ojos grises, y pequeñitos como cuentas. Tenía el aspecto de una buena persona acostumbrada al mando.

—Yo, señor... había venido... porque... — Se sentía más cohibido, no sabiendo qué responder — yo soy el 36...

—¡Ah!.. ¡Ah!.. y ¿qué deseaba?..

—Nada...

—¿Cómo?.. — El gerente manifestó sorpresa. Luego, para acabar más pronto, tocó un timbre. Al momento apareció por entre el cortinado de una puerta el empleado aquel del guardapolvo, que había ido hasta el taller. Entonces le preguntó:

—¿Qué significa esto? — Este se acercó al gerente y le habló en voz baja. Luego se retiró.

Cuando quedaron solos y después de un silencio que a Remigio le pareció muy largo, el señor dijo:

—En efecto: le había mandado a buscar a usted. Ayer ocurrió algo muy feo: se ha relajado la dis-

ciplina del establecimiento. Esto constituye una falta gravísima. Por lo tanto, yo me veo obligado a despedirlo a usted.

Remigio palideció; le flaquearon las piernas y tuvo la impresión de que todo daba vueltas en redor de él. Tenía la certeza de que le estaba ocurriendo una desgracia. Juntó todas sus fuerzas para decir balbuceando:

—Señor... yo tenía razón... — El gerente frució el ceño y dijo con sequedad:

—No se admiten observaciones. — El muchacho no tuvo ánimo para más. Había echado el cuerpo hacia adelante y se apoyaba inconscientemente sobre el respaldar de un sofá, suplicando con sus ojos cándidos, sintiéndose solo, pobre, desamparado.

Medió un nuevo silencio entre los dos. Luego, el señor se sacó los anteojos y mientras limpiaba los vidrios con un pañuelo muy blanco, le dijo benevolente y hasta con cariño:

—Yo lamento mucho, pero mucho... — se detuvo de pronto y preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Stagnero — respondió Remigio, con la voz temblorosa.

—¡Ah!... Stagnero... sí... — Hizo una pausa y agregó: — Como le decía, es lamentable, sobre todo tratándose de un obrero como usted. La disciplina es una cosa muy delicada, amigo Stagnero, pero muy delicada. Se le disculparía cualquier falta menos esa. No se debe responder a un superior como usted le respondió. — Remigio quiso hablar para decirle que había sido objeto de un ultraje inmerecido; pero el señor no lo consintió.

—Sí, sí... ya sé lo que me dirá usted... quizá tenga razón, pero con todo... — En este momento entró un empleado, dejó sobre el escritorio unas notas y salió sin haber dicho una palabra. El gerente continuó:

—Teniendo en cuenta sus buenos antecedentes, lo único que yo podría hacer por usted es conservarlo en el puesto, pero siempre, — es claro — que usted pidiese al hijo del señor Barboza las disculpas del caso.

Remigio se irguió de pronto y clavó en su interlocutor una mirada despavorida.

—Sí...— prosiguió — es necesario, es absolutamente necesario. ¿Lo hará usted?

El muchacho había perdido la timidez. Firme sobre sus piernas, el busto dilatado, la cabeza en alto y el rostro encendido, violento, como bajo el resplandor de una fragua, estaba bello, poderoso, invencible. Parecía la salud, parecía la fuerza. Quiso hablar, mas no pudo. Entonces, mostrando todos los dientes, dijo con la cabeza:

—No.

El gerente comprendió. No era éste una persona mala. Antes bien: bajo aquel aspecto de individuo áspero y poco amigo de palabras, se ocultaba un natural bondadoso y siempre que podía salvaba a sus obreros.

Ante la actitud de Remigio, se puso de pie y apoyándose con sus brazos sobre el escritorio, le dijo con calma:

Vea usted que es necesario. Si el hecho no hubiese ocurrido ante testigos; si los demás obreros ignoraran lo que ocurrió entre ustedes dos, todo se arreglaría fácilmente, porque la verdad... la razón está de su parte. Pero las cosas han pasado de un modo muy distinto. Por lo tanto es necesario que los demás sepan que usted ha quedado cesante o que usted ha dado una satisfacción al hijo del señor Barboza.

—No... — repitió Remigio con la misma terquedad.

—Lo exige el orden del establecimiento. No todos entienden bien las cosas. Yo sé que usted es incapaz de una falta de respeto; pero, en cambio, hay

otros que... No, no, esto es delicado... Stagnero... es delicado. Decídase usted.

—No — exclamó por tercera vez.

—Entonces, está usted despedido — dijo el gerente dejándose caer sobre el asiento. — Quedaron callados, mirándose... Luego Remigio le hizo un saludo y se dirigió lentamente hacia la puerta. Cuando estaba por salir, volvió a oir la voz del gerente:

—No lo olvide usted. Piénselo bien: si se decide a dar una explicación, aquí siempre habrá trabajo para usted.

—Muchas gracias — contestó. Y saliendo de la Gerencia, siguió por los escritorios andando con lentitud, gacha la frente, agobiado por el desaliento, y a medida que pasaba, los empleados iban levantando la cabeza y le miraban en silencio, graves, respetuosos, como si algo sagrado fuese con el obrerito.

Remigio dejó la fundición a las cinco de la tarde, es decir, una hora antes que de costumbre. Ordinariamente hacía a pie el trayecto que media entre las calles Juncal y Cerro Largo, y Cerro Largo y Yaro. Pero esta vez, en lugar de seguir para su casa en derechura, subió por Juncal hasta la Plaza Independencia.

Al entrar en la avenida 18 de Julio, se escapó milagrosamente de que un automóvil se lo llevara por delante. El "chauffeur", irritado le gritó:

—¡Eh!... ¿estás sordo?...

Remigio hizo con los hombros un movimiento de desdén y continuó andando.

Su estado mental era muy raro. Parecía haber perdido la conciencia de todo cuanto acababa de pasarle. Sólo de vez en cuando, como esos relámpagos que cruzan los cielos borrascosos, así cruzaba por su cerebro la idea de que había perdido el trabajo. Experimentaba entonces una fuerte sacudi-

da y cerraba los ojos como sin con ello lograra amortiguar la violencia del choque interior.

Si para un hombre hecho ya, es fuerte y desconcertante la pérdida de un empleo, para Remigio, esto tenía el carácter de un verdadero drama.

Desde la muerte de sus padres, la familia había quedado reducida a ellos dos: él y una hermana suya, llamada Paulina, mujer de unos treinta años de edad.

Y aquí empieza la historia de este muchacho silencioso, porfiado, de una voluntad heroica. Paulina era enferma. Estaba dotada de una constitución muy débil y cualquier esfuerzo la agotaba. Los médicos le habían aconsejado muchas cosas que ella no podía hacer: que no trabajara, que se estuviese quieta, que se sometiera a un régimen de alimentación. Todo esto, al principio fué imposible. Lo que ganaba Remigio apenas si alcanzaba para pagar la mensualidad que importaba el alquiler de la pieza que ocupaban en la casa de inquilinato de la calle Yaro. Paulina, pues, apurada por la realidad, tuvo que descuidar su salud. Cosía de mañana o de tarde, cuando podía, haciendo la jornada, de rato en rato, deteniéndose si se sentía atacada por la fiebre o la fatiga. Y cuando por las tardes, después de haberlo dispuesto todo, esperaba la vuelta de su hermano, su cuerpo tenía un aspecto triste y mustio como una rosa caída.

Remigio llegaba siempre sudoroso, jadeante, cubierto de polvo. Con él, parecían entrar la alegría, el movimiento, el vigor. Después de besar a su hermana se lavaba y aseaba su ropa, mientras ella servía la mesa. Luego cenaban.

Era este el momento más íntimo de los dos Empezaban por hablar de los asuntos diarios, de lo que habían visto u oído y se referían esas minucias con gran cariño, sintiéndose felices de permanecer juntos. Era entonces cuando recordaban a los muertos. Nunca faltaba un pretexto. Y como

Paulina era mayor, contaba a Remigio muchas cosas de sus padres. Este escuchaba, boquiabierto, emocionándose con los relatos, sintiendo a su vez encenderse en su memoria recuerdos de escenas vagas, confusas, que habían ocurrido ha mucho tiempo.

Algunas veces, esta necesidad de hablar de los seres que habían querido tanto, concluía por enternecerlos.

—"¿Ves... allí se sentaba papá; mamá acá, en esta silla: tú aquí y yo de este lado..." — Se producía entonces un silencio entre los dos, un silencio doloroso, prolongado, durante el cual trataban de luchar contra el sufrimiento. Pero se miraban en los ojos, donde el llanto pugnaba por salir y no resistían ya.

—"¡Ah!... si estuviera mamá"...

—"Si estuviera papá!..." — Y lloraban abrazados, la cabeza del uno sobre el hombro del otro, mientras se oía afuera la palpitación incesante del conventillo, con sus múltiples ruídos, sus voces destempladas, conversaciones a gritos, disputas groseras, canciones, risotadas, toda la manifestación de aquella vida oprimida por un recinto demasiado estrecho.

Una tarde, al volver Remigio del trabajo, encontró a su hermana bastante mal. Tenía el rostro profundamente pálido y una sombrica de muerte le llenaba las ojeras. Cuando se dispuso a servir la mesa él no lo permitió.

—Yo lo haré, deja, yo lo haré... — Pero no cenaron. Trataba ella de comer con el único fin de no inquietar a Remigio, pues siempre habíale ocultado sus desfallecimientos. Mas era una precaución inútil. Hacía dos días que Remigio venía notando el decaimiento de Paulina, pero callaba por no alarmarla. No obstante, al verla así, tan triste, dijo sin poderlo remediar:

—Tú no debes trabajar, Paulina.

—¿Por qué?... — preguntó, haciendo esfuerzos por sonreir.

—No debes trabajar, porque... ¡bah!... porque me parece que te hace mal.

—No... hoy, no más... Me cansé y eso es todo... — Paulina mentía y él sabía que estaba mintiendo. Por eso, sin dejar de mirarla, le dijo con brevedad:

—Es necesario que te cuides.

—Yo me cuido.

—Pero no es bastante. — Esta escena ocurría un lunes. Tres días después, al ratito de cenar, Remigio, ante la natural sorpresa de su hermana, se puso el sombrero con ánimos de volver a salir.

—¿Y a dónde vas tú?

—Al biógrafo, a trabajar.

—¿A trabajar?.. ¿qué estás diciendo?... — Entonces le contó. El señor de la fábrica donde trabajaba como aprendiz le había recomendado a un amigo suyo, dueño de un cine. Y lo habían admitido en carácter de acomodador, con una asignación mensual de quince pesos.

—De modo que ya ves... — prosiguió — diez de día y quince de noche, hacen veinticinco pesos por mes.

—¡Pero Remigio!...

—No hay Remigio que valga. Sólo te exijo una cosa: no quiero que toques esta máquina de coser. ¿Oíste bien?... no quiero.

—¡Pero muchacho!... ¿cómo es posible que tú trabajes de día y trabajes de noche?

—¿Y qué?... ¿Piensas que me hará mal? No hay tarea que me mate. Soy como un ñandubay... — Pero Paulina no transigía. Estaba emocionada. El acto de su hermano acababa de producirle el efecto de una caricia. Sintió un repentino bienestar y se hubiera echado a sus pies, agradecida; pero no aceptaba. Se acercó a él, le pasó un brazo por el cuello y le dijo sonriendo con dulzura:

—Eres muy chico, Remigio. No quiero ese sacrificio.—Pero éste le contestó en un tono resuelto.

—No me importa que no quieras. Ya está todo hecho. Hasta luego... — Paulina intentó detenerlo:

—Pero mira...

—No tengo nada que mirar... ¡Ah!... — dijo volviéndose — me pones la llave bajo la plantita de la ventana. Hasta luego... — y salió, casi corriendo.

Paulina lo llamó de nuevo, fué hasta el corredor, pero ya no lo encontró. Entonces volvió al cuarto, recostóse sobre su cama y quedó pensativa largo rato. Luego apagó la luz eléctrica y encendió un pequeño velador de aceite. Oyó dar las diez, las once, las doce...

En un rincón de la pieza semi oscura, había un reverbero encendido... La leche iba calentándose en una cacerolita azul. Todo era difuso en la habitación adormida en una gran quietud. Sólo se oía el pulso invariable del despertador: tic-tac, tic-tac... Grandes sombras que proyectaban los muebles, de abajo arriba, subían por las paredes hasta el techo. Eran formas raras, caprichosas y que, sin embargo, impresionaban por el carácter humano que había en algunas de ellas. De la cornisa de un armario, salía una cabeza espantosa, casi sin frente, órbitas hundidas y una nariz feroz, igual que un pico de ave de rapiña. Parecía la obra de un dibujante diabólico. Y bajo el resplandor lacrimoso de la lamparilla, resplandor opaco y sangriento, se destacaba la cabeza de Paulina, echada hacia atrás, sobre el respaldar del sillón, con su rostro pálido, su rostro inquieto, su rostro de ansiedad.

II

Remigio, pues, a los catorce años, hizo cara a la vida. Trabajaba a destajo, en cualquier parte, en cualquier cosa. Y lo hacía con entusiasmo, movido por el afán de reconquistar la salud de su hermana.

De día tenía una ocupación fija en un establecimiento donde se encuadernaban libros, pero de noche, por una causa o por otra, cambiaba a menudo de casa y de tarea. En el biógrafo estuvo tres meses. Luego lo tomaron en una cervecería, donde servía los "chopps" y lavaba vasos. Y llevaba esa vida nocturna, hoy aquí, mañana allí, ganando reales que se pagaban después de soltar el trabajo, pero que, guardados, formaban al final de cada mes una suma de pesos que, bien empleados por su hermana, alcanzaban para salvar los momentos más difíciles.

Al principio, Paulina, en vez de mejorar había empeorado. Pero luego, bien fuera por los cuidados incesantes de Remigio, bien porque su organización había sido capaz de resistir al mal, empezó a tener voluntad, se hizo más alegre, perdió la palidez y al cabo de un año parecía curada. Entonces intentó volver a trabajar para que su hermano dejase su ocupación nocturna.

—Que no... te digo.

—Pero, mira, Remigio; ¡si yo ya no tengo nada! ¿Cómo es posible que tú lo hagas todo?

—No, no y no...

—¡Vaya!... no seas terco. A mí me duele mucho esto. Has hecho bastante por mí... ahora.... —

iba a proseguir; pero su hermano se enojó y cuando se enojaba parecía un loco. Calló por no irritarlo más.

Pasó un tiempo. Llegó la Nochebuena y mientras cenaban, Paulina dijo a Remigio:

—¡Qué pena que no puedas quedarte!...

—Es cierto... pero ¡bah!... — y se encogió de hombros.

—Hoy es Nochebuena...

Remigio quiso sobreponerse, como siempre, pero esta vez estuvo flojo. Por poco se le escapa: "¡Desearía quedarme!" No lo dijo con la boca; pero lo expresó con la cara a pesar suyo.

Se sentían tristes. Afuera, en la gran casa de inquilinato, se oía la fiesta. Música de guitarras, de mandolinos, canciones a muchas voces, risa, algazara. Sólo ellos dominados por una misma pena, permanecían silenciosos. Comieron sin apetito.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Al quedar sola, Paulina volvió a pensar en el modo de hallar un medio que evitase a Remigio el trabajo nocturno.

Esa noche, las horas pasaron lentas, pesarosas. Le causaba una desazón áspera la alegría general del conventillo, que llegaba hasta su puerta como una burla.

Remigio volvió muy tarde: después de la una. Entró llevando un paquete en cada brazo. Estaba agitado y tenía en todo su cuerpo esa expresión de fuerza que el trabajo desata en los seres. Hizo prender a su hermana la luz eléctrica y dejando los envoltorios sobre la mesa, empezó a hablar.

—¡Cuánta gente!... Nunca hubiese sospechado que se tomara tanta cerveza. ¡Figúrate que me pusieron de mozo! ¡Qué ocurrencia!.. Yo me atolondré, esa es la verdad... Corría para un lado, corría para el otro. Todos me llamaban a la vez y se

enojaban si no los servía ligero. En una de esas, se me cayeron al suelo cuatro "chopps", todo por culpa del jefe, que se había empeñado en que llevase de a quince "chopps" juntos. Imagínate, tú... ¡yo, con quince vasos llenos de cerveza!... ¡Si apenas podía!... Me iba para adelante y le ensucié a una mujer el vestido. Entonces se armó un alboroto y casi todos se reían, porque ella se había enojado. A mí me dió fastidio y le pedí al jefe que me sacara, porque no servía para esa tarea, pero él me alentó:— "Siga, siga, que va bien; no se asuste por tan poca cosa". ¡Y la cobranza!... Puedes creerme... No sabía si me daban de más, ni si me daban de menos... Muchos se me iban sin pagar. Yo me decía: "Lo que es ahora, cuando vaya a entregar cuentas, me echan a la calle". Tenía un miedo atroz. Suponte mi sorpresa cuando después de contar y recontar me encuentro con quince reales de más. "¿Cómo puede ser eso? — le dije al jefe — me sobra plata". El hizo sus cálculos. Luego contestó, entregándome el dinero: "Es cierto. Ha tenido usted suerte. Además del jornal se ha ganado quince reales en propinas". A mí me pareció excesiva la cantidad, pero, en fin, era mía de cualquier modo. Salí poco menos que bailando. Y ahí tienes; no me ha ido mal... — dijo sacándose el saco.

—¿Y qué traes aquí?...

Remigio, que había visto la cecerolita azul donde se calentaba la leche, protestó:

—No, no... ¡nada de café con leche, hoy!... abre ahí...

Y señaló los paquetes. En uno de los envoltorios venían dos medias botellas de sidra espumante; en el otro, un pan dulce, turrón y castañas asadas.

—¡Pero! ¿qué has hecho, muchacho? — decía Paulina.

—¿Y qué?... compré eso... las propinas me lo

dieron. A comer, pronto. ¿Qué? ¿Estas dormida? Trae vasos.

Paulina sintió nacer una alegría tan grande que abrazó a su hermano.

—Eres un loco...

Remigio destapó las botellas con gran aparato, porque ella tenía miedo que el tapón le lastimara la cara. Y comieron del pan, del turrón, de las castañas y bebieron del vino toda la dicha, toda la dicha que hay en un vaso de vino, cuando él representa un instante de amistad profunda. Mientras tanto, hablaban y hablando pensaron en el porvenir.

—Mira — decía Paulina — no es tan difícil como tú supones. Hoy averigüé que el hijo de doña Matilde gana en la fundición ochenta centésimos diarios. Y tiene más o menos tu misma edad.

—Y con eso ¿qué ganamos?...

—Que si tú lograses trabajar allí o en una casa parecida, no tendrías necesidad de trabajar de noche.

—¿Y cómo?...

—Justamente. Ahora, con las dos tareas ganas veinticinco, veintiséis pesos por mes. Si consiguieras un jornal de ochenta centésimos, tendríamos más o menos la misma cantidad y podrías dedicar las noches a lo que quisieras. ¿No te parece bien?..

Remigio parecía reflexionar.

—Veremos, veremos...

— Y además — agregó poniéndose seria — me sacas a mí esta preocupación. Me es doloroso verte convertido en un esclavo. No, no quiero que esto prosiga...

—Bueno, después veremos. Dejemos este asunto ahora. ¿Oyes cómo bailan?...

En efecto. Desde una de las piezas cercanas llegaban los compases de un vals muy movido, alígero, bailado al parecer por muchas parejas. Tam-

bién se oía un coro voceado por hombres y mujeres.

—¿Te gusta la música, Paulina?...

—Ya lo creo... ¡Si estuviera papá!... Papá tocaba la cítara, esa que está ahí guardada.

—Y tú la tocabas también.

—¡Ah!... pero muy poco. Algo que él me había enseñado.

—¿A ver?... Toca...

Paulina se levantó y se dirigió al armario.

—Pero no va salir nada. Le faltan cuerdas.

—No importa — repitió— aunque sea algo... quisiera oirte tocar.

—A mamá le gustaba mucho oir — dijo volviendo con el instrumento. — ¡Cuántas veces se pasaban los dos, horas y horas!... ¡Y tú!... ¡Uf!... eras chiquito así, y te quedabas con la boca abierta, sin pestañar. "Quiero la muca" — decías — "quiero la muca". — Se había sentado y pulsaba con sus dedos torpes las cuerdas metálicas de la cítara.

—¡Qué lindo! — dijo Remigio palmoteando. ¡Qué lindo!.. ¿Vamos a cantar?...

Paulina sonrió.

—¿A cantar qué?...

—Una canción... ¿no sabes alguna?...

—¿Alguna?... quizá me acuerde... espera...

Tocó unos acordes, simples, fáciles y comenzó a canturrear en voz baja, mientras buscaba en la memoria alguna canción olvidada. Tocaba con dificultad porque no tenía púa, y además, porque sus dedos, faltos de práctica, no obedecían.

—Aquella canción, Paulina, aquella del mar...

—¡Ah!...¿ la barcarola?... ¿Te acuerdas?... ¿A ver?... Se detuvo un instante, entrecerró los párpados y fijó su mirada en el vacío. Se acordó. Un sonrojo ténue cubrió su rostro de una gran vivacidad. Empezó a cantar a media voz, mientras

sus dedos buscaban, entre las cuerdas, el ritmo ondulante de la barcarola.

"¡Qué triste es el ser marino!
¡Qué triste es el navegar
siempre a merced del destino
como un juguete del mar!"

Remigio escuchaba embebecido. También él tenía su cara cubierta por un resplandor rosado. Había escuchado a su hermana, agitado por la emoción, cerrados los ojos, recostado sobre la mesa. El canto producía en su alma un efecto doble. La belleza de la música con su ritmo de mar, la melancolía del verso, triste y añorante. Además, ¡cuántas cosas aparecían en su mente, cuántas escenas ocurridas ha tiempo, en vida de sus padres! ¡Y él que ya no se acordaba!... Paulina seguía cantando:

"¡Qué rudo zumba el pampero!
¡Con qué furia brama el mar!
Chilla con rabia el velero
pronto las velas a izar".

Mientras tanto, en las piezas vecinas, el baile parecía haber cesado. No se oía tampoco ese bullicio alocado que llenaba los patios y corredores. Era ya tarde: serían las dos de la mañana. La gente, cansada quizá, habíase callado, poco a poco.

Remigio se había puesto a cantar, acompañando a Paulina. Las dos voces, enternecidas, modulaban con dulzura, dejándose llevar, cual si se mecieran sobre los compases de la cítara. A veces, cuando el canto se hacía más sentido, los hermanos se miraban. Todo el cariño, toda la profunda estimación que los mantenía unidos, aparecía entonces en los ojos, en un destello sereno, prolongado, un fulgor

inefable, suave, como el fulgor de los astros en la noche.

"¡Orza, orza, orza...
orza!, gritó el capitán,
que espera en tierra el marino
sus pesares mitigar".

Siguió aún otra estrofa y después de unos cuantos compases de la cítara, la canción quedó terminada. Entonces, en el patio, explotó una salva de aplausos. Eran los vecinos, los que estaban bailando, los que cantaban más lejos, los que gritaban, los que reían. Habían sido atraídos desde distintos lugares del conventillo, llevados por aquel canto.

—¿Quiénes son—decían—quiénes son los que cantan esa canción?...

Y dejaban su fiesta para oír de cerca. Hombres, mujeres, jóvenes y viejos, llegaban de todas partes buscando lo mismo.

—¡Ah!... es en la pieza de Paulina...

—Son los dos hermanos...—Y así, más de cuarenta personas se habían aglomerado frente a la puerta cerrada. ¡Ah!... ¡cuánto bien!... ¡Era un milagro!... Una canción bella, un bello estado del alma, que pasando por entre los interticios de una puerta se expandía en el ámbito como un perfume. Y aquella gente ruda, entregada al baile y a la francachela, había sido atraída como bajo la influencia de una caricia.

—¡Bravo!... ¡Bien!... —Los aplausos se prolongaban.

Remigio y Paulina quedaron desconcertados ante aquella manifestación ruidosa, completamente inesperada. Ella involuntariamente se había puesto de pie, y miraba hacia la puerta. Remigio observaba en la misma dirección, haciendo visibles esfuerzos por comprender lo que ocurría.

—¡Bravo!... ¡otra, otra canción!...

—Nos aplauden — dijo Remigio, ruborizado.

Entonces, Paulina abrió la ventanita, asomó su cabeza por entre las hojas de las plantas que llenaban el cuadro, y sonriente, feliz, con la vocecita cálida aún, dijo enternecida:

—¡Muchas gracias!...

Una nueva salva de aplausos retumbó en la noche.

III

Tres meses después, Remigio había conseguido entrar en la fundición de la calle Cerro Largo. Al principio, sólo le pagaban cuarenta centésimos por día, pero luego, debido a su aptitud para el trabajo, le fueron aumentando progresivamente hasta llegar a una asignación de un peso con diez centésimos por jornal. Accedió Remigio a los ruegos de Paulina, y fué entonces cuando abandonó la tarea nocturna. Así pasó un año. Vivían tranquilos, al amparo de un bienestar relativo. El, engolfado en su tarea y dedicando las horas que tenía libres al estudio y a la lectura de buenos libros; ella ocupaba en los quehaceres domésticos y prodigándose en atenciones para con el hermano, por quien experimentaba un gran cariño y una gran admiración. Un día, mientras cenaban, Remigio se sintió tan cuidado por su hermana, tan querido, tan mimado, que le dijo sonriente:

—¡Mamita! ¡Qué comida más rica has hecho hoy!...—Ante esta ocurrencia tan espontánea, Paulina soltó una carcajada juguetona y traviesa y tomando una servilleta la arrojó sobre Remigio. Y la servilleta, muy blanca, abriéndose, cayó leve, incierta, como el pétalo de una enorme flor.

—Seremos felices, Paulina... ¡nada nos faltará!...

¡Ah!... ¡Qué lejos estaba de suponer entonces lo que acababa de ocurrirle. ¡Sin trabajo él!... Había llegado hasta la Plaza Cagancha y se sentó en uno de los bancos. Seguía dominado por el mismo estado de atontamiento. Cerca suyo jugaban algunos muchachos. Pasó el trencito tirado por carneros y

se detuvo un poco más allá. Recordó que, cuando muy chico, su madre le traía a la plaza, por las tardes y él se divertía muchísimo, prendido del freno, mientras azuzaba a los carneros, remolones y perezosos como bueyes. Pero tras este recuerdo amable apareció la realidad:—"No tienes trabajo, no tienes trabajo!..." ¿Cómo contárselo?... Tuvo un estremecimiento intensísimo y agarrándose la cabeza con ambas manos, se sacudió en el banco. No había pensado en eso y le tomaba de sorpresa, le llenaba de miedo. Hizo un esfuerzo, se puso a pensar, a reflexionar. El cerebro no le obedecía. ¡Ah!... ¡si él tuviera más edad; si tuviera veinte años!...—Entonces, una sirvienta, que había ocupado un asiento en el mismo banco, se le acercó, diciéndole:

—Oye, muchacho. Qué tienes?...

Remigio se volvió hacia ella sin contestar.

—Sí, ¿qué tienes?... prosiguió la mujer.—¿Estás enfermo?...

—No, yo no...

—Sin embargo, estás sufriendo...

—No... no tengo nada—contestó—no tengo nada.

Miró en torno y al sentirse observado, tuvo vergüenza. Dejó el banco y empezó a caminar hacia afuera, siempre por la Avenida. Se representaba a su hermana esperándole, risueña, con la cena preparada. ¡Si al menos lo sospechase, si ella lo comprendiese todo!... Pero de pronto tuvo una idea. El no diría nada, no, nunca. Mentiría, era preferible mentir.

Cruzaba en este momento por la Plaza Artola, en dirección a Colonia y le había parecido tan buena su idea que, casi sonriente, se detuvo junto a un banco, respirando con alguna libertad. Era como si en él, repentinamente, hubiese cesado un gran dolor físico.

Más animado, continuó andando. Siguió por Co-

lonia, con la intención de bajar por Yaro. Eran las seis y veinte.

Sí, sí, callaría, ni una palabra. Era lo mejor. Tiempo tendría para arreglarse. De otro modo... ¿cómo era posible que él le dijera a su hermana: "¡Eh!... Paulina... estoy sin trabajo y, mientras yo esté cesante, tendrás que trabajar, porque tú no eres persona de quedarte con los brazos cruzados. Y si tú trabajas te enfermarás"... ¡Ah!... ¡No, no, no es posible!...

Una rabia súbita se apoderó de él. Cerró los puños, se mordió los labios. No, no le diré nada, nada, nada... ya encontraría ocupación al día siguiente. Y continuó decidido a callar.

Pero al encontrarse en Yaro y Uruguay, dos cuadras antes de su casa, le acometió un desasosiego, un miedo especial, indefinible. Avanzaba con lentitud y temía llegar. De buena gana hubiese dado un gran rodeo. ¡Qué doloroso, repetíase, qué doloroso!... Esto no me ha pasado nunca.

Al llegar a la calle Paysandú, se paró en la esquina. No sabía cómo hacer. Temió que llegando más tarde que de costumbre, su hermana sospechase algo. Entonces se decidió.

Sombrío, indeciso, se dirigió lentamente hacia la casa de inquilinato. En el corredor encontró a varios conocidos que le saludaron sonrientes. El hizo un esfuerzo y también sonrió, pero el corazón le tía con violencia, y cuando entró a la pieza, parecía un culpable descubierto en pleno delito.

Para suerte suya, Paulina no estaba. Llegó un momento después, momento que él aprovechó para reponerse.

—¡Ah!... bandido ¿ya estás aquí?...

Y lo besó con dulzura. El le devolvió el beso y dijo:

—Sí...

En otras circunstancias hubiese tenido muchas co-

sas que contarle, porque era muy charlatán y juguetón, cuando se encontraba con personas queridas. Pero ahora, su lengua estaba muda y cuando ella le miraba, él sentía miedo y volvía los ojos hacia otra parte.

Y aquella noche, precisamente, Paulina estaba muy alegre. Sirvió la mesa cantando y no cesó de bromear, mientras comían.

Su hermano hacía grandes esfuerzos por parecer contento. Seguía su conversación y reía cuando ella reía. Esto, al principio lo creyó fácil, pero luego fué experimentando un cansancio moral y los músculos de la cara se mostraron torpes, indóciles. Empezó a sentir un pequeño dolor en la frente, un dolor que le bajaba hasta los párpados. "Nunca me ha pasado esto—repetíase—nunca... ¡si ella supiese!..."—Y se sentía impotente para el disimulo. ¡El, tan fuerte, tan sano, tan bueno!... ¿No sería mejor que se lo dijese todo, ahora, ahora, mientras ella lo miraba?... —Pero al momento se arrepintió de su intención. ¡La vió tan tranquila, tan feliz!... No, no... eso sería una cobardía. ¡Qué sufriese él, bueno, pero ella!.. No obstante, Paulina, que al fin notaba algo anormal en Remigio, le preguntó con curiosidad:

—¿Sabes que estás raro esta noche?... ¿Te pasa algo?...—El respondió con viveza:

—¿A mí?...—y abrió mucho los ojos, porque le pareció que con ello convencería a su hermana—¿qué quieres que me pase?... ¡Ja, ja, ja!...—y se movió buscando pretexto para no mostrar la cara. Por un instante pensó que todo se había descubierto, pero hizo un esfuerzo supremo y, cuando miró a su hermana, presentóle el rostro tranquilo, sonriente... La tempestad de su alma estaba invisible, bien adentro. ¡No la mostraba por bondad, por orgullo!...

Aquella noche se acostaron muy temprano. Remigio daba vueltas en su catre, nervioso, queriendo

olvidarlo todo para poder dormir. Pero dieron las doce y aún estaba despierto. Oía la respiración regular de Paulina que descansaba profundamente.

—Si yo hubiese hablado no estaría tan tranquila —pensó.—Mañana me levantaré temprano, mañana me levantaré temprano... — después, rendido, se durmió. Y como sucede generalmente, cuando el espíritu está mal dispuesto, tuvo un sueño malo. Soñó con una inundación: el agua muy turbia llevaba en su marcha cadáveres y muebles, arrasados por la corriente. De pronto oyó la voz de su hermana que lo llamaba angustiosa... La vió a alguna distancia, haciendo esfuerzos desesperados por salvarse. El se acercó hacia ella, nadando con vigor, pero, por más que nadaba, no podía acercarse y Paulina se moría.

Despertó a las seis y aun no había abierto los ojos, cuando un pensamiento frío y brutal le detuvo la respiración: "¡Ayer te echaron, ayer te echaron!"... —Se sentó de golpe, miró en torno y fué recordando. La verdad se le presentó en toda su rudeza. La esperanza de que fuese una pesadilla duró apenas unos segundos.

Vistióse y se levantó en silencio. Paulina dormía aún. Cuando estuvo pronto, escribió de prisa, sobre el reverso de un programa de biógrafo: "Ayer me olvidé de decirte que hoy necesitaba llegar a la fundición media hora antes. Hasta luego".—Y dejó el papel en un sitio bien visible.

Cuando se encontró en la calle, vaciló un momento, sin saber qué dirección tomar. ¿Adónde iba? No podía decírselo. Sólo tenía una idea, metida en su cráneo como un clavo: "Hoy tengo que hallar trabajo en cualquier parte". Llegó hasta Cerro Largo, subió hasta la calle Sierra y se dirigió por ella, hacia la Aguada.

Era una hermosa mañana de Diciembre. Pequeños grupos de obreros pasaban de prisa, casi corriendo. Los pitos de las fábricas sonaban aquí y

allá, mientras grandes bocanadas de humo, emergiendo de las chimeneas, ascendían con lentitud bajo un cielo límpido y sereno.

Una gran cantidad de vehículos ocupaba ya calzada. Dos tranvías de la compañía alemana pasaron, atestados de pasajeros, trabajadores de los frigoríficos que se dirigían al puerto.

Remigio andaba algo nervioso. Era la primera vez que se hallaba en unas andanzas tan críticas. Nunca la necesidad lo había apremiado con tanta insistencia. Sabía, estaba seguro de que, si bien le sería fácil encontrar alguna ocupación que le permitiese ganar un poco de dinero, en cambio, le sería difícil hallar una tarea que le diese para cubrir los gastos de la casa.

Al llegar cerca del Congreso, pasó ante una herrería. Se detuvo, miró hacia el interior; pero no se animó a entrar.

Remigio era tímido. Carecía de esa desenvoltura que nos permite manifestarnos con libertad en todas partes. ¿Habría cosa más natural que presentarse en una fábrica o ante un establecimiento cualquiera y decir con entereza: "¿Hay trabajo para mí"?...—Porque el que pide trabajo, no pide un favor: todo el que trabaja da parte de su vida para los otros. Remigio lo entendía así, y, no obstante, no podía desprenderse de una inquietud que le entorpecía la mente. Vacilaba, no sabiendo si entrar o seguir de largo, cuando le hablaron desde el taller.

—¿Qué buscabas, muchacho?...—Era un señor alto, grueso, sin duda el dueño. Remigio entró entonces y quitándose la gorra, dijo todo cortado:

—¿No necesitan un trabajador?...—El hombre lo miró cual si lo midiera.

—¿Sabes herrar?...

—No, señor—contestó con franqueza—puedo hacer herraduras.

—No, no necesito... Quería uno que herrase o por lo menos que ayudase al herrador.

Hubo una pasa. Remigio, rápidamente, pensó que eso sería fácil de aprender. Con intentar no perdería nada.

—¿Y cuánto pagan?...—preguntó.

—Quince pesos y el almuerzo.

—¡Quince pesos!...—exclamó decepcionado.

—Y el almuerzo...

¡Oh!... ¡qué le importaba a él el almuerzo! Quince pesos no alcanzaban para nada. Se turbó, no sabiendo cómo decir que no. Luego, saludando torpemente, salió del taller.

Ya en la calle, continuó por Sierra hasta Agraciada. A poco andar se halló ante una gran fundición. Entró, sombrero en mano, y se encaró con el primer empleado que tuvo a su alcance.

—Un momento—le dijeron. Y transcurrieron quince minutos, veinte, media hora. Remigio comenzaba a impacientarse. Pasaban los individuos sin mirarle, como si no lo viesen. Todo daba la impresión del desorden. Se oía la barahunda del hierro, dominando el establecimiento como una matraca formidable.

Aburrido, empezó a pasearse igual que un soldado, cuando está de guardia. En una de esas, tornó a pasar el empleado a quien se había dirigido al entrar. Aguardó a que éste le hablara, pero, como viera que seguía indiferente a su presencia, le llamó:

—Señor...—El empleado se volvió:

—¿Qué deseaba?...—Remigio repuso, sorprendido de la poca memoria de su interlocutor:

—Usted me dijo que esperara un momento.—El otro pareció no recordar, pero exclamó de pronto:

—¡Ah!... sí... ¿Usted buscaba trabajo, no?... Sí, sí... espere un momento...—y le dejó mirando. Volvió a hallarse solo, entre los escritorios. Estaba fastidiado, impaciente. Le parecía que perdía el tiempo. Se animó a mirar por las ventanillas. Vió a

un hombre serio que examinaba unos libros de caja.—¡Si me mirara!...—pensó.—El señor, cual si lo hubiese oído, volvió hacia él los ojos. Remigio se animó y dijo lo que había dicho al otro empleado.

—Un momento...—respondió. Y tornando a mirar el libro, llamó en alta voz:

—¡Federico!...—Alguien repitió más adentro:

—¡Federico!...—A poco llegó un individuo muy flaco, que usaba anteojos, pecoso, rubio de azafrán. En llegando, dijo:

—¿Me llamaba?...

—Sí. Fíjese si hay trabajo para ese muchacho.—Este se dirigió a una mesa, tomó un libro y después de revisar unas cuantas hojas, se volvió diciendo:

—Hay dos vacantes en la fundición.

—Y... ¿cuánto pagan?—preguntó Remigio exaltándose.

—Doce pesos—dijo el rubio.

—¡Doce pesos!...—murmuró palideciendo.— Yo ganaba un peso y veinte centésimos por día.

—¿Dónde?...

—En la fundición Americana.—Y había en su rostro tanta contrariedad, tanto disgusto, que el hombre que examinaba los libros de caja le dijo como para consolarlo:

—¡Es una lástima! ¡Si hubiera venido ayer!.. Ayer se tomaron cinco obreros con uno cincuenta por jornal.

—¡Ayer!... repitió Remigio—y agregó, después de una pausa:—¿Entonces no hay?...

—No; siento mucho... más adelante tal vez...

Remigio se resignó y saludando con tristeza salió a la calle.

—¡Qué poca suerte!... ¡si hubiera venido ayer!... —Continuó andando hacia afuera. Amargas reflexiones le ocupaban la mente. Pensaba en Paulina, a quien había dejado engañada. Ahora ella quizá estuviese arreglando el cuarto; quizá pensase en las

compras que haría; en la comida para el almuerzo. Mientras tanto, él vagaba al azar, de un punto a otro, buscando trabajo a la buena de Dios.

Llegó hasta una fábrica de almidón. Allí le dijeron que para esas cuestiones tenía que entenderse con el capataz. Pero cuando éste, reclamado por Remigio, supo de qué se trataba, le mandó decir que no podía atenderlo.

Comenzaba a desalentarse. Impaciente por temperamento, ofuscado por la necesidad y demasiado joven para sobreponerse a las circunstancias, estos contrastes producían en su espíritu una viva inquietur, cruel y desconcertante. A ser un poco más sereno, hubiese comprendido que un empleo bien pagado, no se encuentra con la misma facilidad con que se pierde; a ser más sereno hubiese usado otros medios para conseguir lo que se proponía. Pero no: ahí andaba, solo, con sus diez y siete años, de un punto a otro, llamando en la primer casa que se le aparecía, como si la ocupación que él buscaba estuviese esperándolo en todas partes.

A las diez y media de la mañana se hallaba en el Paso del Molino. Había acudido a unos ocho o nueve establecimientos industriales y de todos ellos salió descorazonado, pesimista. Sospechaba que estaba perdiendo el tiempo.

Se había sentado para descansar, en uno de los bancos afirmados sobre el puente del Miguelete, en la calle Agraciada. Abajo, el agua, color pizarra, corría con fuerza hacia la bahía.

Cuando el reloj de la Junta dió la hora, Remigio pensó en el regreso. Tenía que estar en su casa a las once y veinte, como todos los días.

Se levantó con alguna pereza, porque se hallaba cansado. No obstante, después de haber andado unas cuadras, el cuerpo reaccionó y entonces pudo seguir de largo, firme, sin aflojar.

Llegó a la calle Yaro, con cinco minutos de ade-

lanto. Así que lo vió su hermana, le dijo a quemarropa:

—¿De dónde vienes, muchacho?...—Este sufrió un sofocón, pero alcanzó a decir con una relativa tranquilidad:

—¿De dónde quieres que venga?... Del taller...

—Pues no sé...—siguió diciendo Paulina, que observaba a su hermano con extrañeza.—Estás muy fatigado, tienes fea cara, hasta tienes ojeras...

—¡Bah!... ¡Bah!... déjate de ojeras...

Y comenzó a lavarse como hacía siempre antes de comer. Pero al peinarse ante el espejito que tenía colgado de la pared comprendió que su hermana tenía razón. Dos ojeras bien visibles, hacían resaltar el aspecto cadavérico de las órbitas.

Pero no se dió por vencido. Charló con su hermana mientras almorzaban. Jaraneó, rió y tuvo alabanzas para unos buñuelos de acelgas que Paulina había preparado con mucho gusto. Pero cuando, a las doce y cuarenta minutos, se encontró de nuevo en la calle, aquel estado ficticio le cayó de golpe. Y el dolor contenido, la aspereza, la desesperación, volvieron con mayor violencia.

Agobiado, con lentitud, tomó por Cerro Largo, hasta Gaboto, y por Gaboto subió con intención de llegar a 18 de Julio. Una vez en la Avenida, echó a andar hacia el centro.

Marchaba sin fe. Se sentía impotente, falto de energía y desorientado, cada vez más. Un momento, se detuvo, y cruzándose de brazos se preguntó:—"¿qué hacer?"...—Extendió su vista a lo largo de la calle, cual si la viera por primera vez. De pronto, le asaltó un recuerdo. Allá, a cuatro o cinco cuadras, tenía un amigo, un ex compañero de colegio, unos años mayor que él.

Se llamaba Francisco Stomba y a pesar de su excesiva juventud, era dueño de una tienda de bastante importancia. El padre regenteaba el estable-

cimiento, acompañando a Francisco casi todo el día.

Remigio, fortalecido por la esperanza, aceleró e paso. Hacía mucho tiempo que no veía a su amigo. Buscando en la memoria, recordó que, un año atrás, se vieron en la Playa, donde cambiaron algunas palabras.

¡Si lo tomaran!... Se echó a reir porque él no s entendía en cuestiones de tienda. Pero ya aprendería esforzándose para ello y en poco tiempo se pondría al tanto y llegaría hasta ser uno de los mejores empleados.

Llegó hasta Tacuarembó y 18 de Julio. La tienda ocupaba la parte baja de un gran edificio.

Remigio entró después de algunos rodeos, y encarándose con el primer empleado preguntó sin vacilación:

—¿Está Francisco?...—El empleado lo miró detenidamente, extrañado acaso que un muchachote vestido con la humilde ropa de un obrero se animase a preguntar con tanta confianza por el dueño de casa.

—Está—dijo al cabo, sin dejar de observarlo.—¿Qué desea?...

—Dígale que está Remigio Stangero; que desea hablar con él.—El empleado se alejó pensativo, y Remigio se puso a mirar para todas partes, percatándose de la importancia de la tienda por la amplitud del local, por la variedad de las mercaderías y el número de empleados que, muy bien vestidos y peinados, se mostraban amables, sonrientes, atendiendo a las señoras con mucha solicitud, para que no se fueran sin comprar nada.

—El señor Stomba me encargó le preguntara qué deseaba...—Remigio se amostazó.

—Dígale usted que quiero hablar con él.—Al quedarse solo pensó que las cosas se torcían de veras: pero no quiso creer. Esperaba ver a su amigo, acercarse afable, por entre los clientes y los maniquíes,

vestidos con la ropa de última moda. La realidad volvió a ser dura para con él. Apareció el mismo individuo quien, con un tonito algo rebuscado, le dijo:

—El señor Stomba le pide disculpas: está muy atareado y no puede atenderlo. Le ruega indique lo que deseaba.—Y todo esto el empleado lo dijo sonriente, con la misma expresión que pondría ante un cliente que acabara de hacerle una buena compra.

Remigio tuvo un acceso de rabia. Apretó los puños y dijo con acento fiero:

—Díga usted a Francisco que no necesito nada. —Y salió a la calle enceguecido como un toro.

Y caminó para cualquier parte. Las piernas lo llevaban sin que interviniese para nada su voluntad. Se sentía herido por lo que acababa de ocurrirle y a cada instante repetía:

—¡Parece mentira... ¡parece mentira!... —No podía comprender cómo aquel compañero de ayer le volvía la espalda. Siempre habían tenido buenas relaciones, aun cuando no se trataran con asiduidad. ¡Oh!... ¡si él lo hubiera previsto!... De pronto se sorprendió. Sin pensarlo se hallaba en la parte sur de la ciudad, andando por la calle Durazno, a la altura de Santiago de Chile. ¿Por qué estaba allí?...

Un momento después pasaba junto a un molino. ¡Si entrara!... ¡si allí hubiese trabajo! Observó un instante los altos paredones del establecimiento con sus ventanitas rectangulares, todo sucio de blanco. Pero no entró. Estaba derrotado y no podía decidirse. Le pareció inútil su esfuerzo y dijo en voz alta:—¿Para qué?...—Sin embargo, no había andado aún dos cuadras cuando cambió de parecer. Recordó a su hermana y la imagen de Paulina le dió calor, impulso, esperanza y de nuevo volvió a sentirse nervioso, como aguijoneado cruelmente por la necesidad.

Desde donde estaba alcanzó a ver el edificio de-

dicado a la enseñanza industrial. Sabía que allí estaban los Talleres Gráficos del Estado. Y fué hacia allí, de prisa, como si temiera llegar tarde.

Pero cuando entró, se fijó en un gran cartel que tenía impreso en grandes caracteres el siguiente anuncio: "No se necesitan oficiales ni aprendices". —Esta vez, Remigio soltó una exclamación de rabia. Estaba visto: era inútil.

Bajó hasta la Avenida Gonzalo Ramírez y se dirigió por ella hacia el centro. A poco andar encontró una carpintería. Escudriñó en el interior. Se daba perfecta cuenta que nada podía hacer en un oficio que desconocía por completo. No obstante, traspuso una puerta y se adelantó hasta una mesa, ante la cual un hombre medía sobre unos tirantillos.

Remigio se hallaba trastornado, dominado por la exasperación. Se parecía por momentos a esos enfermos que, ofuscados por un dolor físico, se echan un remedio sobre otro, sin esperar a que ninguno surta efecto.

—¿No habría trabajo para mí?...—El hombre no contestó en seguida; pero luego dijo, sin levantar los ojos:

—No; aquí hacemos todo entre nosotros.—Remigio oyó el no, y se fué sin aguardar lo demás. En la calle vociferó de nuevo y continuó su camino. Llegó así hasta la Usina de La Comercial y allí, de pregunta en pregunta, fué a dar hasta el capataz.

—¡Hombre!... hay para limpiar.

—¿Y cuánto pagan?...

—Doce pesos por mes.

Remigio respiró con libertad y sin reflexionar, dijo:

—¿Cuándo empiezo?...

—Venga el lunes. El lunes nos arreglaremos.— Cuando dejó la Usina, Remigio se sentía casi contento. No pensaba en nada: pero tenía la impresión de que acababa de librarse de un mal.

Se detuvo un momento a mirar la playa y bajó a la arena.

En ese punto, el mar entra, agitándose entre dos peñascos hasta los muros de las casas. Es una playa sucia, insegura, donde de tarde en tarde se ven carreros y caballerizos ocupados en limpiar las bestias. Sin embargo, en el rigor del verano algunos vecinos de los alrededores llegan a bañarse en aquella agua turbia y cargada de residuos.

Remigio bajó por donde bajan los carros y se acercó a un grupo de muchachos más o menos de su edad. Buscó un sitio donde sentarse y se dejó caer. Estaba deshecho. Las piernas se estremecían de cansancio.

Se puso a mirar. Los muchachos jugaban con una pelota de mano. Eran verdaderos tipos de playa curtidos por el sol, brutales y soeces. Corrían con gran agilidad, se decían expresiones obscenas y peleaban por cualquier insignificancia.

Remigio sacó un pañuelo, secóse el sudor, y pensó mirando hacia la Usina: hoy es viernes; mañana sábado, y es día de fiesta... Pagan doce pesos —aquí experimentó un ligero malestar. Quizá, en el fondo estuviese convencido de que la adquisición de ese trabajo no representa un triunfo. Pero echó a un lado ese asunto. Estaba abatido, indefenso. Su voluntad yacía como un escudo roto.

Se volvió para mirar a los pillastres. Estos habían dejado de jugar y se agrupaban sobre un peñasco. Luego, uno de ellos desnudóse en un santiamén y se arrojó al agua. Los demás hicieron lo mismo.

Era una algazara. Vociferaban y se corrían, dándose todo género de bromas. El último en desnudarse, en vez de tirarse al mar en una zambullida, como los otros, se deslizó por la piedra y empezó a andar lentamente con el agua sobre el pecho.

—¡Qué frío!...—exclamaba achuchado. Entonces, uno de sus compañeros, tomando dirección, des-

apareció de la superficie y furtivamente se acercó a él. Cuando lo tuvo a tiro le echó un manotón a las piernas y prendiéndose de una de ellas, empezó a tirar con fuerza. El otro, sorprendido, dió una voltereta y cayó de espaldas. Al principio no lo tomó mal, pero como su compañero continuara llevándolo a remolque se enojó y empezó a insultarlo. Los demás reían y se burlaban de él.

—¡Te lleva el tiburón, te lleva el tiburón!...— La cosa no quedó ahí. El bromista se amoscó a su vez y soltando la pierna se acercó, amenazándole con los puños cerrados. Pero contra lo que todos esperaban al parecer, fué recibido por un fuerte golpe en la cara que le dirigió su contrincante. Y ahí se trenzaron. Era de ver aquella pelea con el agua hasta los hombros. Los otros aplaudían. Se formaron dos bandos; quienes iban a favor de uno, quienes iban a favor del otro, exitándolos con dicharachos y advertencias.

Esto produjo a Remigio un efecto desastroso. Le causaba una viva repugnancia aquella manifestación brutal, las expresiones groseras, los gestos burdos y especialmente la desfachatez que animaba todos sus actos. Tenía ante sus ojos azorados un cuadro de la degeneración moral. Para aquellos seres, posiblemente la familia nunca tuvo un instante de afecto. No supieron de la caricia, de la ternura materna, de la inteligente solicitud del padre. La infancia fué para ellos el ejercicio de los impulsos malos. No conocieron el amor y se hicieron insensibles; conocieron el hambre y se hicieron perversos.

La riña había terminado y uno de los muchachos tiró una pelota de mano con toda su fuerza hacia fuera. Se inició entonces una carrera a nado porque ya ninguno de ellos hacía pie.

Eran diestros, duchos, ágiles. Habían corrido un buen trecho en una misma fila; pero algunos empezaron a quedar rezagados. Estos recurrieron al mal

juego. Se colgaban sobre el costado del que llevaban delante y al bracear alcanzaban el hombro del compañero y se prendían de él. Se oían risotadas y protestas.

Remigio pensó: ¡Si me bañara!... El agua lo atraía. Su cuerpo cansado le pedía el baño. Y ocultándose todo lo que pudo tras unas piedras, fué quitándose la ropa. Le molestaba que pudieran verlo completamente desnudo. Pero los únicos que estaban en la playa eran los muchachos, que, además, no se ocupaban de él.

Entró en el agua haciendo pininos sobre las piedras y cuando estuvo bajo sus plantas la arena blanda como un tapiz, se echó de frente, manoteando sin orden alguno, haciendo como que nadaba y sumergiéndose a veces a pesar suyo. Pera era un placer para sus miembros doloridos, la tibia caricia del mar.

Los muchachos regresaban ahora, siempre a nado, silenciosos, preocupados en llegar. Se les veía avanzar hacia el peñasco en línea recta. Algunos, debilitados quizá, se echaban a la plancha y una vez repuestos, proseguían la marcha.

Llegaron a tierra firme y se vistieron mientras hacían comentarios. Uno contaba que había sufrido un calambre en la pierna izquierda; otro que había sido picado por un aguaviva; aquél refería con asombro que había tocado con el pie una cosa muy blanda y pegajosa.

En este momento se produjo una escena inesperada. Cuatro guardia-Civiles surgieron de entre las piedras, y se corrieron hacia el peñasco. Fué una cosa rápida que no dió lugar a ninguna tentativa. Uno de los muchachos quiso arrojarse al agua, pero comprendiendo, sin duda, la inutilidad de lo que se proponía, reaccionó y permaneció como los demás, mirando socarronamente a los representantes de la autoridad.

—¡Cayeron!...—decía un guardia civil, moreno, alto, con una cabeza de orangután.—¿No les avisé el otro día?—¡Si no hay matrero que no caiga!...— y al sonreir, mostraba sus dientes blancos y poderosos. Remigio observaba con profunda desconfianza. Más o menos se imaginaba lo que ocurría. Temeroro, salió del agua, púsose a vestir y vió que los muchachos eran atados con una gruesa cuerda.

No bien se hubo calzado los botines se levantó. Estaba medio vestido, pero las circunstancias apuraban. Abrochándose empezó a caminar y cuando quiso subir por donde bajan los carros, fué detenido.

—¡Eh!...¡Eh!... ¿a dónde vas?... — Era un guardia civil, que se acercaba a él, sosteniendo el machete con la mano izquierda, para tener las piernas libres en el caso de que Remigio intentara disparar. Pero éste se quedó pálido, inmóvil, como petrificado.

—¿Eh?... ¿yo? — atinó a decir con la voz muy apagada.

—Sí; el mismo, si Dios quiere. Vamos andando.

—¿Yo?... — tornó a decir, anonadado hasta la estupidez.

—Sí, hombre; sí. ¡Hala!... — y lo tomó por un brazo, brutalmente.

Los otros, atados ya, contemplaban la escena, unos serios y otros riéndose.

Cuando llegaron al peñasco, Remigio se detuvo repentinamente.

—¿Por qué me prende usted?... Yo no he hecho daño a nadie. Me he bañado: eso es todo.

El Guardia Civil se reía.

—No, señor; no he hecho nada, se lo juro a usted.

Entonces, el policiano, en vez de reirse, se mofó de él. Acostumbrado por regla general a tratarse con la gente de peor especie, aquel: "se lo juro a

usted", dicho con calor y sinceridad, le hacía una gracia irresistible. Empezó a repetirlo sarcásticamente y esto produjo entre los demás Guardias Civiles el mismo efecto.

Remigio se sintió ofendido y preguntó casi colérico:

—Entonces ¿por qué me llevan?...

—Ya te lo dirán en la comisaría. Por ahora hay que tener paciencia. — Uno de los pillastres intercedió a favor de Remigio:

Si ese no vino con nosotros. ¿No ven que no es del barrio?...

—Cállate la boca — ordenó el moreno.—¿Quién le pregunta nada?...

—¿Para qué lo llevan?...

—Que se calle la boca, ordeno.

—Ni que fuera jefe político — agregó otro.

—Te voy a dar jefe político... — y amenazó con el pie.

Era evidente que los muchachos trataban a los representantes de la autoridad con mucho más soltura y que hasta se burlaban de ellos, sin demostrar temor. Estaban acostumbrados. Diariamente eran corridos y cuando no podían escapar se entregaban tan frescos, como si aquello fuese una obligación de sus tareas.

—Vamos — dijo un cabo — y empezaron a andar, camino de la comisaría..

Eran siete, con Remigio. Marchaba atrás, atado junto a un muchacho rubio y flaco. Y demostraba tal estado de aturdimiento, que éste le dijo:

—¡Qué bobo! ¿Tienes miedo?... — Iba a decirle: — "no; no es miedo lo que tengo" — pero sólo le echó una mirada como dándole a entender que había oído.

La gente miraba la extraña comitiva que por todas partes provocaba la risa y el buen humor. Muchos curiosos se asomaban a las puertas. Chiquili-

nes y muchachotes aparecían corriendo por distintas calles y formaban ya un grupo de treinta o cuarenta individuos que acompañaban a los presos. Aumentaba el bullicio y se encendía la algazara como en una fiesta. Una voz potente preguntó de lejos:

—¿Por qué te llevan, Mejillón?... — Tres o cuatro bandiditos de aquellos, se habían puesto delante de todos y bailaban, haciendo piruetas y manejando escobas invisibles. Uno gritó:

—¡Vivan Los Esclavos de Nyanza!... (1).

El número de los acompañantes crecía sin cesar. Un hombre que estaba parado junto a un despacho de bebidas, dijo a otro:

—Ahí van los de la pedrea del lunes.

El cortejo se estrechaba cada vez más. Se hablaba con los presos y se les daba cigarros. Los Guardias Civiles trataban inútilmente de correr a la muchachada. Escapaba por un lado y volvía por el otro. Alguien gritó con imperio:

—¡Que los suelten!... — Y muchos dijeron en distinto tiempo:

—¡Que los suelten!... — Los guardias civiles quisieron imponerse, pero no lo lograron. La cosa empezaba a ponerse fea. Un mozalbete, con una navaja, intentó cortar la cuerda que unía a los cautivos. Se había formado un corro que decía:

—¡Suéltenlos, suéltenlos!... — Aquello amenazaba degenerar en escándalo y los Guardias Civiles, temiendo ser impotentes, empezaron a soplar en los pitos. Un momento después, aparecieron, primero un cabo, luego un sargento. Los cascos de sus caballos despedían chispas. La multitud se arremolinó y comenzó a dispersarse a la desbandada. Algunos en su afán de huir, rodaron por el em-

---

(1) Sociedad carnavalesca de Palermo.

pedrado. Una mujer, desde un balcón, gritaba como loca:

—¡Ah!... ¡que lo matan, que lo matan!...

En una puerta cerca de donde se producía el tumulto, una nenita de siete u ocho años, con un pedazo de tortilla en la boca, lloraba desesperadamente. Un tranvía de La Comercial, que se dirigía a la playa, se detuvo y los pasajeros se asomaban por las ventanillas. Algunos mirones se reían a carcajadas. Y en medio de esta escena tumultuosa, escena de arrabal, Remigio permaneció inmóvil. Un sentimiento de vergüenza, hondo y trascendental, lo mantuvo como una estatua, sin ver, ni oír: parecía que un muro se hubiera interpuesto entre él y la multitud. Se dió cuenta de que algo bochornoso estaba ocurriendo y sentía sobre sí el peso de las miradas. Llegó un momento durante el cual le flaquearon las piernas, se sintió exhausto y preveía el instante en que iba a caer de rodillas. Tuvo necesidad de apoyarse en el hombro de su compañero, diciéndole para disculparse:

—Me duele mucho la cabeza.

En realidad se sentía incomodado. Le ardía la cara y un fuerte dolor le tomaba toda la frente, cargando sobre el lado izquierdo, hacia los ojos.

Cuando llegaron a la comisaría, los metieron en un cuarto y después de desatarlos, los dejaron solos. La habitación estaba llena de tablas y caballetes. El sol entraba por la banderola de la puerta y formaba un triángulo de luz en una de las paredes.

Los pillastres se unieron alrededor de una mesa y se pusieron a hacer comentarios sobre lo que acababa de ocurrirles. Remigio se aisló, sentándose sobre un banco, en un rincón.

En cuanto estuvo quieto, la imagen de Paulina surgió en su cerebro como una luz, y la alegría, la ternura, el amor, despertaron en él repentinamente. Pero al recordar a su hermana, recordó también, a

pesar suyo, la situación desesperante por la que atravesaba. Rápidos desfilaron por su memoria los incidentes del día. Todo era amargo, sin esperanzas. Verdad que había conseguido trabajo en la Usina... Sin embargo, ¿qué era eso?... Luchar todo el día, todo el día, y doce pesos por mes. ¿Para qué alcanzaban? Con seguridad que Paulina se vería obligada a trabajar.. No... no, no iría a la Usina. ¡El necesitaba otra cosa, otra cosa!... Y al pensar esto, se quedaba a oscuras, completamente, sin saber qué hacer.

Era tan visible su desdicha, que uno de los muchachos se acercó a él.

—¡Eh!... ¿qué tienes tú?... — Este se volvió y dijo lentamente:

—Me duele mucho la cabeza. — El pillastre comprendió que no quería hablar y alzándose de hombros, se alejó, dejándolo solo.

Remigio siguió cavilando bajo el ala sombría del dolor. Y súbitamente, como si alguien le dictara las palabras, oyó con una nitidez sorprendente: — "no se olvide, Stagnero, piénselo bien: si se decide a dar una explicación, aquí siempre habrá trabajo para usted".

Se arqueó, echó una mirada oblícua y se mordió el puño. Tenía un aspecto de demonio contenido, y su voz interior se pronunció formidable en todo su cuerpo, como bajo la bóveda de un templo: ¡no!..

Sofocado, cual si pudiera agarrar lo que sentía, trataba de disipar de su mente la clara visión del taller donde había trabajado tanto tiempo. Pero, a despecho suyo, los recuerdos llegaban. Las palabras del gerente volvieron a sonar una, dos, tres veces. Todo se desencadenaba contra él. En esos instantes, su memoria era como una llaga ardiendo.

No obstante, su espíritu indómito comenzó a ceder. Inevitablemente púsose a pensar en la fundi-

ción. Representábase su mesa de trabajo, sus queridadas herramientas, la pequeña fragua que tenía para usos comunes. Veíase entrar, por la mañana, junto a sus compañeros, animoso, rebosando alegría en su alma y en sus músculos; veíase con la blusa azul, en alpargatas, suelto, ágil y emprender la tarea, canturreando sus canciones preferidas. Entonces su memoria ya no fué una llaga ardiendo. Sentía tristeza y algunas lágrimas cayeron de sus ojos. Recordó de nuevo las palabras del gerente, pero esta vez no produjeron en su espíritu ni la exasperación ni la cólera. Ahora dudaba. Comprendía que yendo a la fundición conseguía salvarse. En cambio, el hecho de dar una explicación a aquel presuntuoso, que lo había humillado sin miramiento alguno, le parecía duro y difícil. No obstante, si él hablara con el gerente... bien pudiera ser...

Estaba casi decidido, cuando abrieron la prisión. Era un Guardia Civil.

—Vengan — dijo. — Remigio olvidó de pronto todo lo que se relacionaba con el trabajo. Abrió mucho los ojos. Estar detenido le parecía un sueño. Se hizo toda clase de preguntas. ¿A dónde los llevarían? ¿Qué pensaban hacer? Estaba decidido a protestar su inocencia ante quien correspondiese. No: tendrían que dejarlo en libertad.

Salieron amontonados y fueron conducidos a un escritorio. Allí, además de tres hombres uniformados, se encontraban dos señores de particular.

—¡Mejillón!... — dijo uno de los oficiales, mirando hacia un lista — que se adelante Mejillón. Uno de los muchachos se desprendió del grupo y dijo:

—Presente. — Era alto, morocho, de movimientos desenvueltos. Parecía el jefe de la comandita. El oficial empezó a interrogar, y tan pronto callaban todos como hablaban todos. Por momentos nadie se entendía. Intervino otro de los personajes

uniformados y el asunto se complicaba cada vez más. Lo único que Remigio sacaba en limpio era que los muchachos, en la semana anterior, habían deshecho a pedradas la vidriera de una zapatería.

—¿Y tú?... — preguntó un señor que estaba sentado. Se hizo el silencio. Remigio, que se mantenía en la cola, medio oculto, se adelantó hacia el comisario. Apenas podía pronunciar las palabras. Tenía el rostro encendido y se mostraba nervioso. Cuando le fué posible, dijo:

—Yo no he hecho nada, señor.

—¿Cómo se explica?...—Remigio contó la verdad y a medida que iba contando, el sentimiento de vergüenza volvía a apoderarse de él. Todos le miraban sin mover los labios. Al fin, después de una pausa, concluyó diciendo con un asomo de orgullo:

—Yo nunca entré en una comisaría.

—¿Y cómo te llamas?...

—Remigio Stagnero. — El comisario le miró los ojos profundamente y le dijo, señalándole una silla:

—Siéntate. — Esta invitación aturdió a Remigio. — Siéntate... — tornó a decir el señor, insistiendo con un gesto de bondad. Entonces obedeció, mientras le comisario, dirigiéndose a un oficial, hablaba con expresión severa.

—Pues ya se han equivocado ustedes. — Este se inclinó, manifestando condolerse por el error.

Los demás detenidos fueron nuevamente conducidos a la prisión. En el escritorio sólo quedaron el jefe y Remigio. Medió un silencio. El comisario preguntó:

—¿Eres de aquí?...

—No, señor... Vivo en la calle Yaro, entre Cerro Largo y Paysandú.

—¿Y decías que andabas en busca de trabajo?

—Sí, señor... desde esta mañana, desde las seis...

Y el comisario le oía con tanta atención, parecía tan interesado por sus cosas, que Remigio fué hablando y lo contó todo, todo, menos que volvería a la fundición. Al llegar aquí enmudeció de golpe y por la primera vez en su vida, tuvo la impresión de que haría algo malo, indigno de él. Fueron unos segundos de amargura. Luego agregó:

—Sólo he hallado trabajo en la Usina.

—Está bien — dijo el comisario. — Has sido detenido injustamente y te pido que me perdones. Los Guardias Civiles no supieron distinguir.

—Señor... Es usted demasiado bueno.

—Debes haber pasado un mal momento atado con esos forajidos.

—Sí, pero ya pasó...

—Es cierto, ya pasó. Mala suerte... Muchas veces dependemos de la suerte.

—¿Verdad?... — exclamó Remigio con calor.

—Sí... Pero esto no quiere decir que, a veces, las cosas no dependan de nosotros.

El comisario hablaba como un pensador, aunque parecía olvidarse de la edad de su interlocutor. No obstante, éste comprendía. Era inteligente por naturaleza y, además, cuando se sufre, el pensamiento se hace agudo como un rayo de luz.

—Sí, — prosiguió el señor — a menudo suele ocurrirnos que hacemos esto o aquello, porque nos hemos propuesto hacerlo, porque tuvimos la voluntad de hacerlo. En cambio, no es extraño que, de pronto, nos sintamos sorprendidos ante una acción que hemos realizado y que nunca hubiéramos querido realizar, o de hallarnos en lugares donde nunca hubiéramos querido hallarnos, o de haber dicho palabras que nunca hubiéramos querido decir.

—¡Oh!... es verdad, es verdad... Igual que a mí, señor... Yo nunca pensé estar aquí, nunca pensé...

—Es cierto. Pero no hay que desesperar. Al fin

de cuentas es un consuelo comprender que, a veces, existen fuerzas superiores a nosotros, fuerzas que podríamos llamar ajenas y que nos arrastran, nos doblan, como se doblan los tallos embestidos por el huracán. No siempre se puede decir que no.

Aquí, Remigio quedó boquiabierto. El corazón le saltaba en el pecho con violencia. El no había comunicado al comisario que volvería a la fundición, pero éste hablaba de un modo que parecía adivinarlo. Faltó poco para que se lo refiriese todo. Sentía la necesidad de la confidencia. Pero el señor continuó:

—A veces el azar nos es favorable y tenemos lo que se conoce con el nombre de "buena racha". Entonces todo nos da la ilusión de que se dispusiese para hacernos felices. Yo, en cierta ocasión, le salvé la vida a dos hombres del modo más casual.

—¿Cómo?... —preguntó Remigio, animado por el tono paternal del comisario.

—Verás. Yo era comisario en Florida, hace ya algunos años. Una tarde me hallaba en una estancia y a eso de las cuatro hice ensillar y partí para la ciudad.

Montaba un caballo oscuro, un notable animal, pero mal domado. Por cualquier pretexto se acordaba de que había sido potro, y volvía a las andadas, como si nunca hubiera conocido el freno.

Hacia la media hora de marcha, un maldito zorrillo lo cruzó casi tocándole el hocico. Empieza el caballo a saltar y a llevarme el brazo, y yo a llamarlo y a acariciarlo. Cada vez se ponía peor. Recurrí al rebenque: nada. Parecía que un diablo estaba bailando ante él. De pronto, después de dar un bote fenomenal, se lanzó por una portera. De cómo pasamos... nunca me lo explicaré. Es probable que hayamos saltado sobre ella. Lo cierto es que me vi dentro de un potrero, llevado por la bestia desbocada. Un peligro nos amenazaba. El terre-

no era pedregoso y muy quebrado. Sospechaba que al menor tropiezo, yo y la bestia nos estrellaríamos contra el suelo. En vano hacía esfuerzo por detenerlo. Corría resoplando, cuesta abajo, hacia un arroyo. Perdida toda esperanza, sólo tuve la precaución de estar en condiciones de poder librarme de los estribos.

Así anduvimos bastante rato. Por momentos, el animal adquiría mayores bríos. Yo sabía que, por suerte, los costados del arroyo no eran barrancosos por ese paraje.

"Menos mal — me dije — nos daremos un baño y te pararás". Nos faltaban aún doscientos metros para llegar, cuando me pareció oír que alguien gritaba. Puse atención, toda la atención de que era capaz en ese momento, tan crítico. La voz no se hizo esperar. Pero esta vez oí perfectamente la palabra "¡socorro!", repetida angustiosamente. El caballo seguía indócil a las riendas. No obstante, era tal mi ansiedad que a mangazos lo hice torcer en la ruta. Pronto me cercioré de lo que pasaba. Me bastó un golpe de vista. En mitad del arroyo, un hombre se sostenía de algo así como un tronco que flotaba a medias; con el otro brazo, sostenía el cuerpo de un joven, desmayado, al parecer.

Nos metimos en el agua. La bestia que por instantes había obedecido, volvió a encabritarse. Piafaba manoteando y se levantaba de tal modo sobre las patas, que tuve necesidad de prenderme del pescuezo. Pero entró, tanteando con sus cascos el terreno movedizo y cuando empezó a nadar le solté las riendas.

La bestia luchaba contra la corriente y yo la guiaba a palmadas. La proximidad de la salvación dió ánimo a los infelices. Me aseguré el rebenque en la mano y se lo tendí al más debil, quien se prendió de él con todas las fuerzas que le restaban. El otro se agarró del cojinillo.

Así salimos, no sin antes haber experimentado unos cuantos sustos, porque el arroyo parecía empeñado en llevarnos a los cuatro.

Después de disipada la primera impresión, me preguntaron de qué modo yo sabía que ellos se encontraban en una situación tan terrible.

—Verán — les dije — Mi caballo es casi un potro. Un zorrillo que estaba oculto entre unas matas lo asustó. Perdió el freno, comenzó a saltar, pasó por una portera que debe tener como dos metros de altura y corrió enloquecido por ese potrero, hasta llegar aquí. Recién entonces yo supe que la vida de ustedes peligraba. — Los dos se miraron atónitos, sin saber qué decir. Luego, uno de ellos, que era creyente, se puso a rezar.

Hubo un silencio. Remigio estaba emocionado.

—Y... ¿hace mucho tiempo?...

—Sí, unos veinte años... — Hizo una ligera pausa y agregó pensativo: — Yo era muy joven... cuando era jinete... ¡ya lo creo!...

¡Ah!, ¡qué cariño sentía Remigio por el comisario! Cuando llegó el momento de despedirse, le había tomado una mano y no podía soltársela. Decía:

—¡Qué bueno es usted!... ¡qué bueno es Vd.!...

Entonces el señor se levantó y le dió unas palmadas en el hombro.

—Tú también eres bueno... Tienes el sello de la bondad en la cara. Y ahora vete. Ojalá no cambie tu temperamente. Donde quieras que vayas, la dicha irá contigo. ¡Adiós!

—¡Adiós!... — contestó Remigio. — ¡Adiós!...

Se apretaron nuevamente las manos y Stagnero salió, cabizbajo, con paso inseguro, lleno el pecho de una extraña alegría. Cuando llegó a la esquina y como tuviera que tomar otra calle, se volvió para mirar por última vez. El comisario había salido al balcón y lo saludó con un gesto.

Remigio se detuvo un segundo y dijo en alta voz:

—¡Adiós!... y prosiguió andando. Al cruzar la Avenida 18 de Julio, oyó dar las siete. Se apuró. Iba con media hora de atraso.

Se hallaba bajo la influencia de un gran desorden interior. Tan pronto pensaba en Paulina, como se representaba la escena de la tienda donde había sido tan mal tratado por su ex amigo; ora se creía en la comisaría hablando con el jefe, ora en la playa bañándose o conducido como un malhechor; ya sufriendo la ilusión de encontrarse en el puente del Paso del Molino, mirando hacia abajo mientras el Miguelete corría con fuerza, conduciendo sobre su lomo ramas tronchadas y plantas desprendidas de las orillas.

Cuando llegó a su casa, Paulina lo asedió a preguntas.

—Tú no tienes la cara de todos los días. No, no... ¡qué esperanza!...—El protestaba débilmente, pero protestaba.

—No lo dudo. Hoy he trabajado muchísimo. ¿No ves que mañana es día feriado?...

Ella parecía admitir la explicación. Después hablaron de otros asuntos. Se acostaron temprano.

Remigio cayó en la cama deshecho, con los miembros doloridos. Su cuerpo tendía a la inmovilidad. Y al quedarse dormido tuvo la impresión de que se hacía liviano, muy liviano, hasta desaparecer como una bocanada de humo.

Al otro día, sábado, a las diez de la mañana, Remigio llamaba en la casa del gerente de la fundición. Un sirviente lo hizo pasar a un pequeño escritorio, donde esperó unos minutos. Durante ese tiempo se entretuvo examinando los cuadros. Estaba tranquilo. Su resolución de volver al taller se había gestado por grados, insensiblemente. El mismo se sorprendía de la facilidad con que iba a hacer una cosa que dos días antes le parecía imposible. Agotadas sus energías morales en una lucha breve, pero

demasiado intensa para sus años, sin una defensa que le permitiera rehacerse, solo frente a todo, se sintió perdido, débil, impotente.

El único ser a quien hubiera podido recurrir era su hermana y esto él se lo tenía prohibido absolutamente. Era lo que restaba de su orgullo: un girón de bandera que flameaba aún sobre la derrota. Ahora se entregaba: era necesario. ¡Y que Paulina no lo supiese nunca!...

El gerente entró, de bata y fumando en pipa. Al ver a Remigio le tendió la mano.

—¡Oh!... ¿Eres tú..., Stagnero?... ¡Vaya!... ¡qué buena idea has tenido!... Siéntate, siéntate... Te extrañan mucho por allá.

—Yo quiero trabajar—contestó Remigio—quiero ganar lo que ganaba. Si usted puede hacer algo por mí, yo se lo agradeceré mucho.

—¡Pues sí!... cómo no!... Si tú, en vez de enojarte, hubieras dicho cualquier cosa, todo se hubiera arreglado. Pero te advierto que te portaste como un hombre,—es decir, como pocos hombres... ¡Me gustó mucho tu actitud... ya lo creo!... ¡Se ve que hay vergüenza, amigo mío!...—Remigio tenía la fulguración especial del ascua que se extingue. Miraba hacia el suelo obstinadamente, y sus dedos se aferraban en los brazos del sillón.—¿Pero qué?...—continuó el gerente, que en su casa parecía un hombre completamente distinto—no siempre se triunfa. Hay que tener paciencia. Yo también, como tú, fuí un muchacho pobre, como tú valeroso y honrado como tú... Y tuve que soportar muchas injusticias, humillaciones... ¡Uf!... todo lo que se pasa... para llegar a ser algo en la vida...

—Parece que sí—agregó Remigio con amargura.

—Pero aquí el caso es sencillo y yo te ayudaré.—En ese momento se oyeron pasos en el zaguán y el gerente dijo, después de haber prestado atención:

—Hombre, a propósito: llegas a punto.—Un sirviente apareció en la puerta y anunció:

—El señor Barboza.

—Adelante...—Y Barboza, el hijo de uno de los dueños de la fundición, traspuso la puerta, muy correctamente vestido y empuñando un bastón de paseo. Saludó al gerente con su tonito rebuscado y arrojando el gacho negro sobre un diván, se fijo en Remigio. Fué un momento áspero y que hubiera terminado mal. Se miraron desafiantes. Pero intervino el gerente, cachazudo y bondadoso.

—Es Stangero—dijo a Barboza—que ha venido porque desea volver al taller. El reconoce que tuvo un momento malo.—Barboza entonces cambió de actitud y empezó a mostrarse magnánimo.

—¡Ah!...—exclamó, como si no supiese de quién se trataba.—¡Es verdad!... es verdad: no me acordaba. ¿Usted es el 36?...

—¡Sí, señor!...

—A mí me extrañó mucho su conducta, muchísimo. Si seguimos así, ¿dónde vamos a parar? Nosotros pagamos a los obreros para que hagan lo que se les mande.—Remigio sentía una viva necesidad de replicarle; pero tragaba saliva. De vez en cuando miraba hacia el gerente cual implorando ayuda.—¿Es justo o no es justo?...—prosiguió hablando y dirigiéndose ya al uno ya al otro.— ¿A dónde vamos a parar?... ¡La rebeldía no se debe tolerar nunca, nunca!...—No tenía en cuenta que individuos como él, faltos de inteligencia y faltos de bondad, provocarían donde quiera que actuasen el descontento y la rebelión.—Ayer, sin ir más lejos, tuve que echar a otro obrero por una causa más o menos como la suya. Es muy malo lo que usted hizo, pero muy malo! Y después, si hubiera sido entre nosotros dos... pero delante de todos! No, no... ¿a dónde vamos a parar?...—Y empezó a pasearse por el escritorio cual si estuviera exasperado. Si-

guió luego un silencio embarazoso. Después, el gerente se acercó a Barboza y le habló en voz muy baja. El otro parecía replicarle y así estuvieron un ratito.

Remigio se sentía apesadumbrado y ya pensaba en marcharse, cuando Barboza dijo, dirigiéndose a él:

—El lunes, si usted quiere, puede volver al taller. Pero le advierto que tenga mucho cuidado, ¿eh?... mucho cuidado...—y se volvió, dando por concluído el asunto. Remigio dió las gracias y salió de la habitación paso a paso. Al retirarse dirigió hacia el gerente una mirada honda de agradecimiento.

Cuando estuvo en la calle se puso a reflexionar sobre lo que acababa de ocurrirle. ¿Estaba alegre?, ¿estaba triste?... A veces levantaba los hombros como en un extraño ritmo de sus pensamientos. Presentía que había conquistado su empleo a cambio de algo muy grande. Entonces, haciendo un gran esfuerzo mental, trató de pensar en cosas muy distintas. Se imaginó un partido de football donde había mucha gente que gritaba y alentaba a los jugadores. No obstante, su sufrimiento moral reaparecía. Era un dolor triste, desteñido, como los dobles lentos de una campana.

IV

El lunes fué al taller. Sus compañeros se sorprendieron. Todos sabían que había sido despedido y no se explicaban cómo volvía igual que siempre. Lo recibieron con muestras de alegría y le hicieron mil clases de preguntas. Contestó, mitad en broma, mitad en serio. Sólo cuando se vió libre, entre cuatro o cinco obreros de los más conocidos, refirió la verdad. Uno de ellos, padre de familia, le pegó en el hombro, diciéndole:

—¡Paciencia!... hay que tener paciencia, Remigio. Otro se enojó y protestó en voz alta, asegurando que Barboza era un tirano y que concluiría mal. No faltó, por supuesto, el charlatán, de esos que todo lo hacen con la boca. Este se encaró con Stangero y le dijo:

—Si Barboza me hubiera hecho eso a mí, le rompo un fierro en la cabeza.

Sonó la pitada reglamentaria y entraron. El capataz ordenóle el trabajo y Remigio empezó la tarea.

Se sentía tranquilo, casi contento. Las horas transcurrían fáciles y por momentos se olvidaba de lo que había ocurrido. Entonces canturreaba como hacía siempre, cuando su espíritu estaba sereno.

A las once salieron para ir a cenar. Eran unos minutos de confusión. Los obreros aparecían en tropel por los portones y echaban a andar, de prisa, remando desmesuradamente con los brazos. Se formaban así pequeños grupos de trabajadores cuyos hogares coincidían en una misma dirección. Y esta marcha apresurada, sin tregua, les permitía el aho-

rro de los cuatro centésimos correspondientes al boleto del tranvía.

Remigio tomó por Cerro Largo, con tres compañeros más. Iban en fila, a paso tendido, esquivando con violencia a los transeuntes, corriendo al cruzar las bocacalles, aprovechando la línea recta cual si estuvieran empeñados en una carrera. De vez en cuando, alguno menos ágil o entorpecido por un obstáculo se quedaba rezagado. Pero entonces hacía un esfuerzo y volvía a ponerse en fila.

Andando así conversaban poco. Alguna que otra pregunta que era contestada con brevedad. Después el "¡hasta luego!" al separarse y nada más.

Aquella mañana uno preguntó:

—¡Ché!... Remigio. ¿Eres muy conocido del gerente?...

—Yo, no; como ustedes más o menos...

—Porque dicen que si no es por él, Barboza no te hubiera tomado.

Otro, sorprendido, sin duda, interrogó:

—¿Pero tú le pediste a Barboza?...

—Yo no le pedí nada—contestó Remigio, visiblemente mortificado.

—El capataz dice que sí—repuso un tercero. —Cuenta que fuiste a casa de él y le pediste que te disculpara.

—¡Miente!...—exclamó Stangero con acento de rabia.—Yo no fuí a casa de Barboza, yo no fuí... ¡Y no me hablen más de eso, hagan el favor!...—Tenía el rostro congestionado y sus ojos negros echaban chispas. Las preguntas cesaron. Uno dijo, con espíritu conciliador:

—No es para enojarse...—Cuando Remigio quedó solo, le faltaban aún seis cuadras para llegar a su casa. Estaba nervioso, calenturiento. Parecía que algo ponzoñoso se hubiese diluído en su alma. Se imaginaba siendo el objeto de la habladuría general. Este diría aquello, esotro añadiría un pedacito, lo que

más le agradase. No le extrañaría, pues, oír que él había ido a plantarse de rodillas, ante Barboza, para implorarle perdón.

Lo que más le molestaba, sin que él lo advirtiera, era el fondo de la verdad que animaba los distintos comentarios. Durante la mañana, había oído cuatro versiones sobre su actitud, diferentes en la forma, en los detalles, pero que coincidían en el punto principal, esto es, en el acto de su humillación.

Entró en su cuarto, de muy mal humor y cuando se sentó para almorzar, protestó porque la sopa no tenía gusto a nada, según él.

Esto sorprendió a Paulina. Muy rara vez llegaba su hermano mal dispuesto. Cuando así sucedía se mostraba silencioso, esquivo, huraño, pero jamás era injusto o descomedido. ¡Quejarse de la sopa, una sopa tan rica, de caldo gordo y que llevaba repollo, papas, zanahoria, zapallito, arvejas, pesto de albaca y queso rallado!...

—¡Que no te gusta!... me dejas fría. ¿No dices que la prefieres a cualquier plato?

—Sí; pero hoy no sé...

—¿A ver?...—Paulina la probó.—Pero si está riquísima, muchacho. ¿Qué le encuentras de malo?

El resto del día lo pasó del mismo modo y por la noche se acostó temprano con la esperanza de olvidar en el sueño.

Transcurrió una semana. La vida de los dos hermanos no tenía ya ese carácter de intimidad y de alegría. Paulina desesperaba. En vano trataba de atraerse a Remigio valiéndose de mil recursos, aprovechando esas mismas circunstancias, tratando de suavizar esa expresión tirante y hostil que daba a su cara una fisonomía que nunca le había conocido. Sospechaba la existencia de un secreto, de algo doloroso, sin duda, que lo consumía hora tras hora. Pero ¿por qué no hablaba?...

Ella también, por reflejo, había cambiado. Se pa-

saba el tiempo cavilando, dando vueltas y más vueltas al mismo asunto. Observaba a su hermano con expectación, como se observa algo raro. Una noche, mientras cenaban, ella no pudo dominarse y le dijo en un tono de reproche:

—O tú me ocultas algo muy raro o es que no me quieres más...—Remigio sufrió una fuerte sacudida pero mantuvo su silencio. Habló algo, excusóse como pudo. Para disimular su emoción, tamborilleaba con los dedos sobre la mesa y no sacaba los ojos de un plato vacío que tenía ante sí. Fué una hora amarga para los dos. La comida, intacta, humeaba en la fuente.

El mal humor de Remigio iba degenerando en mal físico. Si en el taller llegaba a observar que dos obreros hablaban en voz baja, se creía de inmediato que él era el objeto de la conversación; si el capataz o el oficial le mandaban hacer algo, se le ocurría pensar que eso sólo era un pretexto para tratarlo mal por haber tenido la cobardía de doblegarse ante Barboza. Era un caso de conciencia, fijo, clavado, una verdadera obsesión que lo martirizaba.

Una mañana, momentos antes de entrar a la fundición, alguien se rió delante de él, del modo más inocente del mundo. Fué lo suficiente para que Remigio se le enfrentase, preguntándole con fiereza:

—¿Te ríes de mí?...—Causó asombro su actitud y muchos juzgaron que estaba loco. Saludaba apenas, no hablaba con nadie. Había cobrado a Barboza un odio intransigente. Cuando éste pasaba justo a él, todos los músculos se le cargaban de impulsos. En esos instantes, el roce más leve hubiera desatado una tormenta.

Ahora le parecía que había hecho un disparate yendo a la fundición. A su juicio, era preferible trabajar como antes, de día y de noche. Recordaba hasta con placer el día aquél, durante el cual recorrió la ciudad, de un extremo a otro, buscando una ocupa-

ción para ganarse el pan. Llegaba a envidiar la existencia de aquellos pilluelos a quienes encontrara al salir de la Usina. Se creía inferior a ellos y renegaba de sí mismo, injuriándose sin piedad.

De un modo o de otro, relacionaba a toda la fundición con Barboza. El trabajo ya no le producía alegría. Era una esclavitud insufrible y en cuanto entraba, pensaba en el momento de salir, preocupado incesantemente por el reloj.

Hacía la tarea con un visible desgano y permanecía taciturno, rumiando sus ideas, murmurando a solas, igual que las viejas devotas en los bancos fríos de los templos. Otro que no fuera él, otro más débil, habría concluído por aceptar la realidad, sin protestas, resignado. El tiempo, en vez de curarlo, hacía más honda la herida que habían abierto en su dignidad. Ya no se trataba del pan de cada día. Era una gran ofensa, un sentimiento de desdicha que lo cubría de negro.

Así pasó un mes. Un sábado, día de paga, Remigio estaba reunido con los demás compañeros, esperando que le llegara el turno para cobrar la quincena. Eran ciento cincuenta trabajadores, divididos en pequeños grupos, que conversaban de sus cosas, bien dispuestos de ánimo, porque dentro de poco tendrían en sus manos el dinero ganado en dos semanas de incesante labor.

Cerca de Remigio hablaban tres obreros: un forjador y dos aprendices. El oficial dijo a uno de ellos:

—No te metas en camisa de once varas. Acuérdate de lo que le pasó a aquél—y con un gesto señaló a Stangero. Este se volvió profundamente pálido. No sabía de lo que se trataba, pero se lo imaginó.

—Sí...—dijo vacilando como si estuviera ebrio y dirigiéndose al aprendiz—sí... para protestar y humillarse después como me humillé yo, es preferible soportar las injusticias más grandes. Por lo menos,

por lo menos...—y no pudo expresar lo que pensaba.

—¡El 36!...—gritó un empleado, que parado en la puerta de la Caja llamaba a los obreros.—¡El 36!...

—A cobrar—le dijo el forjador.

—Por lo menos...—tornó a decir Remigio alejándose. Entró en el escritorio y firmó el formulario.

—$14.50?...—preguntó el cobrador.

—Sí, señor...

—Ahí tiene.—Remigio recogió el dinero con ambas manos: $ 14.50 en monedas de plata de a cincuenta centésimos. Y echando todo en los bolsillos del pantalón, salió con la vista fija en el suelo. Uno dijo:

—Espéreme, que iremos juntos.—Pero él ni lo oyó.

Cuando estuvo en la calle, ni siquiera pensó en tomar el tranvía, como hacía todos los sábados, cuando cobraba. Siguió a pie y llegó hasta su casa sin haber tenido conciencia del trayecto recorrido. Presentaba un aspecto extraño, febricente, intensísimo. Encontró a Paulina sentada en un sillón.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes—contestó ella, volviéndose hacia él con lentitud.

Remigio se paró ante la mesa, sacó maquinalmente el dinero del bolsillo y lo fué arrojando sobre el hule. Luego quedó inmóvil.

Paulina no le quitaba los ojos de encima. Hacía tiempo que observaba en su hermano cosas incomprensibles.

—¿Ves?...—se animó a decirle—¿ves?... esto ya pasa de los límites. ¿Por qué te pones así?... ¿por qué?... ¿Querrás hacerme creer que no te pasa nada?...

—Sí...—respondió Remigio con la voz opaca—

no es posible...—Se miraron un instante prolongado. Luego él volvió a fijar su vista en el suelo y quedar inmóvil. Entonces Paulina, cautelosa, cerró la puerta. La habitación quedó velada por una semi obscuridad. Reinó un silencio, vehemente como el arco tendido de una flecha.

Ella observaba a Remigio desde la puerta, con las manos aún en el pestillo. Su voz sonó como una queja amarga.

—¿Qué, Remigio, qué?... —Y fué acercándose hacia él con el paso vacilante, tanteando el suelo cual si temiera caer.—¿Qué, Remigio, qué?... ¡dime!...—Le pasó un brazo por el cuello, dulcemente, y al irle a besar, notó que su hermano lloraba.—¡Remigio! ¿lloras tú?... ¿lloras?...—Pero él, en vez de contestar, llevóse ambas manos a la cara y sollozaba con brusquedad, trémulo, desesperado.

Paulina se alarmó y se puso como loca.

—¿Qué tienes, Remigio, mi Remigio?... ¡Habla, por favor!... Yo te lo suplico. Mira que me haces un daño horrible, Remigio, ¿oyes?... te estoy hablando, Remigio... contéstame.—Pero él no podía responder. Hizo varios gestos ininteligibles. Luego con las manos le pidió que esperara. Se le creería mudo, un mudo empecinado en hacerse entender. El llanto le ahogaba. El dolor, ríspido, parecía salir de su garganta a borbotones, como flujos de fuego.

—Agua, dame agua...—Paulina trajo un vaso lleno de agua y él bebió de un sorbo la mitad del líquido. Mientras bebía, el cristal chocó contra sus dientes, produciendo un sonido roto.

—¡Cálmate, Remigio, mi pobre Remigio!...—Lo cubría de caricias, le besaba los ojos.—Ven, ven acá...— Lo condujo de la mano y lo hizo sentar en una sillita baja. Ella a su vez ocupó un sillón al lado suyo. El se dejaba llevar por su hermana como había hecho siempre. El amor lo vencía. La miró un instante y luego, inclinándose hacia ella, abandonó

la cabeza sobre su falda. Paulina decía con una voz muy sugerente:

—Ahora quiero que me lo cuentes todo, pero todo, ¿oíste?... Remigio: he padecido mucho a causa de tu silencio.—Hizo una pausa y continuó.—¿Estás enfermo?... ¿no?... ¿verdad que no estás enfermo?...

—No; no es que esté enfermo...

—¿Y entonces?... ¿eh?... sí; alguna contrariedad muy grande, ¿eh?... ¿reñiste con alguien?...

—No, no... Tú no te lo imaginas. Ahora mismo quiero decírtelo y no puedo... no me sale...

—¡Cómo, Remigio!... Vamos—añadió nerviosa—¿qué has hecho?... dímelo prontito, eso... ¿A ver?... ¡habla ligero!...—Remigio se irguió. Estaba más tranquilo y empezó a hablar, en voz baja y con lentitud. Lo refirió todo: desde el incidente con Barboza, hasta la vuelta a la fundición. Y al relatar sus sufrimientos tornábase violento, mecíase los cabellos y sollozaba de nuevo.

—Yo mismo me asombro—acabó diciendo.—¡Me ahoga la vergüenza!...

Paulina había escuchado sin desplegar los labios. Tenía una expresión de incredulidad y pegaba incansablemente con una de sus manos sobre el brazo del sillón. A veces, la cólera mal contenida fulguraba en sus ojos cual una luz difusa.

—¡Nunca debieras haberlo permitido,—dijo después de un silencio—nunca!... ¿por qué no hablaste?... ¿por qué no me lo dijiste?... ¿por qué?... contéstame...

Remigio se sintió confuso ante la actitud inesperada de su hermana. Jamás hubiera sospechado que Paulina pudiera enojarse con él.

—¡Oh!... hice mal en callarme, lo confieso.

—Pero, ¿por qué volviste a la fundición? ¿No te dió asco?...

—Sí...

—¿No te dió pena humillarte de ese modo?...

—Es por eso que sufro...

—¿No te parece denigrante ser objeto de tal desprecio?...

—Es denigrante.

—Pero entonces, ¿por qué volviste?...

—¿Por qué volví?...—exclamó Remigio, mirándola — ¿por qué volví?... Yo...—iba a decir:—"por tí";—pero no pronunció las palabras. No obstante, Paulina lo comprendió perfectamente. Quedó pensativa, triste, y se echó hacia atrás, en el sillón, con los ojos fijos en el techo. Así estuvo un momento, sintiendo que la verdad le oprimía el pecho. Exhaló un suspiro profundo y dijo muy quedo:

—¡Pobre de mí!...

Luego se inclinó hacia Remigio, y prosiguió con amargura:

—Por mí... ¡ya lo sé, querido mío... ya lo sé... por mí!... ¡Maldita sea! ¿para qué te sirvo?... ¡qué hago yo a tu lado?...

— —¿Qué dices?... ¡Cállate—profirió Remigio con vehemencia.

—Lo has hecho por mí... ¡Qué desgracia la mía!... Soy un estorbo...

—Cállate, Paulina, cállate...

Ahora era ella la que lloraba. Se había inclinado hacia adelante, pesarosa y gimoteaba como un niño.

—¡Si yo lo hubiera sabido! En lo menos que pensé... sí... en lo menos!... ¿Por qué habría de pensar en ello?...

Remigio recordó las palabras del comisario: "No siempre se puede decir que no". Y dijo:

—Hay que aguantar...

Esto hizo en Paulina el efecto de un acicate.

—¿Aguantar?... ¿por qué?... No hables así. ¡Si papá lo oyese!... ¡Primero pan y agua, Remigio, pan y agua!... Yo no quiero que vuelvas a la fundición.

Dijo esto con tal imperio, que su hermano no se animó a contradecirla.

—No, no quiero, no has de ir a la fundición... La privación más grande es preferible; todas las privaciones son preferibles. Es como decía papá: "El hombre muere de verdad cuando pierde la vergüenza". Yo no puedo consentirlo. ¿Qué sería de ti sin ese pudor que hace sublime al hombre?... La dignidad es un talismán maravilloso que nos conduce por la vida. Cuando la perdemos, empezamos a respirar una atmósfera mortífera que concluye con nosotros. No has de ir a la fundición. Ahí tengo ahorrados sesenta pesos. Mira:—Se dirigió hacia el armario y después de levantar unas piezas de ropa, sacó una cajita.—Aquí están. ¡Ah!... ¡qué alegría!... —dijo volviendo.—¿Verdad que no crees?... Pero es verdad. ¡Qué bien hice!... ¿Es bueno o no es bueno el ahorro?... ¡Cómo nos salva!... Ahí van... Mira: diez, veinte...—Así fué echando sobre la mesa, seis billetes de a diez pesos cada uno.

A Remigio le parecía mentira. Sonreía de placer.

—¡Querida Paulina!... ¿Cómo pudiste reunir eso dinero, ganando yo tan poco?...

—¡Ah!... ¿cómo lo reuní?... Pues, pacientemente, sin desesperar, evitando hacer un gasto siempre que me fuera posible y... en fin, ahora eso no nos interesa. Ahora lo más importante es no volver a la fundición.

—No volveré.

—Con sesenta pesos podemos vivir sin que nada nos falte unos tres meses. Y durante ese tiempo, ¿crees que no encontrarás una ocupación?... Ni aunque fuéramos inútiles. Porque yo voy a trabajar, ¿oíste?... yo estoy sana.

—¿Qué?...

—Que yo trabajaré contigo.

—Eso sí que no—dijo Remigio frunciendo el ceño.

—Pero ¿por qué?...

—Porque no, ¡y basta! Y ni me hables más de eso.

Paulina comprendió que con insistir no conseguiría nada. Trató de eludir el asunto.

—Bueno; entonces dejemos para después.

—Ni para después.

—Bueno, señor rezongón, bueno. No se enoje usted.

—¿Y para qué me vienes con la historia de siempre?...

—¡Brrm!..—le hizo a la cara un gesto encantador. Y dirigiéndose a la mesa agregó:—A guardar la plata. ¿Ves, ves?...—decía mientras recogía el dinero.—Todo esto forma nuestra libertad, nuestra querida libertad.

—Tú lo has ganado.

—No; yo te he ayudado a ganarlo.

Guardó la cajita en el armario; cerró y volvió hacia Remigio.

—Y ahora, prométeme que nunca harás nada que pueda empeñar tu dignidad.

—Te lo prometo.

—Por la memoria de nuestros padres...

—Por la memoria de nuestros padres...

Ella entonces abrió los brazos y lo estrechó contra su pecho, mientras Remigio, emocionado profundamente, decíale enternecido:

—¡Qué buena eres, Paulina!... ¡Cuánto te quiero!..

V

El lunes de tarde, Remigio, vestido con su mejor ropa, pasó por los escritorios de la fundición. El gerente se sorprendió:

—¡Cómo!... ¿tú aquí?... ¿no trabajas?...

—No, señor...—y con acento de entereza agregó:—Vengo a presentar renuncia de mi puesto.

—¿Renuncias?... ¿Acaso te has incomodado otra vez?...

—No, señor... fué aquella vez, nada más; pero no puedo olvidar.—Medió una pausa y prosiguió:—Yo le agradezco lo que hizo por mí... mucho... usted no es como él... Pero no puedo... En cuanto entro al taller, parece que me falta el aire... No puedo, no puedo...—Y permaneció acoquinado, creyendo que ofendía, a pesar suyo. Pero el gerente se levantó, acercóse a él y le dijo con entusiasmo:

—¡Venga esa mano!... Se ven muy pocos ejemplares como tú. Serás un hombre, yo te lo aseguro.

Se despidieron con grandes muestras de cariño. Y cuando Remigio regresaba por los escritorios, los empleados, igual que la otra vez, dejaron un momento los libros, para verle pasar, sereno, con la cabeza erguida, bondadoso y fuerte como un hombre honrado.

FIN

INDICE

INDICE

Págs.

El Alba 9
Civetta y Godoy 96
El Gallo Blanco y el Gallo Negro 105
Claro de Luna 114
El Primer Dolor 120
Juvenio 126
Remigio Stagnero 135

OBRAS DEL MISMO AUTOR

AMOR... Drama en tres actos.

HUERCO... Cuentos.

DOÑA RAMONA... Novela.

PRIMAVERA... Cuentos.

¡DIOS TE SALVE!... Drama en tres actos.

VASITO DE AGUA... Comedia en tres actos.

TRO-LO-RO-LA-RÁ... Comedia en un acto.

LOS AMORES DE JUAN RIVAULT... Cuentos.

LA RONDA DEL HIJO... Comedia en tres actos.

EL PECADO DE ALEJANDRA LEONARD... Cuentos.

HECKMAN
BINDERY INC.
AUG 93
N. MANCHESTER,
INDIANA 46962

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00054596114